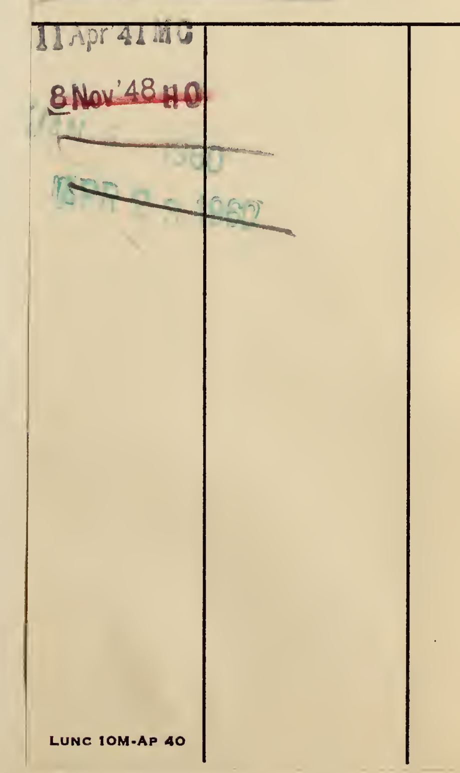

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014838330


11 Apr '41 MC
8 Nov '48 HO
LUNC 10M-Ap 40

HOJAS SUELTAS.

ARTÍCULOS DIVERSOS

POR

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(DUQUE JOB, JUNIUS, PUCK, ETC.)

CON PRÓLOGO DE

CARLOS DÍAZ DUFOO.

PRECIO: UN PESO.

MÉXICO.
ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.
AVENIDA DEL 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 54.

1912

UMBRAL.

.... Y he aquí que, de improviso, llama a mi espíritu la sombra de un ausente. Tiene en sus ojos verdes, color de mar en calma, los puntitos brillantes de epigrama y trae entre sus manos un haz de gardenias. Hay en su boca, de labios trémulos, una sonrisa amable y en su frente, abrupta y montañosa, se cuajan las ideas como un cielo de estrellas. Y ha sido, una vez más, la renovación de esta vida que en un día brutal se separó de nuestras vidas. Ha sido el mismo dolor, que el tiempo ha orlado piadosamente con un crespón de melancolía, que guarda, en el fondo, un sedimento de esperanza. Acaso porque a medida que más lejos, se está más cerca de los que precipitaron la partida. Y entonces—como tantas veces—he recorrido nuevamente aquel camino de risas y amarguras, de exaltaciones y fatigas, de ilusiones y de luchas, que sólo tuvo para mi amigo una salida: la encrucijada que le abrió la Muerte en un ardid tosco y traicionero.

¡Huir! ¡Evadirse! Qué obstinadamente la atenaceaba esta obsesión! ¡Cómo había echado en él raíces el anhelo de redimirse de aquella brega de forzado, remando, remando siempre, en la triunfal galera coronada de flores! Ganar la hospitalaria orilla, internarse tierra adentro, por entre senderos zigzagueantes, al abrigo de viejas frondas; ir libremente, el alma franca a todos los sueños, el corazón vibrante a todos los ritmos, ser enteramente de uno mismo, íntimamente de uno mismo, hacer la plena conquista de su personalidad, y ostentarla, imponerla, por derecho de supremacia mental, por superioridad de espíritu. Y esto que logra—¡oh miseria!—cualquier otro luchador, no más obediente que él a la ley del

esfuerzo ni más pródigo en esparcir energías, no lo alcanzó jamás aquel hombre del cerebro de oro, que vivió la vida que los demás quisieron que viviera. ¿Cómo no poner el deseo en esa Tierra Prometida, que ni aun llegó a vislumbrar Gutiérrez Nájera en su marcha fatigosa a través de las arenas del desierto? ¿Cómo no buscar aquel rinconcito azul, muy azul—color de alas, color de cielo, color de infinito—; cómo no buscar aquel rinconcito, nido de arte, que una mañana intentó colgar en el alero de su palacio de Príncipe del Ensueño?

Y fué una noche, en torno de la mesa de un banquete, con que se celebraba el nacimiento de una Revista, cuando aquel resignado, dejó escapar discretamente su honda queja de irredento. Y aquella noche salió, vestido de etiqueta, envuelto en los encajes de un brindis, el prolongado lamento de una existencia, pudoroso y suave, a modo de gorjeo de ave salpicado con rocío de alma enferma. Fué su única protesta. Y fué también la última: siete meses después emprendía el viaje irreparable....... Hasta entonces no comprendimos que hacía mucho tiempo que Manuel se moría; se moría calladamente, dulcemente, sin insumisiones ni rebeldías; tal como había vivido. Y nuestra pugna contra la realidad injusta era "*lontano come un grande amore*".......

* * *

Frente a mí, en la amplia mesa donde escribo, invadida por un tropel de papeles, de apuntes, de periódicos, de libros, está el primer tomo de la "Revista Azul." Lo abro, al azar, y de la página donde caigo surge otro dolor nuevo e intenso: un artículo de Gutiérrez Nájera al recuerdo de *Gloria* y dedicado a Justo Sierra...... a Justo, que ya es todo luz en medio de las tinieblas que nos rodean. Me inclino, como ante una imagen divina, y leo:

"Mi hijita duerme sosegada en la pieza contigua. Hasta aquí me llega el suave rumor de su respiración. Ya la besé en los rubios rizos, sin que me sintiera. Ya puse mi cabeza bajo el ala del ángel. Ya dió ese beso matinal a mi alma el pan de cada día. ¡Ya estoy pagado! Trabajaré más ¡oh Dios! para que ella ría, para que ella juegue, para que siga creyendo que puedo darla todo y que cuando ella duerme todo cesa, y nada más las estrellas y los ánge-

les siguen despiertos, sólo por cuidarla. Allí está toda la vida mía; duerme tranquila...... Una infinita felicidad llena de lágrimas mis ojos!"

Allí está toda el alma de aquel hombre, blanca, tan blanca como la de aquella niña en la que él ponía su cabeza, atormentada por una cerebración tenaz y vigorosa, que lentamente lo iba arrastrando...... Poned en frente el problema: una sensibilidad de espíritu bueno ante una tarea de titán. Porque fué un titán de esfuerzo, de aliento, de paciencia, de atención, de constancia, este maestro joven, que derrochó a manos llenas todo su caudal de talento, de ingenio, de sutileza, de buen gusto, de donaire, diluyéndolo, como corriente de oro, en las arterias de la nueva literatura hispanoamericana. ¿Cómo había de vivir mucho, si para vivir mucho hay que vivir poco? Si cuando se es generoso, como él lo era, la vida es un regalo que se hace a los otros. Y es verdad: otros han vivido con lo que arrojó este manirroto. Con las migajas que de su plato se caían ha habido para que se mantengan muchos mendigos literarios.

Y luego, en estas materias ¿cómo se pudiera ser generoso protestando, al mismo tiempo, contra el comunismo? El *Duque* llevaba más adelante su piedad, y aun sabía hacer frecuentes limosnas de cariño, sin ocurrírsele nunca reclamar el *vuelto*, siquiera fuese en monedas de cobre, de las piezas de oro que entregaba a la primera mano que se le tendía. Cuando el agravio traspasaba su coraza, forjada con el mazo de la compasión en el yunque del estoicismo, buscaba él moldes suaves en que se encerraran fácilmente frágiles atenuantes de buen tono—¡oh delicioso humorista!—enraizadas, por la naturaleza misma de los hombres y las cosas, en terrenos agrios e infecundos. Y entonces dice, al hablar de *su* cementerio: "Entre los vivos sí, a ocasiones, me hallo sólo, porque entre los vivos tengo verdaderos muertos. Ese .... ese que pasa y me saluda, es un amigo muerto...... muerto para siempre. Y así hay muchos!"—Años más tarde debía escribir Anatole France en el *Jardín de Epicuro:* "Cuanto más pienso en la vida humana más me persuado de que conviene darle por testigos y por jueces a la Ironía y la Piedad"......

* * *

¡Un humorista! Lo era de una suavidad y una finura incomparables. Y acaso, más tarde, haya que subrayar este estado de espíritu, apenas señalado por el público, atraído preferentemente por la maravillosa factura del poeta o la brillante gallardía del prosista. En torno de la miel en que empapaba su pluma, zumbaban dulcemente las abejas del Parnaso. Alguna de ellas dejó más de una vez la huella de su aguijón en el papel; alguna, escapada del panal de los Goncourt o que había libado en las corolas del Daudet de "Tartarín" y del Flaubert de "Bouvard y Pecuchet", trazó con su dardo, casi invisible, una sutil ironía, *a la sordina*. Y luego, como arrepentido, apresurábase a poner toda la ingenuidad bondadosa que de él emanaba. "Arriba las ondas bullentes de la gracia; abajo las aguas silenciosas y dormidas de la ternura," ha escrito uno de sus prologuistas.

¿Pero era, como se ha dicho, transplantado su humorismo? ¿Era *un modo* adquirido, antes que un epifenómeno, que la expresión de un temperamento? Antaño se discutió en un periódico si *había* o *no había* humorismo en México; si el suelo le era o no propicio; si era artículo de importación o lo producía espontáneamente la tierra. Y se afirmó entonces que ni la melancolía, taciturna y doliente, de la raza indígena, ni la aspereza mística de los conquistadores castellanos han podido abonar los jardines en que se expande esta flor de ingenio. Y ahí está el error, a mi juicio. Para mí el humorismo es, precisamente, el fruto de una contradicción, que nace del imposible maridaje entre la ensoñación del ideal y la imposición de la realidad. El humorismo es —si vale decirlo— la *adaptación de una rebeldía*, y suele ser, a ocasiones, una *resignación a la inversa*. Por eso, a poco que se raspe su barniz brillante, descúbrese en el *humor* un fondo de incurable tristeza. Creo que algo de esto ha dicho Tackeray en una célebre conferencia. La *sal andaluza* se derrama con abundancia en un medio habitado por las remembranzas muslímicas, hondamente reflejadas en su literatura popular, en su música, en sus cantos, en sus *soledades*, en sus *saetas*.

Discutir si hay o no hay ambiente en México favorable a la efloración del humorismo, cuando tantas manifestaciones recogemos

a diario, no ya en los pisos altos del edificio sino a ras del suelo, de esta tendencia vaga a encontrar el sabor dulce en el amargo de las cosas, me parece algo así tan incongruente como anotar todos los elementos destructores que se alían para determinar la muerte de un individuo que goza de buena salud. El debate me pareció estéril, y sobre estéril, para mí, entonces, particularmente peligroso. ¿Que no puede haber humorismo en México? ......

—Silencio, por Dios, caballeros! Que no se enteren mis editores, porque van a obligarme a que les devuelva el dinero.

Sí, eso era esencialmente, fundamentalmente Gutiérrez Nájera: un humorista. Y lo era, no por lecturas, no por asimilación, no por acto volitivo, sino por idiosincracia, por temperamento, por función psicológica, libre y espontánea. Lo era, porque su composición espiritual se ajustaba sin esfuerzo a aquellas modalidades literarias anotadas por Tackeray, a quien invoco de nuevo: "El humorista no hace resaltar únicamente el ridículo de las cosas, sino además hace un llamamiento directo a la piedad, a la terneza, al odio hacia la impostura, a nuestra compasión por los que sufren, por los oprimidos, por los míseros" ......

*
* *

No es éste un prólogo. Ni podría serlo. Manuel Gutiérrez Nájera ha tenido prologuistas dignos de su ingenio, penetrantes comentadores de su obra. No ha de codearse con ellos quien carece de relieve en el mundo del arte. Mi *aventura literaria* terminó con la muerte de mi amigo. Fué un momento incomparable de mi vida, que debo a aquel suscitador de bellezas ocultas. El despertó en mí al poeta que todos llevamos dentro. Lo confesé llanamente en las páginas de la "Revista Azul" el día en que lo llevamos a su última morada: "El despertó mis recuerdos, hirió fibras atrofiadas, sensaciones dormidas; me alzó hasta su copa y me hizo beber en ella; abrió a mi espíritu, fatigado y vacilante, un oasis y me hizo penetrar en la amplia nave del templo donde él oficiaba. ¡Oh instante solemne que no olvidaré nunca! Ya, al conjuro de su voz, las palabras tomaban sonidos nuevos, y las luces resplandores ignorados; y los matices se descomponían y la música hablaba en un lenguaje extraño. Y ya todo era hermoso y todo explicable. "Ido el

mago, la vida volvió a tomar su rumbo acostumbrado y las cosas tornaron a su habitual glacialidad. Y no solamente las cosas, hasta los hombres han ido cubriéndose de una pátina de indiferencia. ¿Tendría razón Manuel: viviremos entre los muertos? ......

Hay, sí, algo que no ha muerto completamente, que se alza sobre las "disputas de hombres"; lo que Gutiérrez Nájera quería que de él viviese:

.... mientras disperso
Atomo de mi ser esconda el verso,
¡No moriré del todo, amiga mía!

Vive, aparte del inextinguible perfume de su bondad, la pujante fuerza que anima su obra, la influencia directa que ha ejercido, no sólo en los que llevaba en su barca, sino en los que después, en otras barcas, menos ligeras aunque más orgullosas, lo han seguido. Y ¡amargo *ricorso!* sigue viviendo como antaño, cuando se clavaban en él las lanzas del filisteismo huraño y ramplón. Vive y resurge más intensamente *fuera* que *dentro* de casa, donde ya hay *superchico* que tiene en la pluma una gota de desdén para aquel que no trajo al acervo de las letras sino *palabras*, *palabras*, *palabras*. Así consta en un artículo de un joven que va para genio a toda electricidad y que llegará quién sabe a dónde en un próximo revoloteo político, merced a una oportuna iniciación de socialismo andante—*modern style*—y cuatro *lugares* proféticos señalando en las lejanías del horizonte los perfiles de la "ciudad nueva", todo ello prendido con alfileres, tras una rápida documentación de literatura barata: Biblioteca Sampère, treinta y cinco centavos tomo.—Y mi amigo Emilio Rabasa que me confesaba la otra mañana que todavía *persiste* en leer el *Quijote*. Por Dios, Emilio, *todavía!* ......

Por fortuna la obra de Gutiérrez Nájera ha roto el cerco de las fronteras patrias. Más allá de ellas tiene cuidadosos vigilantes que la amparan contra el olvido y la injusticia. Precisamente acabo de recorrer algo de Francisco García Calderón, el talentoso peruano, el prologuista de Alfonso Reyes, el discípulo de Boutroux—de Boutroux, que de no existir Bergson, muertos Tarde y Fouilleé, sería el filósofo más grande de la Francia contemporánea—que quiero insertar aquí, traducido, con la certidumbre de que doy algo nuevo para el público mexicano que lee únicamente español y

aun para una buena porción del que lee francés (1). García Calderón no es sólo un auscultador de la dolencia latinoamericana; tiene además una personalidad literaria de vigorosos contornos. Escribe el autor de los "*Profesores de idealismo*":

...... "Este renacimiento cuenta veinte años apenas. Algunos precursores, Martí y Julián del Casal, los dos cubanos, uno revolucionario en poesía como en política, de vida trágica el otro; Gutiérrez Nájera, en México, revelaron a un continente, al que hastiaba ya el sentimentalismo, la palabra nueva. Ritmos desconocidos o nuevos y versos ágiles fueron portadores de un lirismo inédito e íntimo. Sin embargo, el acento no es todavía decadente: Banville o Gautier, y aun Musset no han cedido el puesto a Veraine, a quien se ignoraba lo mismo que a Mallarmé......

"Por la viveza y el brillo del verso, Manuel Gutiérrez Nájera hace pensar en Banville. Expresa en un tono nuevo, criollo y exótico a la vez, las sensaciones complicadas que atormentarán más tarde a Rubén Darío. No se había puesto aun en versos españoles tanta gracia e ingenio, ni esta sensualidad que aplacan las lágrimas, ni esta orgullosa melancolía. *A Cecilia*, *Vidas muertas*, *Castigadas*, *Mariposas*: he aquí todo un lirismo nuevo, elegiaco y tierno, un ritmo desconocido, una *manera* olvidada. Fué un precursor. ¿Quién no conoce su elogio de la niña mimada que ama?

No hay en el mundo mujer más linda!
Pié de andaluza, boca de guinda,
Sprit rociado de Veuve Cliquot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala,
Como los ojos de Louise Théo.

No siempre es tan frívolo. El misterio lo angustia; conoce la amargura de las ilusiones desvanecidas; tiene, como pesimista, la visión de estas mariposas de la muerte, que "tienen las alas muy negras y se acercan en fúnebre ronda". El "Monólogo del incrédulo" es una lamentación como la del Segismundo de Calderón, sobre la vanidad de la vida:

---

(1) "Les democraties latines de l'Amerique," Francisco García Calderón, Bibliothèque de Philosophie Scientifique, Paris, Agosto de 1912.

Si es castigo ¿cuál pecado,
Sin saberlo, cometimos?
Si premio ¿por qué ganado?
Sin haberlo demandado,
Responded ¿por qué vivimos?

Poesías y crónicas están llenas de igual inquietud. Escribe *Odas* dignas de una Antología; traduce a Musset y a Coppée y su maestro es Gautier. Comparte con él su amor a la luz:

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que mistico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?

dirá, enamorado del ideal de blancura" ......

* * *

No, no son estas líneas un prólogo: son, simplemente, un impulso que responde a un deseo. Ha venido a mí la compañera de mi amigo, en solicitud de que abra con mi prosa arisca de surcador de la prensa, un tomo en que devotamente se han recogido artículos de Gutiérrez Nájera, poco conocidos unos, otros ignorados, yacentes en esta inahita fosa del periodismo, en el que no existen lápidas. Y yo he hecho a un lado las *notas* de mis clases, los apuntes reunidos para un posible libro; he apartado dos ó tres cuartillas del *editorial* de hoy—de mi eterno articulo diario, hace un cuarto de siglo; mi tormento! mi consuelo! mi tortura! mi liberación! mi castigo! mi recompensa! ¡la suprema necesidad de todas mis necesidades, cruel y amorosamente adherida a mi ser!—y he dejado que éntre plenamente dentro de mi espíritu este inefable recuerdo, que pone un claror de cielo en un atardecer empapado de añoranzas ......

¡Dios bendiga a usted, señora, por esta piadosa limosna de vida!

CARLOS DIAZ DUFOO.

México, Septiembre de 1912.

LEOPOLDO ZAMORA.

Yo tengo mi campo-santo, muy pequeño, muy humilde, pero de tumbas bien cuidadas y siempre cubiertas de flores. Sólo yo entro á él, porque los enlutados pálidos que pasean por las calles de cipreses, no son extraños, no son profanos, no son desconocidos, son mis recuerdos. A veces cruza una mujer de velo blanco por entre las hileras de sepulcros; pero no, no es una mujer... es alguna ilusión mía que se aparece. Iba á menudo—ahora voy todos los días—al pobre campo-santo, y nunca me he encontrado solo en él: ¡como que allí estoy en medio de los míos, de los que me esperan, de los que me aman! Entre los vivos sí, á ocasiones, me hallo solo, porque entre los vivos tengo verdaderos muertos. Ese... ese que pasa y me saluda, es un amigo muerto.. muerto para siempre. Y así hay muchos!

Allá, en mi campo-santo, están los que no han muerto, los que no morirán hasta que muera yo. El sonido no debe ser la vibración de las ondas sonoras, porque oigo distintamente las voces de esos dormidos que

no despegan los labios. La visión debe obedecer á leyes diversas de las leyes físicas, porque esas personas no están delante de mí y las veo sin embargo. Mirad atentamente mis ojos...¿verdad que allí no están esas imágenes? Allí estará la del observador á quien consulto; pero las otras no... Y á pesar de todo, yo las veo!

Por eso digo que morir no es desaparecer...que morir no es morir. Los que expiran, los que parece que se van, expiran y se van para los extraños. Los que amamos no nos dejan; antes bien, al morir se unen más á nosotros, porque se quedan dentro de nosotros mismos. Antes eran como de muchos... después sólo son nuestros. Para el amor, que es tan celoso, ¿cuál consuelo más grande? Ya no los ven los demás, ya no pueden disputarnos su cariño, ya nunca, nunca les harán mal, pero nosotros sí los vemos, sí los oímos.... aquí están para siempre! Aquí, como escondidos, como refugiados! Son tan nuestros, como es de la madre el niño que todavía no sabe andar, que todavía no puede desprenderse de sus brazos, y de ella recibe todo el calor, toda la vida.

¿Por qué nos vestimos de luto cuando alguien se nos muere? Pues acaso para poner más sombra todavía entre el que va oculto en nosotros y las gentes extrañas; para que los indiferentes no lo vean.

¡No, no mueren los séres queridos....! Uno mismo es el que muere, y eso es todo! Somos como fosas más ó menos hondas. Nos van echando cadáveres y cadáveres, y cuando se llena la fosa ponen una gran piedra encima de ella..... y esa piedra ya no se vuelve á levantar......

Cuando se llene mi pequeño campo-santo, entonces sí me moriré y se morirán todos los míos. ¿Cuántas

tumbas vacías quedan aún? Acaso muchas—¡oh dolor!—. . . tal vez, ninguna!

Vivir es, á la vez, enterrar é irse muriendo. Con cada uno de los que se van, nos vamos yendo. El que pierde á sus padres, por ejemplo, pierde todo un orden de goces, es decir, pierde vida. No es verdad que la muerte mata como un asesino; mata lentamente como una enfermedad larga...... tan larga, que desde el punto de nacer la contrajimos.

Las gentes ricas erigen á sus muertos suntuosos mausoleos. Los artistas, en sus obras, les levantan hermosos monumentos. ¿Qué es el *Lago* de Lamartine? Una tumba de alabastro muy raro, de alabastro azul. ¿Qué es la *María* de Isaacs? Una fosa en el campo toda cubierta de flores, siempre frescas, siempre olorosas, siempre humedecidas por las lágrimas.

Yo, pobre picapedrero, tengo también que hacer algunos sepulcros. Resultarán feos; pero he de hacerlos yo mismo, porque esta es condición indispensable; porque esas obras no se encargan ni se compran.

Mas, para hacer ciertos sepulcros aguardo á tener fuerza, aguardo lo imposible, á tener genio.

Voy, sin embargo, diariamente á mi pequeño campo-santo; dejo flores en las tumbas que todavía no tienen monumento alguno, y calculo y proyecto cómo han de ser los soñados mausoleos; cómo los haré cuando sea rico, cuando pueda, cuando tenga genio..... ¡La esperanza es loca; pero ayuda á vivir porque miente mucho!

En estos días he ido más al melancólico recinto... Es natural! ¡Estamos en el mes triste de los muertos! Y como estoy convaleciente, como hoy es el primer día en que vuelvo al trabajo, veo el sol pálido, me aqueja

el cansancio, y hallo descanso y goce al sentarme á la sombra de copados fresnos, que dicen á la luz:—¡chist...! ¡Más quedito!

No tengo alientos para llegar al centro, al corazón del campo-santo, y reposo algunos instantes frente á esa tumba que tampoco tiene lápida. Es la de un amigo, muerto ha poco tiempo y cuyo último trabajo literario acabo de leer en número reciente de la *Revista Nacional.* Con él fuimos, no ingratos; pero sí perezosos sus hermanos. Nadie ha dicho lo que valía Leopoldo Zamora: todos lo sabemos, todos lo sentimos; pero nadie lo ha dicho. Justo Sierra es el que acaba de grabar una inscripción en esa losa, al publicar el último artículo del llorado y buen amigo.

El artículo á que aludo es un estudio sobre Carlyle, el abrupto pensador inglés, el más serio, el trágico de los *humoristas.* ¡Y cómo revive en ese estudio la personalidad de Leopoldo! Sin duda lo dejó, como él deja todo, periódicos y vida incompleto. Tenía más que decir!.....—pensamos al concluir la lectura del artículo, y:—Tenía más que decir........!—pudiéramos poner como epitafio en el sepulcro de nuestro compañero. Nada dejó, porque dió todo á la prensa, esa estafadora que nunca devuelve lo que recibe, sus trabajos; al estudio su actividad intelectual; á todos, su cariño, al fin... la vida! Pensaba tan intensa y hondamente como sentía; y—¡cosa extraña para el vulgo!—de esta igualdad nacía un desequilibrio. Estaba siempre riendo, ufano, como si ya supiera que iba á vivir poco; ávido de leer y de estudiar, como si adivinara que su inteligencia tenía de gozar aprisa.... muy aprisa.

Y supo mucho! Para su entendimiento todo era claro; así como para su corazón todos éramos buenos.

¿Tenía un peso? Pues á darlo. ¿Una idea? ¡Pues á comunicarla; á que otro la aproveche! Fué pródigo, despilfarrado, caritativo, bueno.

¿Qué era más: hombre de ciencia ó artista? Hombre de ciencia, dicen sus maestros, y artista, replicamos sus amigos. Era un vibrante, un inquieto. Salía á la vez, en virtud de raro desdoblamiento personal, de la Escuela de Bellas Artes y de la Escuela de Ingenieros. Dibujaba los números. Su pensamiento caminaba en línea recta; su vida, en complicadas líneas de friso árabe. ¡Con qué ciencia escribía sobre cuestiones sociales, sobre asuntos económicos, sobre problemas filosóficos. Pero, esa ciencia, no por serlo, era magistral y huraña, sino jovial y juguetona... hasta traviesa. ¡Siempre su talento llevaba en la mano alguna flor! ¡Siempre la imaginación hacía con sus retozos que la vieja ciencia se riera!

No quiso tomar la vida muy en serio, porque presintió que iba ella á abandonarlo pronto. Todo proyectaba, para dejarlo todo comenzado, como diciendo:—¿á qué seguir? ¡yo no lo acabaré!—

Tuvo por amigos, liberales exaltados y conservadores irreductibles; pero él no estaba con unos ni con otros: él estaba con los pocos. Lejos de la paradoja, lejos del sofisma.

¿Qué dejó? Muchos amigos, muchos cariños, muchos más ingratos y páginas muy bellas, esparcidas, prodigadas, desperdiciadas en la prensa diaria. Parecen esas páginas como niños pequeños á los que él no pudo ya educar y dejó huérfanos. Cada uno de esos niños habría llegado á ser un hombre; cada uno de esos artículos habría llegado á ser un libro.

*
* *

¡Oh humilde tumba de mi pequeño campo-santo, tumba de mi amigo! ¡Alguna vez, cuando sea rico, cuando pueda, te labraré algún digno monumento!

Ahora, no puedo trabajar. He hablado más de tristezas mías que de Leopoldo. ¡Así hablaba con él, cuando él vivía!

El Duque Job.

Un banquete al Maestro Altamirano.

Por algunos días—¡breves ¡ay! y cuán fugaces ¡oh Póstumo!—me he figurado que renace la literatura en México. Altamirano hasta cuando se va, hasta cuando se despide, hasta cuando nos deja el muy ingrato y ya tiene el sombrero puesto y está en la boca de la escalera, ejerce el derecho de reanimar con una palabra, con un gesto, con una promesa, la literatura mexicana. Nos quedamos, como quien dice, sin casa; se nos va Altamirano, se nos va el médico de nuestros versos, el confesor de nuestros dramas, el que nos prestaba talento cuando estaba muy pobre nuestra inteligencia... y este suceso triste ha dado ocasión á fiestas muy alegres. Parece que tenemos fe en la informalidad y en la pereza del Maestro, que estamos seguros de que no se irá. También dijo que iba á publicar una novela titulada *El Zarco*, y no sé qué leyenda veneciana, y el segundo tomo de sus *Paisajes y Leyendas*, y un *Morelos*, y que iba á dar unas conferencias... y nada hubo!

No crean ustedes que se va. Le ha de dar pereza. ¿Cómo había de levantarse tan temprano? Está lloviendo mucho en estos días. Acaba de recibir el Maestro libros excelentes. Margarita, la buena y noble Margarita, ha preparado riquísimo café. Allí está la ponchera aguardando á que Altamirano pronuncie el *fiat lux*... No; no se va! Ese viaje es un libro que ha anunciado.

Acabo de leer la carta que Justo Sierra dirigió al "Liceo Mexicano," con motivo de este viaje... para mí imaginario. ¡Qué hermosa carta! Se parece á la inteligencia y á la alma de Justo! ¡Qué llena de versos está esa prosa! ¡Cómo la robustecen la verdad y la sinceridad! ¡Cómo la calienta el sentimiento! Así escriben los hombres honrados, cuando tienen genio! (No sé si genio es palabra castellana, en la acepción que aquí le doy. Justo ha de saberlo. Pero yo á él no le llamo ingenio, aunque me maten. Lo diré en francés, ó en inglés ó en lo que sea: Justo es un genio.)

¡Cómo me arrepentí al leer esa carta, de haber dedicado algunos párrafos al Maestro! ¡Y salieron al lado de los de Justo...! Los míos de saco, despeinados.... los de Justo de frac! Y para colmo de infortunios, los míos están plagados de erratas! No sólo fueron de saco, sino con manchas de lodo en el vestido! Salieron, siquiera limpios, de la casa y los cajistas, al correr, los salpicaron en la calle.

Acabo de leer, decía, la carta de Justo, y esta lectura me convence de que Altamirano no se va. El se iba á Barcelona porque ya en la prensa de México no había un *Renacimiento* ni un *Domingo*, porque ya no teníamos veladas literarias como las de Riva Palacio y Martínez de la Torre, porque ya Sierra no escribía ni nos juntá-

bamos los devotos de las letras en sabrosas agapas, porque los gansos habían tomado el Capitolio y los creyenter, los invencibles creyentes, teníamos que refugiarnos en las catacumbas, y salir sólo de noche, á favor de la sombra, cuando nadie nos veía, porque nos daba vergüenza confesar que hacíamos versos. Por eso se iba el Maestro, porque le faltaba aire respirable, porque lo perseguían..... ¡y para que no lo arrojaran á las fieras!

Pero, he aquí, que de pronto nos hallamos con que existe todavía un hermoso cenáculo; con que hemos tenido una velada literaria, con que nos hemos reunido para comer espárragos, literatura y otros platos suculentos; para beber poco champagne y muchos versos, sin que presidiera la mesa ningún gobernador y ningún ministro..... esto es sencillamente estupendo! Existe Justo Sierra! Y no sólo el Justo académico, el Justo de los tercetos al Padre Pagaza, que es un Justo admirable; sino el Justo de antes, *doublé* del Justo de hoy, que es un justo más admirable todavía. Guillermo Prieto—aquel á quien rezamos los poetas cuando decimos: *Padre nuestro*—canta y entusiasma. Gonzaga Ortiz pasa por no sé cuál de sus juventudes, pero sí sé que por alguna de ellas que se parece muchísimo á la primavera. Telesforo García—el que se había ido á España no sé á qué, porque nunca es bueno irse de la patria—ese Telesforo de quien pueden decir todos los escritores de talento: *ese fué mi Mecenas, lo es ó lo será*; ese Telesforo que tiene la manía de fingir admirablemente el acento gachupín, ha regresado. Y en torno de estos viejos compañeros de armas, ¡todos los nuevos, toda la familia menuda de Altamirano! El chiquitín Urbina, que será muy grande si Dios y él quieren. Un señor Campito que con

el tiempo será un Peñita. Otro Peñita (hijo) que muy pronto será Peñita padre. Y Fernández Granados que por poco no sabe griego tanto como Ipandro Acaico. Y Rivera.... y González Obregón.... y Michel.... y cierto joven Bustillos que le habla de tú al mar con plenísimo derecho, porque las águilas son las hermanas aladas de las olas...

¿Cómo había de marcharse ahora Altamirano? Para qué...? Aquí están todos los suyos, los que se habían ido, los que se habían muerto, los que todavía no habían nacido. Y todos, formando una conjuración de poetas y escritores, intentan detener al maestro, como las sirenas intentaron detener á Ulises. ¿A qué mástil ha de atarse Altamirano, como se ató el prudente Ulises para no ceder á tan amante ruego, si todavía no se ha embarcado?

Estad seguros de ello: Altamirano no se irá.

También dijeron que yo iría á la velada del Liceo, y no fuí. ¿Por qué? No me atrevo á decirlo. Sé que no fuí porque estaba enfermo; pero también sé que si lo digo no han de creérmelo. En esto de tener fama de perezoso es en lo único en que me parezco á mi Maestro Altamirano. Han perdido la fe en nosotros. Consolémonos. Hasta la fe en los dioses, y hasta la fe en Dios, se ha perdido! Estoy convencido de que cuando inviten á mi entierro, nadie ha de ir por temor de que yo no asista. Pero mi reputación de perezoso, lo mismo que la del Maestro, es usurpada. Altamirano ha hecho obras maestras; ayudó á hacer la República; ha hecho discípulos, ha hecho fanáticos, ha hecho las obras de muchos amigos suyos, ha hecho una literatura.... ¿puede llamarse á esto pereza? Yo no he podido hacer tanto ni mucho menos; pero no por falta de voluntad. En cam-

bio escribo de seis á ocho horas diarias; cuatro empleo en leer, porque no sé todavía cómo puede escribirse sin leer nada; aun cuando sólo sea para ver qué idea ó qué frase se roba uno; publico más de treinta artículos al mes; pago semanariamente mi contribución de albums; hago versos cuando nadie me ve y los leo cuando nadie me oye, porque presumo de bien educado... ¡y todavía me llaman perezoso....! Los que me hacen tal cargo pueden, sin duda, detener el sol como Josué, ó no saben que el día tiene veinticuatro horas, y que los hombres comen, duermen y se cansan.

Resígnome, sin embargo, á sufrir con paciencia el anatema. Doy la razón á mis amigos, que son los que hablan peor de mí, y declaro que no fuí á la velada por pereza, y por la más increíble de todas las perezas, por la pereza de gozar. Mas, ya que acepto tan sumiso esa terrible inculpación, pido que la hagan también á los que no asistieron al banquete del viernes, ofrecido al Maestro por algunos de sus amigos: á D. Ignacio Mariscal, que bien pudo resolverse á dejar de ser, por algunas horas, buen ministro, para ser lo que siempre ha sido, excelente literato; á D. Manuel Mercado, que no tiene derecho nunca para estar ausente de una reunión de hombres de letras y de artistas, porque es de su gremio, aunque no escriba, ni quiera escribir; á D. Casimiro del Collado, que ha conquistado á los poetas mexicanos y que nada tiene que temer de ningún futuro Cura Hidalgo: á D. Justo Sierra, y á Gonzaga Ortiz. No estaban enfermos, aunque tal digan; no estaban ocupados, aunque tal juren... ¡Fueron informales!

Considerada la cuestión desde el punto de vista del egoísmo, mejor fué que esos señores no asistieran. Así se repartió entre menos el placer, y á Guillermo Prie-

to, á Telesforo García, á Chucho Valenzuela, á Pancho Sosa, á Pablo y Miguel Macedo, al Lic. Sánchez Gavito, á Porfirio Parra, á Joaquín Çasasús... á todos los que asistimos, nos tocó á más.

¡Qué agradable *menu* y qué buen *sprit!* Buenos los vinos y mejores los bríndis! El cielo, Porras y nosotros de excelente humor. La mesa, cubierta de flores..... Afuera la orquesta del buen Dios, la que no interrumpe las conversaciones, la de los pájaros... Adentro, las canas de nuestro viejo Prieto que no quieren corona; la calva, á lo Sócrates, de Telesforo; los ojos guerrilleros y chinacos de Altamirano; el pálido Valenzuela, á quien han empalidecido con ardientes caricias dos hermosas enamoradas de él: la Poesía y la Fortuna; Pancho Sosa, siempre grave, Pablo Macedo, siempre de perfil... y allí un verso que se cayó de los labios de Prieto antes de ponerse la última sílaba, pero que siempre es verso; allá, una frase algo atrevida que hace ruborizarse á esa otra frase virgencita que se le escapó á un joven poeta...; recuerdos..., esperanzas..., talento y gracia, en todas partes menos en mi plato! Telesforo haciendo justicia plena, en su elocuente brindis, á los hombres de la Reforma, á los Constituyentes, á los idealistas, á los iluminados y videntes, á los locos inmortales que nos dieron libertad y patria.

Altamirano, el asombroso conversador, moralmente vestido de cónsul, y hablándonos de asuntos comerciales, prometiéndonos... ¡él, un poeta! ¡él, un literato! prometiéndonos dinero!!! ¡Que va á ser editor nuestro en Barcelona; que después de habernos enseñado todo lo que sabemos, va á ver cuánto nos produce lo que nos ha enseñado...! Allá, un verso... acullá una libra esterlina sonriéndonos! ¡Y Altamirano convertido en un

Bleichrœder..... junto á Pablo Macedo que es todo un banquero, aunque tenga el defecto de ser muy inteligente y muy artista... frente á Sánchez Gavito que tiene talento y dinero para sí y para sus amigos....! Barcelona...! ¡Libros cuya edición cuesta trescientos pesos y produce treinta mil...! El Maestro enriqueciéndonos...! ¡Vino...! ¡Flores...! Y allá, como una música, la palabra de nuestro viejo Guillermo, hablándonos de la tristeza de las despedidas del mozo que lleno de ilusiones va á embarcarse, de la novia que lo besa por última vez y cuelga un escapulario de su cuello; de los amigos que lo acompañan, de los hermanos que lo abrazan,... ¡y del pobre viejecito que detrás de una roca, llora y llora, porque es el padre del que se va,... de ese viejecito que es él, nuestro abuelito Prieto, y que será el primero que salga á recibir á su hijo cuando vuelva... ¡cuando ya tal vez la novia se haya casado con otro y los amigos se hayan ido ó hayan muerto!

¿Cómo no conmoverse...? Yo mismo que no hago versos, porque ya me arrepentí, zurcí los que pongo á la cola de esta crónica..... ¡Qué ha de irse Altamirano! ¡Ya ha vuelto el *Renacimiento*, y han vuelto las veladas literarias, y el Liceo Hidalgo, y la época de Eduardo González, y ya viene Riva Palacio, y va á resucitar el Nigromante...!

Sin embargo, debemos ponernos en todas las eventualidades. Puede ser que Altamirano se vaya. No es probable; yo no lo creo; mas puede ser.

Pancho Sosa: usted que escribe tan bien ¿por qué no escribe la *Historia del Consulado y del Imperio literario* del Maestro?

Yo de mí sé decir que, si él se va, el único encargo

que me propongo hacerle es el de que salude á la andaluza de Musset. Ya le preguntaré cuando regrese:

Avez-vous vu, dans Barcelone,
Une andalouse, au sein bruni?

Y ¡lástima grande que no tenga derecho para completar la estrofa repitiendo:

C'est ma maîtresse, ma lionne,
La marquesa d'Amaëgui!

El Duque Job.

UN LIBRO DE LECTURA.

La sociedad protectora de animales y niños, es decir, de la mitad y otra mitad del género humano, debe de intervenir activamente en la publicación de libros destinados á las escuelas. Como protectora de los animales, porque estos aparecen mal retratados, calumniados, en las viñetas de esos libros; y como protectora de los niños porque el texto de esas publicaciones está escrito por los mismos señores animales... á los que todavía la civilización no les concede la palabra.

Tengo ante mí, (á respetuosa distancia por supuesto) un "Segundo libro de lectura" impreso en Bogotá, y destinado, según el autor dice ó canta, en el Prefacio, á servir de modelo para todas las repúblicas hispano-americanas. Como yo pertenezco á una de ellas, y como el

autor me envía uno de los ejemplares de su obra, acompañado de cierta dedicatoria que no merezco, porque no merezco que me llame "muy inteligente" ningún tonto, me propuse estudiar este modelo. Me alarma, ante todo, el título, porque siendo un "Segundo libro de lectura" es de presumirse que hay un primero.... y no estoy conforme con la dinastía.

Hago esta salvedad: si en el "Primer libro de lectura" se enseña á los muchachos á que aborrezcan todo libro y huyan de él como de un enemigo, el Segundo ya es enteramente inofensivo. Pero si no es así, hay que echar á la hoguera el Segundo.

En la primera parte, el autor habla de Zoología y de Historia de México. Protesto contra este maridaje ó contra este ayuntamiento, que es tan malo como casi todos los ayuntamientos. ¿Por qué la Zoología y la Historia de México han de mancomunarse ó de salir del brazo? Si el novel educador entiende que los mexicanos somos animales ó parientes próximos de ellos, se equivoca. Tan suegros somos de los animales, que aquí hay corridas de toros, coleaderos y peleas de gallos. De manera que no tenemos ningún punto de contacto con la Zoología. Vale más que el autor nos separe y deje la Zoología en su casa y la Historia de México en la suya. Este es un caso de divorcio.

Refiriéndose á la conquista, dice el "Segundo libro de lectura:" "Hernán Cortés fué un hombre muy valiente. El *solo*, acompañado de otros valerosos soldados, venció á todo un mundo, ¡al mundo de Moctezuma!" Quedamos, pues, en que solo, pero acompañado, Hernán Cortés venció un mundo que era de Moctezuma, seguramente porque Moctezuma se lo había robado, porque no consta en ninguna notaría que fuera de él.

Pero, á renglón seguido viene esta frase peregrina: "¡El mundo de Cristóbal Colón ya fué de Dios!" En definitiva ¿de quién es el mundo? ¿de Moctezuma, de Cortés, de Colón ó de Dios? Aquí hay un verdadero concurso de acreedores.

Perdonaría, sin embargo, al autor de ese libro, este prurito de gravar con hipotecas el continente americano, si no fuera porque descendiendo de la historia antigua, aunque sin apearse de su asno, se cuela como Pedro por su casa en la historia moderna, rompiendo cuanto á las manos se le viene. Me sospecho que el tal señor ha de haber sido de los que acompañaron á Cortés, cuando Cortés vino solo, porque trata á México como á país conquistado.

Entre otras cosas dice las siguientes: "Juárez se opuso á la obra civilizadora de Colón y de Cortés. El, como Juliano el apóstata, quiso levantar altares á los ídolos, echó por tierra las cruces y en el *campanario* de Querétaro renovó los sacrificios humanos, dando muerte al gran Emperador Maximiliano."

¡Esto sí ya no puede perdonarse en ningún libro de lectura, aunque sea segundón! Ni existe un *campanario de Querétaro,* ni Maximiliano fué *gran Emperador*, ni Juárez levantó altares á los ídolos (que siempre han vivido pacíficamente en el Museo) ni algo, siquiera, de lo dicho en ese párrafo, tiene sentido común. El autor oyó campanas y no supo en donde daban.

Tales sandeces no han menester refutación. Y si hablo de ellas es porque el autor en su dedicatoria me ha llamado "muy inteligente"...... y esto sí que me escuece. ¡No se lo perdono!

Santo y bueno que hable de zoología: él sabrá lo que dice. Pero que venga un gendarme y lo saque á

viva fuerza, si es preciso, de la Historia de México. Imaginen ustedes que al referirse á nuestra literatura, estampa lindezas ó enormidades de este género:

"El gran poeta de México es el Sr. D. Manuel Carpio. Sus obras están traducidas á casi todos los idiomas, y se cree que su poesía el "Camino del Gólgotha" no tiene rival en lengua española. El Emperador Maximiliano le nombró su lector de Cámara y le asignó una considerable pensión anual. Carpio, Pesado y el padre Navarrete, son, después de Sor Juana, los tres grandes poetas de México."

¡Está escrito que á este señor todo ha de parecerle grande! ¡Hasta Fray Manuel Navarrete, que era, y sigue siendo, tan humilde, le parece colosal! Y, eso sí, para este osado y feliz autor no hay imposibles: él alarga los días de Carpio y traduce sus versos á todos los idiomas; prolonga la existencia de Pesado, nombra lector de Cámara y pensiona al poeta que escribió el "Camino del Gólgotha"..... hace, en fin, lo que gusta en la Historia de México. La hace de veras, no la compra hecha.

"En la literatura moderna de México—continúa diciendo—se nota lamentable decadencia. Ha decaído, porque se ha olvidado de Dios. Acuña, uno de los secuaces de Juárez, corrompió la poesía inclinándola al *filosofismo.* Y Acuña, como era natural, se suicidó."

No me parece tan natural, como á ese caballero, el suicidio de Acuña. Pero más sobrenatural es todavía que lo llame *secuaz de Juárez.* ¿Piensa este ciudadano de una república independiente, aunque no libre, que los años y las épocas y las ideas y las personas, en la Historia de México, se barajan como naipes? ¿Cree que puede haber combinaciones caprichosas con los nom-

bres de nuestras personalidades célebres como con las fichas del dominó?

Cierro el libro y arranco la dedicatoria. Ya no sigo adelante, por temor de encontrarme conque yo también me he suicidado ó con que me nombró Maximiliano su lector de Cámara..... ó con que me opuse á los designios de Colón. Una sorpresa tal me enfermaría!

Así, pues, doblemos la hoja. Lo único que me atrevo á suplicar á este desconocido é inesperado admirador de mis artículos, es que no escriba un tercer libro de lectura. Creo que con dos basta. No es bueno ser muy fecundo, amigo mío! Haga usted libros de no lectura; libros en blanco. Haga usted la historia de otras naciones..... de las que todavía no existen. Pero ¿á qué venir á México desafiando el vómito, las pulmonías y el tifo? No están seguros los caminos; los ferrocarriles andan mal; suele habér sacrificios humanos y—lo que es más temible para usted—sacrificios zoológicos, en el campanario de Querétaro; cuentan que todavía no ha muerto Juárez y que sigue levantando altares á los ídolos..... De modo que, por todo esto, señor mío, es preferible que vd. no tenga tratos con nosotros ni pise nuestra historia. Sobre todo, ¡no vuelva á llamarme inteligente!

¿Verdad que ya le parezco tonto?

¡Muchas gracias!

El Duque Job.

UN TUBO VENTILADOR.

Javier Aubryet proponía en cierta ocasión, que durante los meses de verano se trabajase de noche y se durmiera de día. Las razones que alegó eran poderosas.

Cometemos anualmente un espantoso absurdo, que las autoridades debieran castigar: ¿por qué nos obstinamos en vivir, como siempre, en pleno día, durante ese incendio que se apellida estío, y contra el que jamás podrán garantizarnos diez mil Compañías de Seguros?

Los rigores del más crudo Diciembre y del Enero más cosaco, se limitan á sitiarnos en nuestra propia casa, prohibiéndonos severamente la salida. O concluímos por hacernos ciudadanos de Groenlandia, ó nos emparedamos entre los cuatro muros de la alcoba. Pero el viejo invierno comunica cierta poesía alemana á la vida íntima, transfigura su encanto, es el supremo bastonero de los walses y el supremo organizador de las conversaciones. Su proceder es más leal, cien veces más leal que el del estío. El invierno nos permite prender fuego, el estío no consiente que apaguemos el sol. Durante los meses de invierno, puede el termómetro, á su antojo, quedar bajo de cero: la alcoba será entonces un nido más apetecible, tendrá el teatro más encantos y la mesa mayores atractivos; el invierno sonríe como un amigo viejo hasta á los más perezosos; pero el verano, brusco y záfio, suprime radicalmente la existencia: es una plaga á domicilio; va pegado en nuestras ropas por donde quiera que vamos; es inútil que huya-

mos, porque nos encuentra, y en la calle, en la casa, en el teatro, hasta en el seno mismo de las olas, se lanza sobre nosotros como sobre una presa, armado de sus congestiones cerebrales. ¿Quién ama cuando su novia se liquida? ¿quién piensa cuando el cerebro se calcina? ¿quién trabaja cuando la atmósfera revienta sus músculos? Más fácil sería tocar un violín sin cuerdas. Y esto, sin mencionar el obligado acompañamiento del verano, la amable hidrofobia, los generosos alacranes, las graciosas apoplegías y las divinas fiebres.

Grandes parvadas de extranjeros perniciosos, conocidos vulgarmente con el seudónimo de insectos, pueblan la atmósfera. Saint Preaux podría mirar á Julia rascándose con furia y haciendo sangrar su blanca piel, sembrada de ámpulas. ¡Oh rey de Ivetot! el más dormilón y perezoso de los reyes, yo hubiera deseado verte dormir la siesta en la campiña durante las calurosas tardes del mes de Mayo. ¿No miras revolar en torno tuyo esa graciosa avispa de corsé-dorado? Si quieres engordar parcialmente, bastará que le entregues tu epidermis al cáustico tremendo de sus besos. Las flores no tienen aroma, la verdura abdica en favor del polvo; los segadores caen moribundos en los trigales y el sol rie imperturbable en su palacio de chillante azul. ¡El sol! ¡Un *cursi* rico que los copleros inciensan servilmente! ¿Cuándo podremos desterrar del firmamento á ese Turcanot vestido de diamantes, que da calor cuando se le pide luz únicamente, y que ha usurpado su reputación de generoso porque suele ser útil en invierno? Es tiempo ya de destituir á ese gran funcionario, que se ha ensoberbecido. Nombremos en su lugar al buen Saturno; ¡pobre viejo que enamora de lejos á la tierra, mostrándole su anillo de brillantes!

Alaben en buena hora los poetas al astro rey, al padre de la luz, al dios de los egipcios: yo no consentiré en extasiarme como se extasían los elefantes ante ese sinapismo en forma de escudo que se llama el sol. Jamás he visto que los peces entonen un *tedeum laudamus* en memoria y loor de los astros. La misma luz que ese astro incómodo desparrama, puede perfectamente suprimirse por inútil. Cuando esa luz cae á plomo sobre la tierra caliginosa, las líneas y los colores se confunden en una convulsiva irradiación. El sol y los niños son delicados cuando duermen.

En este instante, el jubileo del calor comienza y el régimen de la asfixia impera en todas partes. Las rosas no viven ya lo que viven las rosas; la fresa nace en conserva; las citas son irrealizables; cuando se deposita un beso en una mejilla juvenil, parece que se ha besado mantequilla; el cuerpo se convierte en una mesa redonda servida á toda hora, y á la que vienen insectos, con la franqueza de antiguos parroquianos. Queremos leer y nuestros ojos se llenan como de plomo derretido; queremos escribir y nuestra mano cae como deshecha gelatina; la inercia misma se convierte en una especie de baño de María; cada movimiento que hacemos abrevia una semana de nuestra vida; nos encerramos y parece que un sol invisible calienta las tinieblas; la frescura es tórrida, la lluvia cauteriza; entre el mundo real y nosotros, se interpone esa perpetua sensación de hornillo con que tanto amenazan los predicadores. La aurora parece una infeliz enferma de fiebre á quien ningún efecto causa la quinina; sus dedos color de rosa queman como carbones encendidos.

El astro rey que Luis XIV mimó, admitiéndolo en el número de sus lacayos, ocupará todos nuestros ins-

tantes y todos nuestros pensamientos. Su majestad el sol es un tirano que merece cinco años de eclipse.

Para defenderse de este inplacable enemigo, no hay más que un recurso; aprovecharse de su sueño. La razón nos aconseja señalar para levantarnos el minuto en que se acuesta y para acostarnos el minuto en que se levanta. La prudencia nos indica abandonarle á su propia suerte en el espacio, devorando á su antojo nuestro raquítico planeta; mas como el universo se ha distinguido eternamente por sus sinrazones, los presidiarios de la traspiración no se han curado de romper sus hierros. ¿Qué hora es la escogida comunmente para las grandes transacciones comerciales y para toda operación bursátil? El medio día.—¡La hora en que los cañones se disparan solos y en que la apoplegía está en el zenit!

*
* *

Noches tibias de estío en que la naturaleza, lejos de su déspota, se atreve á respirar, en que la brisa se apiada del jardín carbonizado, y la república de las estrellas gobierna sosegadamente bajo la quieta presidencia de la luna; noches tibias de estío, nosotros os huímos, y desde que se inicia nuestra calma, corremos á abrigarnos en la alcoba; roncamos en tanto que los ruiseñores cantan, y al siguiente día, con puntualidad insoportable, tornamos á escuchar el ruido de los coches; cerramos los ojos invariablemente, mientras la dulce hermana del insociable Febo esparce su claridad suave y opaca que orea como aire fresco las pupilas; y esperamos sin miedo para abrirlos á que el sol prenda luego sus hogueras: rehusamos la caricia y requerimos el azote.

¿Cuándo conocerán, ¡oh luna! que el rey del día me-

rece tanta excecración como tú mereces amor, y cuando preferimos la blanda y apacible quietud de nuestras noches al estrépito infame del período diurno? Flores discretas que guardais vuestros hechizos para estas horas de silencio y sombra, ¿cuándo podremos admirar vuestra belleza?

El ruiseñor entonces, ese Gayarre de las aves que acaba su temporada sin que nosotros le escuchemos, prorrogaría por algún tiempo su contrata. Los almacenes permanecerían cerrados durante el día, y la media noche sería el momento designado para las grandes transacciones comerciales. Tengo, pues, el honor de sujetar al examen de las Cámaras el siguiente proyecto de ley:

Art. 1º. Desde el primer día del mes de Abril hasta el 16 de Septiembre de cada año, las casas de comercio se abrirán al toque de oraciones y se cerrarán al toque de alba.

Art. 2º. Las representaciones teatrales no podrán comenzar antes de las dos de la mañana, ni concluir pasadas las cinco y media. Las infracciones se castigarán con una multa de cien á mil pesos.

Art. 3º. Las oficinas públicas estarán abiertas de las siete de la noche á las cuatro de la mañana.

Art. 4º. La Corporación Municipal somete á la aprobación del vecindario este programa: desayuno á las siete de la noche; comida á la una de la mañana; cena al rayar la aurora, lo más tarde.

Art. 5º. La tarifa de los carruajes durante el día, será la antigua tarifa de en las noches.

Art. 6º. Queda rehabilitada aquella frase célebre que Jocrisse dejó escapar en un arranque de inspiración:

—Un día.... ¡era de noche!

El Duque Job.

EL PULQUE EN EL BANQUILLO.

El Sr. General Don Pedro Rincón Gallardo, Gobernador del Distrito. ha reglamentado con mucho tino y discreción, la venta del pulque. Si, como es de esperarse, los agentes subalternos cuidan de que á esas disposiciones se sujeten los pulqueros, mucho ganará la sociedad. Y si los agentes subalternos tal no hacen, peor para ellos: el General Rincón Gallardo es suficientemente enérgico para destituirles y castigarles. La utilidad social subsistirá; y los agentes de policía, inútiles ó perjudiciales, quedarán eliminados. Suma: dos adelantos positivos.

Como de años atrás, vengo predicando en desierto contra las asambleas de borrachos y contra la libertad de emborracharse en público, me complace que el General Rincón Gallardo, gobernante de buena voluntad y, lo que vale más, de buenos hechos, sea de mi opinión.

La ley no puede prohibir que haya locos, ni declarar obligatoria la virtud, ni prevenir todos los crímenes, porque para ello sería necesario declarar vigente á perpetuidad el decreto de Herodes, degollar á todos los recién nacidos y fusilar por precaución á todos los adultos, no dejando en cada ciudad más que á los siete justos, que no hubo en Babilonia.

Si la religión, que cuenta con una cárcel mucho más fea que la de Belem, aunque esto parezca paradógico, con una cárcel mejor guardada, porque de ella nadie se ha salido, con el infierno eterno y con la escuela correc-

cional del purgatorio; si la religión católica, repito, no ha podido acabar con el crimen, ¿qué hemos de hacer nosotros, sin más diablos que los gendarmes?

Pero la ley, en cambio, dentro de su modesta esfera humana, puede hacer algo para prevenir los delitos. El castigarlos con rigor, está muy bien; pero no basta.

Hurtaron un reloj á un caballero, que por curioso presenciaba cómo ahorcaban á un ladrón

—Pero ¿no miras, infeliz—dijo al ratero—que por ladrón ahorcan á ese?

--Pues eso mismo ha de ver usted... ¡á lo que nos exponemos!

Prevenir los delitos es mucho más eficaz que castigarlos, porque nadie escarmienta en cabeza ajena. Y puesto que se trata de prevenirlos, hay que declarar la guerra al pulque.

El pulque es nuestro gran elector de criminales. Vedlo: parece inocente, se viste de blanco á semejanza de las novias... pero no es inocente... también muchas de las novias que se visten de blanco no son inocentes. Dicen que es bueno para la salud, porque ahora resulta que los venenos son muy higiénicos y que no podemos vivir sino envenenados. ¡Pero desconfiad de esa blancura! El indio no gasta más que en tres cosas blancas que absorben casi todo su presupuesto: en manta para vestirse, en pulque para beber y en cera para los santos y los muertos.

El día en que no entra pulque á México, casi no entran criminales á la cárcel. De modo que cuando entra el pulque, entra por la garita y á ciencia y paciencia del Gobierno, cuyos agentes salen respetuosamente á recibirlo, un gran criminal á la cabeza de su ejército. Entra á Roma Atila.

¿Veis esos cueros que parecen pulqueros decapitados? Pues esos gordos son los asesinos.

Yo no pido que se prohiba la entrada de esos caballeros, puesto que vienen con el carácter de médicos. En realidad, puesto que no podemos dar de comer al pueblo, es caritativo darle de beber. No estoy en absoluto contra el pulque; pero sí estoy contra las pulquerías.

¿El pulque es medicinal? Perfectamente! Pues que se venda en las boticas. O, para proponer algo más práctico, que se permita venderlo en las pulquerías, pero que se prohiba beberlo en ellas. Hay muchas cosas que el Código no puede prohibir, pero que tampoco consiente en que se hagan públicamente y en la calle. Y una de ellas debe ser la embriaguez. ¡Dejemos que se ampare á la sagrada sombra del hogar!

En la casa, *at home*, están precisamente los interesados en que el marido, querido, padre, hijo ó lo que sea, no se emborrache. El hombre gasta todo su jornal en pulque fuera de la casa, lejos de la mujer que le exige el dinero para la comida. Llegando á la casa con su *raya*, por fuerza dará algo para la familia, y ese algo más que comerán sus hijos, será algo menos que beba él.

En la pulquería están los amigos que invitan, son invitados, y excitan el amor propio de los mexicanos que somos y hemos sido siempre tan gastadores y tan confiados en la misericordia de Dios que da de comer á los pájaros y viste gratis á los lirios; en la pulquería está el pleito, está la riña, la provocación, el insulto y el cuchillo.

Tolérese la embriaguez; pero no se permitan clubs ó casinos de borrachos. Y esto lo digo no sólo por los que beben pulque, no obstante que son ellos, por el número, por la ignorancia y por el instinto, los más peli-

grosos; sino también por los que beben cognac en la cantina ó tequila en la tienda.

Usted, caballero, nacido en este hermoso clima de México, tan lleno de libertades y de pulmonías, tiene el derecho de embriagarse, pero, una vez ébrio, se le obliga á escoger entre ir á su casa ó ir á la cárcel. Usted es un peligro, como una atarjea descubierta. Usted es un loco voluntario, de guardia nacional, pero á los locos la policía los recoge.

Ya relegados al hogar los ébrios, cometerán sin duda menos crímenes, porque siempre es más difícil y más raro el parricidio ó el uxoricidio que el simple asesinato cometido en riña.

Sobre todo, tendremos que cuidarnos de nuestros borrachos nada más; pero no de los agenos.

Medidas, y medidas muy rigurosas para reprimir la embriaguez, son las que debe dictar la autoridad. Cuando en algún jurado oigo alegar, como circunstancia atenuante, la embriaguez, me parece que dicen: este señor mató á su padre..... pero hay una circunstancia atenuante: ya antes le había cortado un brazo á su hijo.

Por otra parte, declarando obligatoria la instrucción primaria, decimos al ciudadano:

—Tú no tienes derecho á ser ignorante, no tienes derecho á sustraerte á la civilización, tu inteligencia, en cierto modo, pertenece al Estado que es el representante de la unidad.

Y ya que ese ciudadano, á costa de todos, sabe cuál es la O, quién fué Juárez y por dónde queda California, le agregamos:—ahora que ya cultivamos tu razón, puedes perderla en cualquiera cantina, y no sólo perderla, sino hacer gala de haberla perdido, y no sólo hacer gala de haberla perdido, sino atentar á la libertad, á la vida

y hacienda de tus conciudadanos; puedes sustraerte no únicamente á la civilización, sino también á la humanidad, convertirte en un bruto, y esto no de manera oculta y vergonzante, sino en público. Allí están los gendarmes para llevarte del brazo á tu domicilio. Si te caes te levantarán. Si cometes un crimen, diremos en tono suplicante á la justicia: —Disculpadlo! ¡Estaba ebrio!— Como si dijéramos:—Perdonad á este parricida! ¡El pobre es huérfano!

Esto, á mi juicio, es absolutamente ilógico.

Castigamos el suicidio, es decir, no lo castigamos, por lo mismo que no se puede despedir de ningún empleo al que está cesante; castigamos á los suicidas dados de baja y no castigamos á los suicidas en actividad.— ¡Qué infame! ¡Se mató!—¡Pobre! ¡Se está matando!

Lo que el General Rincón Gallardo ha ordenado á los expendedores de pulque, con el fin de impedirles presidir congresos antihigiénicos ó de futuros cirujanos contra la voluntad del paciente, honra á tan hábil y entendido gobernante. El no es súbdito de la reina Xochitl, que Dios haya perdonado, sino caballero gran cruz de la orden del Orden.

El Duque Job.

UNA SANTA.

Hay existencias que pasan sin hacer ruido, como corrientes apacibles de agua límpida. Sólo ven el cielo, y el fango de su cauce está tan hondo que ellas no lo miran ni lo descubren los extraños. Hay vidas empapadas en virtud; hay vidas santas. Los que todavía no somos muy malos, sentimos tristeza al contemplarlas; el perverso siente ira. Por eso las calumnia, por eso las ridiculiza y hace mofa de ellas, sin comprender el infeliz que, al agraviarlas, les proporciona la inmensa dicha del perdón.

Sé de una santa que acaba de dormirse para siempre y que cruzó por el minuto humano como la mártir cristiana de Paul Delaroche, flotando sobre las olas, con los brazos cruzados y la mirada, rediviva, vuelta á Dios. Sé de una alma que tuvo fe sin esperanza, porque no esperó jamás premio del mundo y temía siempre—así era su inocencia!—los castigos eternos. Sé de una vida empleada sin descanso, en hacer bienes. Sé de un espíritu solitario y triste que acompañaba á todos los espíritus dolientes.

Y esa santa, era ladrona. Se robaba las penas de todos para sentirlas ella. Se las robaba para conocerlas y —ya conociéndolas—aliviarlas. Su palabra fué siempre una promesa: promesa de pan, promesa de cariño, promesa de bienaventuranza. Y nadie la amó de amor aunque todos en el alma la quisieron. Acaso adivinaban que no era para el hombre, sino que era para Dios.

Tuvo la belleza; pero esa belleza inspiraba el respeto que inspiran los cálices sagrados. Su juventud fué nada más un crecimiento de alas. Casi le disgustaba el ser bonita. ¿Para qué?

De modo que la vida nunca la manchó... porque el amor suele manchar. El egoísmo no entró en ella ni aun trasformado en deber honestamente; en deber de la esposa para con el esposo, en deber de la madre para con los hijos. Pobrecita enfermera de todos los cuitados, á todos ellos les pertenecía. Nunca fué madre y deja muchos huérfanos.

¡Cuánto sufren los que sufren por muchos! ¡Cuánto sufriría ella! ¡Ah! ¡Debe de gozar intensamente ahora, porque existe sin duda, la Suprema Justicia! A haber sido rica todo lo habría dado. No lo era, y daba mucho. Pedía limosna para los demás. Poniéndose el pobre tápalo negro iba de casa en casa mendigando, pidiendo en las boticas medicamentos para los enfermos menesterosos, ayudando á bien morir y á bien vivir. Recibía duras repulsas; escuchaba frases agrias; pero no dijo nunca una palabra de reproche ó de rencor. Cuando contaba —rara vez—tales ofensas, pedía muy luego que le perdonaran el haberlas referido. Desde que ella era niña fué á posarse en sus labios la sonrisa de la resignación.

¡Ay! ¡Duele mucho que nos arranquen esas almas! Hacen falta en la tierra porque sin ellas sería irrespirable la atmósfera humana. Aquí nos ahogamos y sólo esas manos hechas á dar limosna y á curar enfermos y á cerrar los ojos de los moribundos, pueden abrir las ventanas por donde entra aire puro y por donde se ve un trozo de cielo. Sólo esos corazones, que también son nuestros, ayudan á vivir y arrojan sangre nueva á nuestras venas. Ya se me fué la santa de que hablo, y en mi

templo, en el templo vacío que alumbra el tenebrario, de ceras amarillas, queda otra hornera vacía... sola!

Sin embargo, como creo que esas vidas no se extinguen, que la sombra no absorbe esas blancuras, que hay seres á quienes vemos con los ojos abiertos, y seres á quienes vemos con los ojos cerrados, en el misterio de la meditación y del sueño, siento la influencia de esa alma en la mía propia, y pensando en aquella me siento bueno... por algunos instantes, desdichadamente.

¿Qué compensación tuvo en su vida, toda de abnegación y sacrificios? La dicha de calmar y desvanecer dolores, es verdad; pero á mí, acaso porque soy malo, me parece poco. Creo que con esa dicha triste ha de comprarse la felicidad inalterable. Había dolor en esa satisfacción que sólo experimentan los espíritus privilegiados, y aquella alma ni siquiera tenía confianza en que sería recompensada al desligarse de la carne, porque siempre creyó que había hecho poco y que iba, después de la muerte, á sufrir mucho. Hizo el bien con muy tímida esperanza.

No, no quería irse. ¿Cómo, si hay en el mundo tantos desgraciados? ¿Cómo, si á tantos iba á hacerles falta?

Ahora bien, yo me pregunto: ¿puede existir la dicha, subsistiendo la memoria? ¿Tendrán los felices de allá arriba, que ser forzosamente ingratos? ¿Se comprende un bienaventurado que no tenga caridad? ¿Desde el cielo, no se mira el mundo?

Esto no puede ser: los que en la vida han sido buenos, sufriendo y gozando con serlo, seguirán siendo buenos y caritativos con nosotros, yo no sé de qué modo. Vendrán á vernos sin que les veamos. Influirán en nuestras acciones, sin que nos demos cuenta de ello.

Tenía mi santa una jovencita predilecta, por lo in-

fortunada. La dijo: quiero llevarte, ven conmigo, aquí hay mucha luz, el veintidós te espero. Y estaba la niña sana, rebosando vida, y hoy, día veintidós, ha muerto.

Hay que envidiar noblemente á los buenos, porque únicamente la maldad absoluta y monstruosa les odió en vida, y porque son los verdaderos inmortales. ¿No observais cómo persiste su sér corpóreamente en nuestro recuerdo? Ya difuntos los vestimos de blanco nada más; pero siempre son ellos irradiando luz. Aquí, por ejemplo, está mi santa. Ignoro en dónde; pero cerca. No me extrañaría oír su voz... verla entrar. Para mí no ha muerto, precisamente porque para el mundo había muerto desde antes.

Las apariciones de los que fueron dispensadores de bondad y de ternura, no pueden intimidar. ¿Y por qué? Porque, dado que tal aparición fuera posible, no deberíamos llamarla así, puesto que, en realidad, no han desaparecido. Si revivieran preguntaríamos: ¿qué otro bien van á hacer?

Esos labios que sólo han amado la plegaria y el beso más casto; esos ojos que sólo han visto muchas penas, imposible es que se cierren para siempre. Yo no le digo á mi santa: ¡duerme! ¡descansa!—No! Le digo: ¡despierta! ¡vive! ¡sígueme! ¡ayúdame! como tú puedas, como tú quieras... Oyeme! Háblame!

Suele el ánimo ser eco de ruidos cuya procedencia ignoramos. A veces nos caen lágrimas de pupilas invisibles. Otras oímos una voz que nos aconseja ó nos consuela ó nos reprende. Y estamos solos, enteramente solos al oírla, y la voz suena junto de nosotros. Por eso tal vez escucho ahora la que resonó á fines del siglo XII en toda la Umbría y en Asís con más fuerza: Paz y Bien.

El Duque Job.

Los Pecados Capitales.

Me propongo hacer una defensa de los pecados capitales, y comienzo por el primero que me viene á las mientes: la pereza. La pereza es santa. El trabajo vino al mundo con el pecado: es un hijo del diablo. Mientras el hombre fué bueno, á semejanza del Creador no trabajó. Adán, en el Paraíso, era un holgazán. Dios, pues, hizo al hombre para que fuera lo que hoy llamamos un ocioso. Se necesitó la intervención del diablo para convertir á aquel espíritu contemplativo en un sér laborioso. El trabajo, por consiguiente, es un castigo.

Los que pueden eximirse de él, constituyen en todas partes las aristocracias. La misma aristocracia de la virtud es una aristocracia estática. Marta, según el Evangelio, vivía más cerca de Jesús que Magdalena.

Ante todo, ¿á qué llamais pereza? Si es á la cesación de toda actividad, esa pereza no es la mía. Esa pereza es la anquilosis del espíritu. La mente tiene alas que se mueven siempre. Cuando su vuelo es perceptible para todos, el vulgo dice que trabaja. Cuando planea en esferas superiores, inaccesibles para la vista de la muchedumbre, se le cree amodorrada. También suponen á la tierra ociosa cuando la cubre con sus nieves el invierno. Pero abajo, en el gran laboratorio, no se suspende nunca la poderosa gestación. El invierno es el cano fabricante de las rosadas primaveras. Pero es un trabajador pudoroso que no entrega á la multitud sus secretos. No solicita aplausos, y cuando la Prima-

vera rompe su crisálida, y abre las jaulas de oro en que sus aves multicoloras yacían presas y vuelca las colosales cestas de mimbre derramando sus flores á millares, nadie llama al autor de este prodigio. Allí está el triste invierno, entre los bastidores empolvados. Es el padre que casa á su hija, goza en verla hermosa y se retira tristemente al hogar.

La pereza es pudor. Soñar es crear y crear es trabajar. El trabajador se remanga la camisa y desnuda su pecho velludo delante de todos. Es el herrero junto á la fragua. La pereza trabaja ocultamente, en donde nadie pueda verla. Es la virgen que desabrocha lentamente su corsé, bajando los párpados para no verse desvestida en el espejo.

Yo admiro al trabajador. Es el Alcides de fornidos miembros que golpea el yunque y maja el hierro. El trabajador es altivo: lo que le imponen como pena, conviértelo en placer. No dobla la rodilla ni demanda perdón. Es orgulloso. La pereza es virgen. Se refugia en la alcoba, da dos vueltas á la llave, y oye sin responder al esposo que toca la mampara. Pero ¿acaso porque la virgen no se despoja de sus ropas delante de nosotros, como Frinea frente á sus jueces, ha de ser menos bella? ¿Sabeis lo que tarda la germinación de una idea bella en el cerebro? ¿Medís el trabajo interno del entendimiento?

El artista trabaja cuando escucha, en medio de la noche, el canto del ruiseñor escondido en las hojas del granado. El artista trabaja cuando besa una cabellera rubia, ó cuando admira en la mitad del Océano, una puesta de sol. Acopia materiales; recoge líneas; aglomera colores. Cuando el recuerdo los haya distribuido en forma armónica, la estátua, el canto, el verso brota-

rán. ¿Por qué quereis que el ave vuele antes de tener alas? La que llamais pereza, es la prudente ninfa que, sellando sus labios con el dedo, dice á los impacientes: ¡Aguardad!

Por eso el arte y el periodismo son incompatibles. No hay arte fácil, como no hay rosas que se siembren y nazcan en el mismo día. Cuando el poeta pasa muchas horas en el campo, con aparente indolencia, está escuchando las voces de sus grandes colaboradores: la voz del agua que se desliza como una falda de raso azul, que no prenden ni rasgan los guijarros del cauce; la voz múltiple de las aves que le traen de los cielos frases hechas; la voz de los vientos susurrando en la fronda de los pinos. Está en la inmensa cátedra de la naturaleza. Ese hombre dormido, es un gigante que trabaja.

Dejadle amar. Amor es un maestro. Decís que pierde el tiempo, cuando ciñe con sus nerviosos brazos la cintura de una mujer; cuando besa una boca trémula ó recorre con los labios una trenza de oro. Pues sin duda os engañais. De esa tierna pereza del amor, nacieron los versos de Tibulo. De esa mujer, que mañana acaso le volverá la espalda, nacerán las estrofas desesperadas de lord Byron ó Heine.

Dejadle que viva para que pueda expresar en forma artística la vida. Dejadle que goce y que padezca, para que esos placeres y esos sufrimientos revistan luego la forma inmortal. No le exijais, sobre todo, que lance sus ideas á medio vestir. La poesía es coqueta. Sólo el artista, su amante, tiene el derecho de entrar á su tocador. Los profanos no la verán con los párpados enrojecidos por el sueño, con la undívaga cabellera sin peinar y las mejillas empañadas por el largo contacto con la almohada. Para salir á la calle, necesita ataviarse primo-

rosamente, y el tocado de una mujer dura mucho. Los poetas que despilfarran su inspiración, no son poetas pródigos, son cínicos. No son artistas, sino reposteros que se ven obligados á servir los pasteles calientes, acabados de salir del horno.

Para el periodista, la idea y la forma son dos cortesanas á cuyas casas se entra á cualquiera hora. Para el artista, la idea y la forma son novias púdicas á quienes se enamora con astucia y para cuya posesión se necesita que en las nupcias oficie el sacerdote. Las oculta, las acaricia en secreto.

Lo que llamais pereza, es el pudor. Lo que llamais ociosidad, es el trabajo latente. Sin el placer—esa suprema ausencia del trabajo vulgar—no tendríamos las Odas de Horacio.

Dejad á los artistas en coloquios amorosos con sus creaciones. Se despiden de ellas á solas, como el amante se despide de la amada. Mañana esas hijas del espíritu pertenecerán á todos. Mientras son del que las crea, mientras nadie las conoce, mientras no las manche el lodo de la calle, mientras son vírgenes y castas, quiere el artista estrecharlas contra su pecho, como abraza el padre, sollozando, á la hija que va á casarse al día siguiente.

¡Feliz el que sólo escribe para sí y para los que le aman! *¡Odi profanum vulgus!*

El Duque Job.

Penitencia de los Cajoneros.

Comienza á sentirse en el comercio la animación de la Semana Santa.

Por la tarde, á la hora intermedia entre la comida y el paseo, los coches se estacionan frente á las tiendas de ropa formando en la calle una espaciosa hilera. Salta el dependiente del mostrador y se acerca con una sonrisa de tenor de gracia á la portezuela. Los cajoneros son, rigurosamente hablando, más desgraciados que los cómicos y que los grandes hombres. Se levantan á la hora en que los periodistas duermen. Transitan por la calle juntamente con los carros de la leche y los repartidores del *Monitor*. Ven esas caras alemanas que se destacan entre seis y siete de la mañana, tras los cristales de Omarini, y esos tápalos verdosos que huelen á cajón de sacristía. En tiempo de frío revisten su nariz con el color violáceo del traje episcopal y llegan á tener los pies en el estado agudo del invierno. Saben que tienen manos porque las ven, pero no las sienten. El dueño del cajón, que es una providencia estúpida como todas las providencias de comedia, manda regar el entarimade sobre el que van á descansar los pies congelados de sus dependientes. Allí, tras el mostrador, que es como un resto de los antiguos presidios españoles, pasa el infeliz dependiente largas horas, entregado al placer geométrico de enrollar las telas académicamente, de manera que las extremidades no sobresalgan, ó al deleite sibarita de platicar con una vieja costurera que vuelve

de la iglesia y va después á hacer la compra de media vara de listón ó una cuarta de holanda cruda. Conforme va entrando el día, aumenta la concurrencia. Los cajones son las cantinas de las señoras, el punto en que distraen su ociosidad con la contemplación filosófica de un sombrero nuevo ó de un abrigo de á cien pesos. El cajonero está obligado á ser galante. Debe tener para su uso diario catorce latas de sonrisas aprensadas. Su paciencia debe resistir todos los arietazos de una conversación mujeril, y todas las mercachiflerías de los maridos.

Su erudición debe ser tan vasta, por lo menos, como la de Feyjóo. Necesita estar al tanto de las fluctuaciones de la moda, de los bailes inminentes y de los matrimonios que van á perpetrarse; tener doble vista para no aventurarse abriendo crédito á una bolsa vacía; saber el estado de la salubridad pública para poder participar si la escarlatina del niño tres estrellas disminuye, y si la fiebre de la joven tres luceros aumenta.

Un cajonero es más heróico que los combatientes de Plewna y los dálmatas insurrectos. Es un hombre que ha llegado á hacer de la galantería un animal doméstico, que hace gracias, piruetas y monadas. Es una galantería de repetición con muelle doble. Para él todas las canas son de plata y todos los cutis de terciopelo. Tiene un paladar elástico por el que caben de igual modo los faisanes, los dromedarios y los rinocerontes. Sería un hombre á propósito para escribir la crónica de un baile.

Cuando algún coche llega, salta el mostrador, sin atender á las interesantes protuberancias de sus pies, y se pone á las órdenes de la señora X ó Z, que se consuela de obedecer á su marido mandando á los demás

con despotismo. Debe tener la agilidad de la ardilla para trepar por las escaleras de mano; la fuerza de Antinoo para sostener un Ararath de cajas de cartón, sombreros, gorros y sombrillas; la espina dorsal dócil para las reverencias al minuto y la lengua eléctrica de Fígaro para hacer la apología de las telas. Cuando el cajonero es más digno de compasión, es en el supremo instante en que una de esas señoras pára su mil y una carroza junto á la puerta. Ha de tratarla con exquisito miramiento, aun cuando sea casado ó tenga novia. Tiene prohibido el desprecio y limitada la vergüenza. ¡Pobre cajonero!

*
* *

¡Con qué infinitas ansias aguardan esos siervos del trabajo el día de fiesta que los manumita y los liberta! ¡Cuánta poesía encierran para ellos esos preparativos hechos en familia durante la noche del sábado! La camisa blanca con su cuello postizo y sus botones de oro, aguarda sobre una silla cerca de la cama; la ropa nueva recientemente cepillada y oliendo aún á flor de romero, cuelga de la percha: debajo del catre asoman su delgada punta los botines que llevó por la tarde el zapatero, y ya dispuesto para las oblaciones matinales, está el lustroso aguamanil con su limpia palangana, sus jabones de lechuga, los botecitos de pomada, el paño de manos, la gran esponja y las tijeras! El cajonero toma un baño en las primeras horas de la noche; canta en el agua, canta al vestirse, canta al subir las escaleras de su casa; regocijado y satisfecho cena con apetito, fuma un buen tabaco, y se acuesta después con la tranquilidad de un hombre rico, pensando en el reposo reparador de los domingos! El día de fiesta es para ellos el

mar libre: desde la misa oída en el Sagrario á las doce y cuarto hasta el regreso del Paseo de la Reforma.

*
* *

¡Dios mío, si fuera cajonero cuánto podría gozar en los domingos! Cada vez que este día de la semana toca á la puerta de mi oído con los doce toques de la campana, siento el mismo calosfrío de miedo que debió sentir Don Juan Tenorio al escuchar los aldabonazos del Comendador. ¡Adelante! Escondo la cabeza en la almohada, leo algún capítulo de Pérez Escriche para conciliar el sueño y duermo. Tras la trinchera del sueño bien puede soportarse la primera acometida del domingo. Pero el sueño, como todas las grandes felicidades, pasa en un momento. La luz, tan indiscreta y tan curiosa como siempre, penetra por las rendijas, travesea en el cielo raso, juega con las flores de la alfombra, se filtra por las cortinas de mi alcoba, comienza á bailar un wals sobre mis párpados, me hace cosquillas y despierto. Ya me tienen ustedes en pleno domingo. La luz —al fin mujer—me ha arrojado del paraíso como á Adán! Queda otro recurso; no bajarse de la cama; pasar las primeras horas de este día funesto, parapetado tras las colchas. Esta es la última palabra de la pereza. Escucha uno el ruido de los carruajes en la calle; los pasos de los transeuntes matinales que van á sus negocios, el estrépito confuso de esos grandes hormigueros que llamamos ciudades, el bullicio, la vida, y volviendo el cuerpo al otro lado, cubriéndose perfectamente y entornando los ojos, se piensa que es hora todavía de viajar por el mundo de los sueños. En esto hay algo de egoísmo y de mal corazón.

Dormir cuando todos duermen es gozar un placer idéntico al que goza el jornalero más infeliz y el pobre más desarrapado; pero dormir cuando todos están despiertos y el trabajo ha comenzado, es disfrutar un privilegio que halaga como todos los privilegios. En esas horas matinales veo todo teñido con el color del alba; con el color de rosa. Todo me parece sencillo. Miro la felicidad como una poma de oro que puedo arrancar de la rama únicamente con extender el brazo. Es la hora en que todas las puertas se me abren y todas las mujeres me aman como locas. Monto en el caballo árabe de la imaginación, y corro á rienda suelta por los países encantados de la fortuna; visito la caverna de Alí Babá, los jardines de Circe y los palacios de Armida. Sueño con los ojos abiertos y estoy asegurado de pesadillas. Si pudieran prorrogarse esas horas, á nadie envidiaría. El amor y la juventud son los supremos millonarios.

Pero los domingos, todavía con más justicia que otros días, es imposible prolongar estos ratos de indolencia. Las habladoras campanas de la Profesa me recuerdan que es hora de la misa. Me visto, pues, y cerrando los ojos, como quien va á arrojarse á un baño de agua fría, me arrojo de cabeza en el domingo.

Si no estuviera convencido de mi desgracia, bastaría para indicarme el día que es, el primer paseo por las calles de San Francisco. ¡Cuántos horteras *endimanchés!* ¡Qué lujo de corbatas azules, de sombreros de copa alta y levitas cruzadas! Los botines están brillantes como espejos y el cuello de la camisa tiene limpia la hoja de servicios. Los asientos de la peluquería están ocupados, y tengo de esperar una hora larga para que me afeiten. Los periódicos vienen llenos de versos, otra calamidad que debía evitarnos el Ayuntamiento. Con-

tra esos aguaceros de poesías, no hay paraguas que valgan, y es fuerza resignarse á resistirlos. Dan las doce. ¿Vamos á permanecer petrificados en la calle de Plateros? Las parvadas de levitas negras se estrechan en las casas de Recamier y Genin. Algunos tienen el valor de encaminarse á pie á la Alameda. El calor es cada vez más insoportable... ¡Dichosos los que pasan en el campo estos trágicos días! *¡O rus, quando te aspiciam!*

El Duque Job.

Ricardo Domínguez.

"Un día, Olaf, pescador de Finmark, columbró un barco enorme que atravesando fjords se encaminaba á la ribera. Y no sin miedo echó de ver que en ese barco marinero ninguno maniobraba ni en su puesto estaba el capitán, y que, impelido por arcana fuerza, la nave salvó sola los difíciles pasos por do al golfo se entra. De improviso, sobre el castillo de popa que tenía grabado en letras flameantes un nombre patronímico, que nadie, en Noruega, recordaba haber oído, sobre el castillo de popa apareció la Muerte, golpeando las tablas con el pie. A ese golpe, el buque-fantasma se abismó en las dudas, y el marinero, sobrecogido de terror, sin fuerzas para huír, miró distintamente y en lo más hondo de las aguas, acostados en sepulcros de piedra, á veinticinco amigos suyos que, un mes antes, salieron á pescar en Lofoten, de los que nunca jamás se hubieron nuevas, Olaf enloqueció."

Narran esta leyenda los pescadores de Grimstad en las "noches negras"—noches de tormenta—en torno del fogón, mientras colérico el aire desmigaja los peñascos de la costa.

La traigo á cuento ahora, porque también nosotros, pescadores en océano tenebroso, hemos visto, de lejos, ese barco, en cuyo castillo de popa se alza, lívida, la muerte: también nosotros hemos visto á los hermanos que salieron rientes á la pesca y naufragaron pavoridos en el mar, aun no muy alejados de la orilla: también nosotros repetimos los versos trágicos de Hugo:—*Ou sont ils, les marins sombrés dans les nuits noirs?—O flots, que vous avez de lugubres histoires!—Flots profonds, redoutés de femmes á genoux!—Vous vous les racontés en montant les marées—Et c'est ce qui vous fait ces voix desespérées—Que vous avez le soir quand vous venez vers nous!*

Partieron nuestros amigos al rayar el alba—porque la vida literaria empieza muy temprano—no alentados por las promesas aureas de Jason, no corridos de tierras que les negaran un albergue, como los codiciosos aventureros españoles, sino en busca de islas felices que no existen; de islas en donde, siempre verdes, crecen los laureles; de islas en donde se ama y se es amado eternamente. Cuando pescaban á pocas brazas de la costa, volvían al atardecer, con las redes rebosando de peces multicolores, brillantes, escurridizos.

Pero solían hallar á algunos venidos de los mares misteriosos, con abundante copia de corales y de perlas; solían oír relatos de miríficas pescas y por muy noble espíritu alentados, arrojáronse á empresas de fornido empuje. Una racha de viento volcó el bote y yacen bajo la acerada, yerta onda, que, á semejanza de los ojos tristemente verdes, jamás revela su secreto.

¡Cuántos de los amigos, de los compañeros, salidos al amanecer para la pesca, no volverán á calentarse en el común hogar, llegada que sea al fin la obscura noche!

En partant du golfe d'Otrante
  Nous étions trente:
Mais, en arrivant á Cadiz,
  Nous étions dix.

El último que ha sorbido el voraz abismo, el último cuya voz repiten, todavía vibrante, los sombríos ecos de mi alma, me tocaba muy de cerca: fué mi compañero, trabajó á mi lado, le ví encorvarse al peso de la vida y sentir esas ansias, esos anhelos irrefrenables de emigrar, de irse al campo, al aire libre, que sienten los que no están lejos de la muerte. Ya está en el campo! Ya las fuerzas que él devolvía á la Naturaleza en brotes hermosos de fragantes versos, van á abrirse en flores nuevas. Ya duerme el que buscaba sueño y sueños!

Allí está el cajón de sus papeles; allí su letra menudita cual cadenilla de enlutados no me olvides; allí el sillón hecho para hombre más robusto que él; allí el ancho tintero en que apuraba diario tósigo; allí los recortes de papeles impresos que guardaba. En esos recortes hay muchos versos... sólo versos. Para Ricardo, para el noble y buen Ricardo, sólo existían dos sexos en la naturaleza: el de los pájaros y el de las flores. Su cantatriz, su "diva," era la transparente y límpida agua, vestida toda de iris y diamantes. Su tragedia, la tempestad. Sus monedas de oro—¡sus únicas monedas de oro!—las estrellas.

Tenía más años que yo, y yo le quería como á un hermano menor, enfermo y triste. Me gustaba conver-

sar con él á la hora del crepúsculo, porque así juntaba dentro de mi espíritu dos apacibles caídas de la tarde. Aun miro, en la penumbra del anochecer, la microscópica brasa de su cigarro amarillento y el humo azul que se le iba, mas y más ténue cuanto más subía, más y más diáfano, más y más descolorido, como el poeta que dió todo su incienso á lo que amaba.

Era de los humildes, de los que pasan sin hacer ruido. Sus versos se parecían al ramo de flores silvestres que dejó Siebel en la ventana de Margarita. No eran flores de rico; pero tenían aroma, tenían alma... eran de él.

Aquella criatura tan querida tenía un amor inmenso: el de la madre. No se sentía fuerte para andar solo por la vida. De niño, la madre lo llevaba de la mano. De hombre, tenía necesidad de besar tiernamente aquella mano, antes de entrar al torbellino de las calles. Y cuando ella murió, me dió miedo ese huérfano. Lloraba como un chico que ya sabe lo que significa esta palabra inmensa: MADRE. Decía ¡MAMÁ! ¡MAMÁ!—como los niños.

No tuvo hijos, era él HIJO.

¿Qué iba á hacer solo en la existencia? ¡Solo... solo! No, el infierno que vemos en los lienzos místicos, es menos pavoroso que otro por mí soñado en noches de impía fiebre: el infierno en que uno queda solo delante de su sombra, negra y muda!

Todas las dichas se apagaron para Ricardo, como las velas de un "nacimiento" cuando acaba el rezo y concluye la fiesta de familia y los niños se entran á dormir. Sus ambiciones... ¡tenían las alas cortadas como débiles garcetas que mutila, por travesura, algún rapaz! Para él quedaban solamente los amigos... diez... cinco... tres... acaso uno! Porque Ricardo, como todos los bue-

nos que padecen, no era expansivo, no era franco, escondía sus dolores como se esconde el santo escapulario, la reliquia que al cuello nos colgó la madre. Tres... dos... acaso un sólo amigo... y en el hogar, la amada esposa enferma y triste.

Un día le ví á mi lado en los escaños de la Cámara. ¡Diputado...! ¡Qué extraño! ¡Ah, sí; pero lo fué por pocos días! La Fortuna muy raras veces burla á la poesía. Deja que los amantes de ésta le sean fieles.

¡Oh bueno y triste compañero de trabajo, cuán trabajosamente escribo estos renglones! Mi pluma va despacio, como los que, siguiendo tu cadáver, subieron la empinada cuesta que lleva al campo–santo de tu hermosa tierra! ¡No: es crueldad exigirme que prosiga! Ni abrir quiero el pequeño cuaderno de tus "ULTIMOS VERSOS." ¡Bien te lo daba el corazón! ¡Eran los últimos!

Ahora se retrata en mi memoria el campo–santo de Jalapa. Allá no se va en carroza al asilo postrero. Llevan el ataúd en hombros los amigos, y otros le acompañan á pie, con la cabeza descubierta, por la torcida calle principal. Como es angosta, llénala el cortejo. Algunas veces, una música fúnebre toca los salmos de la eterna despedida. Después se trepa una empinada cuesta. Ya estamos junto al atrio de San José. Desde allí se divisa el asombroso panorama de la vida inmutable, de la vida á cuyas transformaciones incesantes entran los que mueren. El cielo divinamente impasible; el lomerío á cuyas ariscas grietas se prenden y asen casas blancas; los árboles, las torres, la hondonada, el Cofre de Perote tras su gasa azulosa... la extensión, el reposo y el silencio.

Se tuerce por una calleja de árboles frutales, flanqueada por huertas incultas y casuchas miserables. Por

entre plantas de café, asoman grupos de indios resignados. Ladra el can vigilante ó marcha paso á paso á la zaga de aquella triste comitiva. Abajo queda la ciudad risueña, la bella dormida que arrebuja el cuerpo blanco en sábanas de niebla. Abajo, los tiestos de camelias y gardenias; ojos ardientes tras de las persianas: amor y vida en la naturaleza. Arriba el cementerio y encima de su puerta que al abrirse rechina, resistiéndose, la tosca y bendecida cruz de hierro.

¡Muy alta está la ermita!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

Ya estás allí, bueno y doliente amigo mío! Para la tierra en que naciste fueron muchos de tus versos; para ella serán todas tus flores. ¡Tus versos. . . los que te consolaban, urnas traslúcidas que guardan cenizas de ilusiones muertas y polvillo brillante de alas estrujadas! ¡Tus flores. . . las que quisieras haber dado para el altar de Dolores que tu madre adornaba cada año! Por las noches, entre la húmeda niebla de Jalapa, tus rimas brillarán como luciérnagas. . . .

¿Quién de nosotros partirá mañana?

El Duque Job.

UN GRAN ACTOR.

No extrañará á nadie que yo asiente esta verdad: Coquelin es feo. Pero tampoco ha de causar extrañeza á ninguno que digamos muchos: ¡Oh, qué hermoso es Coquelin! La cara de Coquelin es inestable: se la va á quitar. Adivinamos que tiene otra adentro. Esa que vemos es la que puso para poder decirnos la verdad, sin que nosotros le conociéramos. Es una cuestión de forma nada más. Y cuando Coquelin no copia las miserias humanas, cuando el arte le enaltece y sublima, por los ojos de esa careta sale resplandeciente la mirada del hombre hermoso. En la *Aventurera* es el borracho, es el espadachín, es el rufián: en *Gringoire* es Coquelin. Se hace una hermosura. Se hace amar. Lo amado es siempre hermoso.

Puede ser que ótros actores franceses, como Got, posean en la escena dominios más extensos.

Algunos como Delaunay le superan por la música de la voz, por la elegancia de la dicción y el ademán, Munet-Sully, el árabe de los ojos de fuego, le aventaja en sentir y expresar fuertes pasiones; pero Coquelin no cede á nadie el cetro como actor consumado, como actor que se entra todo entero en la piel del personaje que interpreta, como actor que conoce todos los detalles, todos los pormenores, todos los accidentes, todas las quisicosas, todos los ángulos, todas las quiebras, todos los recodos de un papel.

Desde que sale á las tablas deja de ser Coquelin

Queda su personalidad, como una cédula de vecindad, como un acta de registro civil, en la bolsa del paletó, en el guardarropa. La dejó con el paraguas, con los chanclos. Ya no es él. Ya él es otro. Y este es único. Ninguno se desviste de sí mismo tan así.

Tenemos ahora en el circo un hombre que caricatura con su cara, con sus gestos, con su cuerpo, la personalidad física de muchos hombres prominentes en el mundo. Este caricaturista tiene por lápiz la nariz, y por papel la cara toda. Descompone las líneas de su rostro, las curvas de las cejas, los semicírculos de los ojos, el ángulo de la barba, las orejas, la boca, el ceño, y con estos elementos borronea la figura. Este hombre parodia caras. Coquelin, las copia, las iguala, se las coge, y las obliga á hablar, á expresarse, á reír, á moverse como lo harían las originales, las auténticas. Copia el ser moral que ellas individualizan ó, más bien dicho, no lo copia, se lo apropia.

Desde ese momento, ya no estáis delante de Coquelin. El actor ha desaparecido. Así como á ciertos personajes en comedias de magia se les va el traje por algún escotillón, así á él se le va *todo el Coquelin*—permítase la frase—y queda Marecat, Noël, Gringoire, Anibal ó Tartufo.

No hay que perder de vista, no hay que desperdiciar ninguno de sus detalles. De cada minucia hace una obra maestra. No sabéis cuánto tiempo habrá estudiado la manera de sacar el pañuelo, de tender la mano, de levantar el vaso, de abrir la boca, de decir sí ó no, y esa "manera" con tanto escrúpulo estudiada y con tanto arte conseguida, no le sirve más que para un papel; en otra será otra, y—¡admirable cosa!—cuando vuelva á representar mañana ó muchos días, meses ó años des-

pués, el personaje para cuya interpretación él la estudió, volveréis á encontrar, sin que discrepe ni un ápice, esa propia "manera" de sacar el pañuelo, de tender la mano, de levantar el vaso, de abrir la boca, de decir sí ó no.

Los japoneses hacen estas maravillosas identidades. Pero el japonés trabaja en alisar los mismos hilos ó en bruñir los mismos esmaltes durante toda una vida. La división del trabajo es la que hace esos prodigios. Coquelin, diversificando más y más su trabajo cada día, lleva á la interpretación de cada personaje el mismo lujo de menudencias y detalles, detalles y menudencias que no olvida, que reaparecen siempre intactos, como si fueran objetos materiales, prendas de vestir, botones ó mancuernas que él se quitara y guardase muy cuidadosamente en un cajón, para volver á usarlos, cuando las circunstancias lo exigieran.

En ese hombre que con facilidad pasmosa se metamorfosea, es sorprendente y estupenda la precisión del mecanismo que imprime determinados movimientos al papel en acción, mientras dura la cuerda que éste necesita y que Coquelin le da. Esta cualidad, esta fijeza, es excluyente de la mutabilidad requerida por las continuas y multiplicadas metamorfosis. Y Coquelin tiene los dos difíciles poderíos, es uno y vario: no olvida ni un detalle de los creados por él, cuando representa al personaje para el cual los creó, ni recuerda, cuando está representando á uno de esos diversos personajes, á ninguno otro de los que ha creado.

Por eso habrá y hay sin duda otros actores más obedientes á la inspiración; actores que representan según el estado de sus nervios, según las pasiones que realmente les agitan en la vida propia; actores que están sujetos á las influencias de la atmósfera, á los vapores del vino,

al amor, á los desalientos, á la cólera, al odio, á las personales y tornadizas condiciones; actores que improvisan generalmente ó que, dadas las líneas generales de un papel, dentro de ellas se mueven por diverso modo conforme á los impulsos del momento; pero actor á la vez exacto como un cronómetro en tal drama y múltiple y proteico en la serie de sus creaciones, actor como Coquelin no hay ninguno.

La crítica necesita un microscopio para analizar algunos primores de este artista. El debe de construirse el personaje que estudia, como trabajan los mosaistas, agregando partícula á partícula, ésta de ese color, aquella de otro, y combinando las diversas formas hasta harmonizarlas en el cuadro todo.

Mas por atender á lo pequeño descuida lo grande. Lo grande está en la concepción. Por ejemplo, en *Tartufo*. Lo difícil, de su labor, que no conoce, que no ve el vulgo, está en que hace lo grande reuniendo harmónicamente innumerables pequeñeces. El público ve el personaje de cuerpo entero, ve lo grande, ve el hombre, ve la idea. Pero ¿cómo se ha formado ese hombre? ¿Cómo se ha externado esa idea? Coquelin sintió primero la cantidad, luego la desmenuzó, la dividió en sumandos, en unidades, en fracciones, y partiendo después de la fracción, rehizo la unidad, rehizo la decena, rehizo la centena, rehizo los millares, rehizo los millones, alineó los sumandos, fué uniendo éstos, y al llegar á la suma, la cantidad total era ya de él, la conocía en todas sus partes y sus formas, se había entrado completo al personaje por todos y cada uno de sus poros.

¡Qué largo proceso y qué intrincado y complexo *devenir!* Pero, en cambio, ¡cuán sólida resulta la creación artística! No hay ángulos quebradizos, no hay solucio-

nes de continuidad, no hay junturas mal cerradas. El actor es dueño del personaje: lo clasifica, le fija lugar determinado, y entra dentro de él, como dentro de una armadura de hierro para él hecha: armadura que no cambia de pliegues, que no se acorta ni se arruga, que es la misma.

Hasta hoy—hablando de la temporada actual—no hemos visto á Coquelin en las obras de sus pares, en las de Molière. Pero no porque la creación del autor dramático sea vulgar ó mediana. Coquelin pone menos escrúpulo en realizarla. Muy al contrario, tal vez entonces hace mayor gasto de fuerza artística y de estudio, porque entonces él *crea*.

Leed cualquiera de los monólogos que recita. ¿Qué hay en los más de ellos? Nada. Una agudeza... un chiste... una parodia... una caricatura. En algunos, como en el *Náufrago* de Copée, muy lindos versos. ¿Nada más? Nada más.

¿Qué hay cuando los dice Coquelin? ¡Todo! Ternura, tristeza, alegría, tedio, júbilo, concupiscencia, voluptuosidad. El poeta, como Copée, dejó caer. Coquelin vió. ¿No era una gota de agua?—dice el poeta.—No—le responde Coquelin—¡si es una perla!

Ahora, permitid que ponga puntos suspensivos.... Aguardo á Coquelin en el *Tartufo*.

El Duque Job.

JUANA LA PÁLIDA.

Amar ó haber amado, eso basta—dice Víctor Hugo. Y Altamirano, comentando esa frase del poeta, decía en una de sus más brillantes páginas:—"tal vez haber sido amado es mucho mejor." Esta idea la expresó con santa unción uno de los príncipes de la poesía á quienes más admiro, François Coppée, en la "novela de Juana." Esta es de encantadora sencillez.

Se diría que los versos de Coppée, son versos muy humildes que jamás hacen ostentación de su realeza y que parecen ir diciendo con excesiva modestia: "somos prosa, señores, pura prosa". Inútilmente, sin embargo, toman este airecito de pobreza y se visten de simple percal. Estos príncipes que viajan de incógnito, revelan su condición en cada movimiento, en cada gesto, en cada frase.

"La novela de Juana" pertenece á ese grupo de pequeñas obras maestras que su autor, con justicia, ha titulado "Los humildes." Con la bondadosa solicitud de una de esas santas mujeres que dedican su vida á aliviar los males de sus semejantes y que mandan parar sus lujosos carruajes en los barrios más apartados á la puerta de las más pobres accesorias, la musa de Coppée, cubierto el rostro por espeso velo negro, sin acobardarse por el mal olor de la miseria, ni por el triste aspecto de los indigentes, va visitando los lugares en que se llora y se padece. Entra al galerón del hospital y se detiene junto al catre del enfermo para darle el medicamento prescrito; pasa á los sótanos en donde el hambre y la

desnudez se refugian, conversa con los desheredados de la tierra, con los que nada tienen, con los que nada esperan, con los que son de todos rechazados y en cada corazón deja un consuelo y hasta hace sonreir de cuando en cuando las boquitas amoratadas de los niños enfermos, que sólo parecen hechas para pedir pan en la esquina de la calle y para besar los blancos pies del crucifijo en la hora de la muerte.

La musa de Coppée es una dama tan opulenta como caritativa. Sale de casa con el portamoneda henchido de piezas de oro y vuelve sin ninguna. Todo lo ha dado en el camino, hasta el broche de diamantes que cerraba la cinta de su cuello. Y al siguiente día, de nuevo emprende su santa peregrinación. Los menesterosos la aman con toda el alma y los huerfanitos la apellidan madre.

Otros poetas sólo dan entrada en sus palacios encantados á los que visten telas de seda, á los que lucen ricas joyas. Estos ven con asco á los pobres y cuando les reciben, les obligan á entrar por la escalera de servicio. Tienen miedo de que sus pies manchen el mármol de la escalera, el hule de los pasadizos y las alfombras de las salas. Son poetas aristócratas, para quienes la belleza no vive sino en los refinamientos del lujo. Sus heroinas jamás andan á pie y sus héroes de frac, llevan siempre una camelia en el ojal.

Coppée canta la belleza de la desgracia. La mano de su poesía, cubierta por el guante, acaricia las cabezas enmarañadas, los rostros demacrados por la miseria, los harapos de los pobres. Como una hermana de la caridad, esta santa poesía se acerca al jergón en que yace el agonizante y le ayuda á bien morir.

"La Novela de Juana," es la historia de un corazón "únicamente visitado por un rayo de amor sin esperan-

za." El poeta compara á su heroina con un pobre cautivo encerrado desde la niñez en un obscuro calabozo, por cuya angosta claraboya, de negra reja, sólo se puede ver un pedazo de firmamento y en éste una estrella nada más. La madre de Juana, viuda, enferma y ciega, vive con ella en un lejano barrio, entre el Pantheón y el Jardín de Plantas. Juana es pobre y fea. Su única distracción consiste en cultivar unas cuantas flores. Una tarde, mientras regaba y podaba las plantas de sus tiestos, vió en la casa de enfrente un joven de figura simpática. Era un poeta desconocido que vivía en la pobreza, entregado á sus lecturas y á sus versos, comiendo pan seco y bebiendo agua pura. Juana se enamora de él; pero el poeta ni siquiera fija su mirada en ella. La pobre muchacha quisiera ser hermosa para cautivarle; pero el espejo, el cruel espejo, le decía con su muda elocuencia: tú eres fea. Y Juana pasaba las noches contemplando en las cortinas de la ventana de enfrente, la sombra del poeta inclinado sobre el papel y sobre el libro. Y á la luz de la luna, brillaban las lágrimas en sus pupilas.

Pasa el tiempo. La celebridad, la riqueza, los honores, llegan para aquel soñador desconocido. Publica un libro; los periódicos hablan de él, y Juana lee con ansiedad aquellos artículos y sigue de lejos la carrera gloriosa de su amado; como la pobre mendiga que desde el portal de alguna casa mira pasar el séquito lujoso de una boda. Un día, sin embargo, Juana y el poeta se encuentran. El camina distraído, buscando acaso rimas sonoras ó ideas nuevas. Ella sentada con la anciana madre en una banca del Jardín de Plantas, cose, mientras la niña á quien asiste y cuida, travesea en el jardín. La chiquilla deja caer el juguete que lleva en las manos: el poeta lo ve, se inclina para recogerlo y se dirige al

banco donde está Juana. ¡Oh, fortuna! ¡Va á verla por primera vez, á comprenderla, á amarla acaso! Pero la niña se interpone, el joven la mira, la levanta en brazos, le devuelve su juguete, la besa en la frente y sigue pensativo su camino. Juana siente que sus pupilas se llenan de lágrimas, corre al encuentro de la niña, la oprime contra su pecho, y pegando los labios á su frente, con un ronco sollozo de tortolilla, recoge aquel beso que no fué para ella. "Y ese beso fué toda la novela de Juana."

Et ce baiser ce fut tout le roman de Jeanne!

No puede darse nada más sencillo; y sin embargo, esa triste narración comprime el alma. Aquella fea es muy bella. Quisiéramos que una buena hada la convirtiera en gentilísima princesa; hacer de ella una nueva Cendrillón, y decir á ese soñador que camina contemplando los astros: baja la vista, mira esta violeta.

La idea de este poema es muy semejante á la que inspiró á Campoamor "Los amores de Juana." La Juana del poeta español se enamora del rey á quien mira pasar á caballo, vestido de gala, en una gran parada militar. No es atrevido inducir que el "pequeño poema" de Campoamor, inspiró á Coppée el suyo. Hasta el nombre de la protagonista es el mismo. Ambos poetas no hicieron más que expresar en formas nuevas, cierto cuento de Bocaccio, cuyo título no recuerdo en este instante, y en el que la heroina se enamora de un hermoso y joven soberano. Pero en el cuento de Bocaccio el rey, atraído al fin por tanto amor, acude al lecho en donde está su moribunda enamorada y la consuela. El poema de Bocaccio termina con un rayo de sol: el de Coppée con una queja que nadie oye.

La forma poética del autor francés es muy superior á la de Campoamor. Este busca la sencillez, los detalles y pormenores extrictamente reales, pero repetidas veces, por correr tras una frase pintoresca, por ir en pos de un dicho agudo, por su afición á discreteos é ingeniosidades, deja á la verdad. A través de sus personaes se le mira á él. En su estilo hay recuerdos del humorista Alfonso Karr. Sus obras no están formadas de una sola pieza: son mosaicos brillantísimos.

Coppée se oculta entre bastidores, mientras sus personajes hablan y se mueren. Juana es Juana, casi no conoce al autor de su novela, como el poeta del poema no la conoce á ella. La Juana de Campoamor es muy amiga de él, sabe algunas frases de Víctor Hugo, otras de Heine, no tiene realidad humana: es la idea del amor sin esperanza. El poeta se toma el trabajo de explicarla; la anota, por decirlo así, como cuando nos dice primorosamente:

La mujer como el ave se enamora
De todo lo que brilla y hace ruido.

La pobrecita enamorada que presenta Coppée, no necesita comentario al margen. Nos abre su casa y su corazón. La vemos y nos fuerza á compadecerla y á llorar.

"La novela de Juana" es tan triste como amar y tan sencilla como morir.

*
* *

A la tumba de los poetas admirados, de los artistas excelsos, lleva siempre flores alguna Juana pálida, cuyo nombre está, como las estrellas, en la sombra.

El Duque Job.

EN HONOR DE CARPIO.

Debo, ante todo, hacer una confesión franca y leal: cuando recibí el nombramiento con que la Prensa Asociada se ha dignado honrarme, mi primer propósito fué releer las poesías de Carpio—y digo Carpio, al parecer irrespetuosamente, porque este nombre ilustre, y más amado todavía que ilustre, lleva imbíbito el propio señorío—mi primer propósito, repito, fué trasmontar en mi vida, volver con el recuerdo á la cima de que se desprendió el caudal de mis años, y allí, próximo á lo azul, en la nieve intacta iluminada por la luz del alba, volver á oír los cantos del poeta cuya fe ha sido tan caritativa para las almas sedientas de esperanza. Temblaron mis manos al acercarse al libro, y no sé si ellas, por tímidas, no se atrevieron á tocarlo, ó si las páginas de éste, como encogiéndose, las rechazaron.

Después de todo, ¿para qué releer aquellos versos? La crítica literaria no está invitada á esta solemne ceremonia; la crítica ha vivido tanto y sufrido tan duros desengaños que ama tardía y penosamente; la crítica es la que llega con el escalpelo frío y penetrante á hacer la disección de un cadáver, y aquí, señores, no hay ningún cadáver, aquí no venimos á llorar en el aniversario de un fallecimiento, sino á cantar la aurora de una hermosa vida. Tiene algo de filial esta conmemoración, y los hijos nunca aquilatan—ni discuten mucho menos—las virtudes y las excelencias de sus padres.

Los hombres que pertenecen á mi generación, pue-

den decir que casi no han leído las poesías de Carpio; que las oyeron nada más, ¡y de qué labios! de los que brota siempre la verdad, de los que besan con mayor ternura, de los labios ya pálidos, ó inmóviles ya, de nuestras madres. ¿Cómo han de morir estos versos? Morirán acaso cuando muramos nosotros, porque ya no sabemos decirlos como nuestros padres los decían; perecerán tal vez, no por defecto de virtud intrínseca, sino por triste ausencia de los que fueron sus apóstoles; se irán descorazonados y dolientes porque ya haya cambiado el idioma que hablaron ellos á la generación más amada por nosotros; pero en los que vivimos todavía no podrán morir sino con todo lo inmortal que atesoramos, con el recuerdo de cuando tuvimos padres, con la memoria de cuando fuimos buenos.

Por eso el libro de Carpio inspira hondo respeto é intenso cariño; por eso sus páginas nos parecen muy blancas, con blancura de canas venerables, y no osamos tocarlas, temerosos de tener maculadas las manos; por eso no decimos, no podemos decir con imparcialidad que fué egregio poeta, porque es de nuestra casa, porque es de nuestra familia, porque fué amado y venerado por los nuestros.

¿Qué mayor gloria que la de haberse mezclado así, íntima y honradamente, á la vida de dos ó tres, ó acaso más generaciones? Ha habido después grandes poetas seductores; pero poeta más y más noblemente amado por la mujer virtuosa, no ha habido ningún otro; poeta que como Carpio haya sabido bellamente presentar la religión en su forma de amor, de mansedumbre y sacrificio; poeta cristiano, en la alteza de este vocablo, como él fué; poeta que no involucre la religión y la política; que no arda en ira pagana contra los adversarios de su

credo; que no pida el martirio para sus enemigos, como por un atavismo de desquite; y que no temple sus armas en las hogueras inquisitoriales; poeta, en suma, verdaderamente cristiano y verdaderamente poeta de corazón, ninguno ha habido, después del hombre insigne que cantó á Jesús en el camino del Calvario y que nunca hizo cantos á Jesús en el camino del Tabor. El nunca prostituyó la religión ni la poesía: amó á las dos como á la madre y á la esposa.

Tuvo, además, distinto y excelso merecimiento: fué bueno. A muchos grandes hay que perdonarles mucho, así como se le perdona el alud y el ventisquero á la montaña alpina. La hermosura de esas inteligencias próceres es la divina defensora que obtiene la absolución de muchos vicios. Pero en Carpio nada tenemos que perdonar. Su vida fué más correcta y hasta más llena de amor que su poesía; y precisamente porque esa vida fué buena, son los versos de Carpio tan amados. Hay una santidad de sentimiento que se transparenta y que, sin pedirlo, exige incienso en las estrofas del poeta; pasa un ángel por ellas como por la ceguera de Tobías.

De cierto que en ese hogar no entraron nunca más dolores que aquellos ineludibles y forzosos huéspedes de todos los hogares, pero en su umbral, la Virtud estaba de rodillas y el Dolor malo, al verla, se alejaba.

Se quiere á Carpio porque fué muy bueno; porque supo hacerse amar de todos los buenos que son nuestros y de los buenos que fueron nuestros cuando Dios quería. Bella es su vida y por eso es tan bella su poesía. No tendrá la hermosura atrayente y tentadora de otras nuevas ó antiguas; pero tiene el hechizo inmenso de la sinceridad y de la sencillez; la fuerza superior á

todas, superior á la hermosura, superior al talento, superior al genio, la fuerza irresistible de la simpatía.

Cuenta Renán que en épocas remotas, según decir de una leyenda bretona, existió cierta ciudad de Is á la que el mar cubrió. Los pescadores señalan cuál era el sitio que ella ocupaba antaño y en los días de borrasca creen ver, traspasando las crestas de las olas, las flechas de las torres; y en los días de calma escuchan el alegre clamoreo de las campanas.—"Paréceme—dice Renán—que en el fondo del alma llevo una ciudad de Is cuyas campanas repican todavía, obstinadas en llamar á los divinos oficios á los fieles que ya no oyen. Deténgome á las veces para dar oído á esas tenues vibraciones que parecen salir de profundidades infinitas, á manera de voces que vienen de otro mundo."

En esa atlántida desaparecida, en esos templos cuyas cúpulas y torres cubre el mar, pero cuyas campanas pueden aún hacer que llegue su repique ó su doble á nuestro oído, en ese país de lo que se hundió y vive todavía, está la iglesia en que muchos rinden culto á Carpio. Pero esa iglesia es sagrada para ellos porque en su cripta yacen los restos de aquellos á quienes más amaron, y en sus ojivas cantan todavía las almas de las ilusiones que murieron. Para otros, el nombre de Carpio es como la bandera, acribillada por las balas, de un glorioso ejército, cuyos soldados propugnantes ya no existen, y que realizó memorables conquistas para la humanidad. Para algunos, ese nombre simboliza un cariño, y de los más vivos; de los que están en el recuerdo. Para todos tiene la magia mayor; la que se llama bondad.

¡Feliz el poeta en el umbral de cuya poesía podemos exclamar como Fausto: ¡Salve morada de la pureza! Feliz el poeta, rico en fe y pródigo en dar esperanzas

á las almas hambrientas! ¡Feliz el que pudo unir su nombre á los que más respetamos y queremos más! Porque su poesía tuvo lágrimas, él, en la inmortalidad, tiene corona de diamantes; porque nos presentó á la esperanza arrodillada y viendo al cielo, hay más fe en el culto que le tributamos; porque supo infundir amor en cuantos leen sus versos, no hay quien ose examinarlos!

¡Bendito tú, ¡oh poeta! que creíste y supiste hacer creer! tú, que si por desdicha no hubieras creído, habrías tremolado á pesar de ello la "bandera del bien sin esperanza;" tú que no sólo fuiste un gran poeta, sino un gran ejemplo!

Quede en tu altar la corona de las generaciones que no te conocieron y que te aman con filial cariño.

La prensa liberal de México que sabe olvidar mucho y perdonar más todavía, no desconoce, por rencor, el mérito, ensalza la honradez y ama el talento.

Honrad, señores, al insigne poeta de la Fe.

M. Gutiérrez Nájera.

DON CÉSAR DE BAZÁN.

México—Agosto 19—XCIII.

Me encantan, para leídas, sus hazañosas fechorías ó vistas en escénicos enredos, esos tipos de caballero trapalón, como el Don César de Bazán, diestros en la esgrima del estoque, hábiles en el manejo de la daga, tan descastados y blasfemos en la riña, como supersticiosos y reverentes en la iglesia; sueltos de lengua y predilec-

tos de la franca risotada, inseparable compañera de sus aventuras; me encantan esos príncipes tunantes, cuando á la luz del fogón limpian su tizona ó abrazan á la hostelera frescachona; ya en el alcázar, ya en la truhanería, ora jugando en la taberna los escudos hurtados, ora acuchillando al doncel su rival, frente á un retablo; son los tipos de una nobleza montaraz selvática, sin más pulimento que el dado por piedra áspera á gruesa jabalina, sin más ley que la propia voluntad, sin más peculio que el ajeno, sin más Dios que el buenazo y complaciente para quien la virtud suprema es la bravura; son los tipos de esa lechigada de héroes bandoleros que aventaron la morisca y cocieron judíos y judaizantes; los que siempre arrogantes, aunque anduvieran harapocos, siempre bizarros, siempre temerarios, peleaban por ganarse el privilegio de pecar á mansalva mientras vivos. Los caballeros andantes eran de otra índole; su guapeza y su arrojo, sin afeminarles, exhala vago *odor di fémina*.

Es el valor escrito con letras de oro en las márgenes de un misal gótico. Han pasado esos paladines por la tibia atmósfera de Italia, formada de moléculas azules y de átomos color de naranja; han oído á los trovadores provenzales; han saltado á la arena de la justa; visten telas deslumbrantes; son garridos, apuestos, ágiles y fuertes, no jayanes. Rendidos amadores, les da color la dama que adoran idealmente, la señora de sus pensamientos, el hada que, incorpórea, les visita por las noches. Rematan aventuras peligrosas, se intrincan en laberínticos empeños, consuman proezas increíbles; mas nunca por manera brutal, violenta, á palos ni á puñadas, sino con arte y elegancia, valiéndose del ardid ó el sortilegio, hiriendo por delante al adversario, y enco-

mendándose antes á la Virgen. Norma sus actos una moral caballeresca, distinta de la moral religiosa, pero empapada en lo que ahora llaman altruismo, porque su origen es la caridad en su más amplia y noble forma, en la de amor.

Muy al revés, los espadachines y pendencieros de que hablé al principio, proceden persiguiendo un egoísta fin, mediado apenas por el instinto que les hace mayorazgos de la tradicional herencia de una estirpe y capitanes de su rey, en cuanto éste representa el tronco de la raza. Fuera de su tierra ó rebelados contra el soberano, pertenecen á cualquiera, al que les paga, siempre que no sea moro, porque el moro es perro, ni tampoco judío, porque el judío es culebra.

Subsiste, empero, en esos grandes jayanes, un concepto en bruto del honor. Este es en ellos como ídolo guardado en la obscuridad de una caverna. Ese honor no es hijo de nadie; por eso Cid Rodrigo abofetea á su padre. Ese honor necesita vivir: por eso roba, saquea y mata. El honor no trabaja. Pero no le digais que suplante un nombre, que reniegue de su prosapia en él nacida y acumulada, que engañe á una dama de su propia alcurnia. Ese honor, que es gemelo del nombre, no lo hará. El pillaje no deshonra, la cuchillada no deshonra: lo que deshonra es la avaricia, la mentira y la falacia. Quédense ellas para los andantes degenerados y ya no caballeros, para el pícaro Guzmán de Alfaráche, para Gil Blas y para Ginesillo. Don César de Bazán el camorrista, el matón, el salteador, es un cumplido y noble caballero. Don César, es Don César de Bazán.

El lacayo Ruy Blas, le usurpa el nombre. Por eso mismo, porque es lacayo. El Don César, mendigo á veces y otras bandolero, no robará el amor de una mujer.

El amor, es decir, algo que no es la mujer misma, sino el honor femenino enamorado. En otra leyenda—la que acabamos de ver en el teatro—se presta á todo, menos á que su nombre quede maculado por regias liviandades. Tal vez hubiera consentido que un villano deshonrara su tálamo. El rey, el rey su igual, jamás.

Don César se revuelca en el fango, corteja Maritornes, duerme á campo raso, trampea, llena, si buen viento le sopla, su bolsillo, con el fruto de sus rapiñas; pero tiene un nombre hidalgo, noble, y ese nombre es sagrado. Aun en sus desenfrenos y trapacerías es simpático, porque da estocadas y da escudos; porque burla á la ronda y á las hembras fáciles; porque mata y besa. Si su mujer fuera la manceba de su Rey, sería antipático. Entre hombre y nombre hay separación completa: el hombre cae; el nombre ondula como la bandera, sobre el cadáver del abanderado.

De lo muy hondo y recóndito de la raza nos brota ese cariño á los bandidos generosos y nobles como Don César de Bazán. Por dadivosos, reidores y valientes nos seducen. Llévanos á celebrarles el propio impulso que arroja á la mujer en brazos del galanteador que ha de perderla. Tiene ese tipo mil y mil encarnaciones en la literatura, principalmente en la española; pero su personificación más gentil y cautivadora es el Don Juan. Don César ya es el gracioso del donjuanismo, el segundón de buena sombra y bolsa enjuta, pero también nos parece guapo, bueno y hasta honrado. Democratizado por el pueblo, se convierte ese tipo en Diego Corrientes ó en el guapo Francisco Esteban; pero siempre es el mismo carácter enérgico, á la par que compasivo, el mismo ladrón para sí y para los otros, el mismo galanteador selvático y afortunado. Dejó la espada por el

trabuco, el puñal por el cuchillo de monte, el cinturón de cuero por la faja roja; pero es el mismo á quien mucho se perdona, porque mucho ha dado.

¡Oh tierra enamorada de la luz y del color, de lo que brilla y lo que suena, del tajo y del revés, de la túnica de brocado y la mantilla blanca; oh tierra, que bebes Jerez y Málaga, aspirando el humo caliente de la sangre; tierra de los borrachos de Velázquez y de los toreros de Goya; de los retablos místicos y de los majos de Fortuny, siempre tendrás para Rodrigo los ojos de Jimena, y abiertos los brazos para el hijo pródigo! Y nosotros también, ¡oh abuela, que nos contabas cuentos de aparecidos y de apariciones, de reyes buenos y de bandidos generosos, de santos que venían del cielo á visitarnos y de asesinos que se iban á la gloria, por devotos! ¿No tenemos, por nuestra hidalga educación, mucho de Don César de Bazán? Como él decimos: el trabajo deshonra. Como él tenemos un nombre, sea el de Pérez, el de Quijada ó el de López, que es sagrado. Deber al pobre, trampear, vivir á expensas de los otros, es caballeroso. Rehusar un duelo, perder al juego y no pagar, sí es deshonroso. De la estafa, del tapete verde, de la batillería plebeya, el nombre sale ileso. Pero que una mujer, á la que dimos nuestro nombre, una mujer que en substancia resulta mujerzuela, nos engañe, y entonces hay que matar ó hay que morir. Lo manda el nombre. Que nos lancen un reto y no aceptemos: el nombre, erizo de pavor, nos clava sus aguzadas uñas en la nuca.

¡Oh eterno, eterno Don César de Bazán, oh abuelo nuestro!

El Duque Job.

CINCO AÑOS DE PRISION.

Y el anciano lívido, trémulo, parpadeando se levantó de su asiento: habríase dicho que el asiento le empujó. Sombrío era aquel hombre blanco. Ni el bombre enmarañado de la Selva de Mans infundió más pavor. Correcto, erguido, con la muriente llama de la vida avivada en sus ojos por la cólera, quiso hallar la palabra, la imprecación, la blasfemia, el grito bestial que retorciéndose en el espíritu erizado no encontraba la salida. La boca abierta quedó muda por algunos instantes. Entró por fin á esa alma un soplo de aire y pudo hablar.

—¡Miserables! ¡Miserables! Yo me llamo la gloria. Yo me llamo el Génio. He dado mi nombre al picacho más alto que domina las fuentes del Orinoco. He dado mi nombre al mar que corre de Noruega á Gröenlandia. Mi querida fué Francia. Mi enamorada, la humanidad. Tuve á mis pies á los reyes, á los sultanes. Me llamaron el Grande. Ví la corriente tumultuosa del siglo desde una cumbre. Iba á la inmortalidad para decirle á Homero: cántame. ¡Miserables! ¡Miserables! . . .

A aquel inmenso orgullo abofeteado asomaron las lágrimas. Ya habló el hombre:

—¡No, yo no he robado, yo no soy un ladrón, eso es mentira! He vivido con lujo: pues ¿pude acaso haber vivido de otro modo? Así, con la fastuosa pompa de los vencedores viví yo. ¿Queríais que un César pordiosease? Y ¿quién me hizo César? Pues vosotros, mis adora-

dores, mis creyentes, mis fanáticos! ¿Cómo había de suponer que me pidiérais cuentas, que me regatearais, á mí que dí tanto á la humanidad y más á Francia? ¿Cómo había de ver si quemábais incienso en torno mío é iba yo por el mundo, como los dioses de la Iliada, envuelto en una nube? Si fuí el que dí ¿qué es lo que debo?

¡Ah, ese himno solemne alzado en loor mío, tuvo el estruendo de una catarata! Otros conocen el aplauso: yo he escuchado el torrente de la admiración. Y ese estrépito augusto ensordece al par que encanta. Yo le oí. Sólo eso oí.

Por un momento, por un momento que duró muy largos años, la civilización sorprendida me señaló diciendo: ese es! Yo mismo no sabía quién era; yo mismo me desconocía; pero al cabo creí que ese era yo. Quedé estático, en silencio, ante la proyección colosal de mi sombra en el espacio.

¿Qué sabéis vosotros de esos aturdimientos, de esos vahidos, de esos vértigos que se sienten en las cimas? Veo delante de mí la toga oscura que parece tiznada y huele á hollín; veo ratones que corren, gatos que atisban: yo he sido águila.

Tuve fe en mi destino, fe oriental, fe con alma de sol, fe con médula de león. Había unido dos mares, como sumo sacerdote que une las manos de dos novios. Y anhelaba oficiar de nuevo en otras nupcias inmortales. No era posible que los mares me desobedecieran. Me habíais dicho vosotros que erais mis esclavos.

La piedra no tiene corazón, y dí con ella. Me engañaba tal vez; pero á pesar del recio golpe, seguí creyendo en mí, seguí creyendo en ese *yo* broncíneo que vosotros mismos me forjásteis. Mi estrella continuba irradiando. ¡Mentirosa . . . ! Hoy no será—me decía yo—

pero ¿y mañana . . . ? Y ese mañana deseado sonreía eternamente!

¿Que se necesitaba más dinero? Bueno ¿y qué? Yo necesitaba gloria. Gloria para mí, gloria para Francia, gloria para el mundo. ¿No soy yo el "gran francés?" Pues Francia es mía. ¡Qué sé yo de dinero ni de ahorro! Mañana—me pensaba—pagaré con creces á mi ejército, á éste formado de gentes que me aman. Y mañana volvía á decir: ¡Mañana. . . !

Llegaron los judíos, los explotadores, me cercaron, me ofrecieron . . . . y eso, eso quería yo, que alentaran mi esperanza. Dinero para seguir viviendo como quien soy, como un soberano; fuerza nueva para continuar en mi obstinada lucha. Yo no sé lo que harían. Yo era Lesseps ¡Todo antes que abdicar, antes que dimitir! ¡Qué vergüenza habría sido esa para Francia!

Ahora, ya no hay mañana. Ahora es hoy. La prisión . . . . la ignominia . . . . ¡Dios! ¡Mi Dios!

El gran francés calla por algunos momentos; después, balbuciente, habla; pero ya no es el hombre, ya es el pobre viejo:

—Os lo juro, señores, yo no soy culpable . . . . Yo no he robado . . . . Yo creí poder pagar . . . . Yo pagaré . . . . Puede ser que haya mentido . . . . No lo niego . . . Pero mentía para daros mucha gloria . . . . una riqueza inmensa! No me juzguéis como á los delincuentes vulgares . . . como á los ladrones. Soy el hombre de Suez. . . Acordaos de que entonces nada me robé . . . .

No me quiten del pecho esta gran cruz de la Legión de Honor. Soy honrado . . . . lo juro. Que nadie sepa lo que está pasando . . . Yo soy Lesseps, señores abogados. Vosotros no me conocéis; pero dí mucha gloria á Francia, fuí su ídolo . . . ! Mi apoteosis . . . . Mis noches de Ismailia . . . . ¡Mi *smalá* deslumbrante de belleza!

¡Mis hijitos mimados por la humanidad . . . ! Mis paseos triunfales por el bosque de Boulogne . . . ! Bueno! Todo eso pasó! Sí me resigno . . . ! ¡Pero no la cárcel . . . . no la afrenta! ¿Cómo voy á decirles á mis hijos: teníais un nombre glorioso, y yo, vuestro padre amante, os lo quité. . . . aquí está, en cambio, un nombre deshonrado? ¡No, si eso no puede ser. . . . eso sí no!

Vosotros, señores abogados, sois buenos, sois muy buenos. Ya no os habla el gran francés, os habla el pobre papá Lesseps que tiene miedo de volver á casa. ¿Para qué cinco años de prisión? Tengo ochenta y ocho de vida y he sufrido mucho en estos días. Ya me voy á morir. . . . No tengo fuerzas ya para matarme. Nada os cuesta guardar esa sentencia por algunos días y, si sois tan crueles, publicadla cuando haya muerto, cuando ya no la vea impresa. Pero que ahora nada sepa mi mujer. . . . que nada sepan mis hijos.

Los pequeños, señores jueces, señores abogados, nada han hecho. Sólo saben que su papá es el "gran francés." Sed piadosos, no conmigo, sí con ellos.

Ya no iré al Pantheon. Me llevarán á un camposanto oscuro, al que vosotros querais, á la ínfima clase. Si lo exigís, diré que no hice el itsmo de Suez. . . . que esa fué obra de ustedes, señores magistrados, y no mía. Ya no será glorioso mi nombre, pero sí será honrado. . . . Por piedad. . . !—

El anciano lloraba. No era el "gran francés," no era el hombre, no era el padre, no era el anciano: ya era el niño.

En su palacio, Shylock, el judío eterno, se reía.

EL DUQUE JOB.

REMEMBER.

La muchedumbre invade los cementerios como una marea obscura. Los cirios arden junto á las cruces blancas de las tumbas, en el verde enverjado de los sepulcros, en las doradas arandelas de los nichos: ¡Oh fiesta de los muertos, qué triste eres!



Para estimar y comprender mejor tu honda tristeza, es necesario ir á esos camposantos ignorados, á esos cementerios de los pueblos, á esos musgos átrios de parroquias, con sus cruces de palo y sus cipreses altos. Aquí la vanidad lo invade todo. No tenemos espacio para pensar en esos pobres seres que partieron antes que nosotros: la ola nos arrastra, el viento nos empuja, el rumor de la mar nos ensordece y ni aun siquiera vemos la mano que nos señala el hondo abismo, como tampoco acierta á distinguir el pasajero en una noche obscura y tempestuosa, la roja luz que anuncia el próximo peligro. En nuestros países tropicales y bien queridos por el sol, la muerte es menos triste. Aquí en los camposantos brotan flores, y la violeta empina su cabeza de amatista sobre el césped de las tumbas. La luz colora todo, y entre esas avenidas de árboles frondosos, cuya raiz se encaja en la madera de los ataúdes; entre esas callejas aromosas de naranjos, se piensa con fruición religiosa en el poema de los universales meta-

morfoseos. El cielo está muy claro, muy tranquilo, y tras él se figura nuestra fantasía el país de las almas, el lugar donde nos aguardan todos los que amamos; las flores que la escarcha del invierno no ha podido marchitar, alfombran el cementerio humedecido: el aire nos trae en sus sonoras ondas, rumores de hojas que se mueven, murmurios de agua y trinos de ave; la gran naturaleza nos rodea con todos sus encantamientos prestigiosos, y la muerte pierde una parte grande de su espanto, y se trueca en transformación inacabable: ya no es el cadáver, ese pobre y mezquino cuerpo maniatado que se pudre en la estrechez hedionda del sepulcro, es un puñado de materia orgánica que se descompone, que entra en el torbellino de la vida, en el gran Cosmos, es un puñado de materia cuyos átomos van á formar la tez aterciopelada de las amapolas y el esmalte brillante del myosothis, el oro de la estrella que titila y la pluma del pájaro que vuela.

Pero en las ciudades brumosas del Norte, la muerte cobra todo su terrible horror; allí es donde Lutero dice contemplando á los que yacen en el camposanto de Wors: *Invideo quia quiescunt*, envidio á los que duermen; allí es donde el espíritu se encoje ante el sepulcro; allí es donde los muertos tienen frío, padecen hambre y sienten sobre sus desnudas carnes tentáculos invisibles y mordeduras de gusanos; allí parece que la vida se prolonga en esas hoquedades subterráneas y los cierzos que bajan de las nevadas cimas de los montes van cargados de quejas y sollozos, tristes vagidos de los pobres niños que lloran en la tumba y que llaman con grandes voces á la madre, y hondos lamentos de doncella enamorada en cuyo seno de alabastro hormiguean los gusanos de la tumba.

*
* *

Jamás pueblo ninguno de la tierra ha sentido ese horrible espanto de la muerte como el pueblo egipcio. Las formas obscuras de una absurda teogonía le enseñaban que hay algo que sobrevive al hombre en el sepulcro y que esa sombra de la vida, como la llamaban, ha menester de alimentarse y de nutrirse, de trabajar y de rezar como nosotros. Tenía aquella creencia algo del purgatorio cristiano, pero era todavía más espantosa. La muerte se convertía en una irresistible catalepsia, en una tortura inefable y casi eterna, y el cadáver en uno de esos enterrados vivos cuyos suplicios nos refiere la leyenda. La mómia sentía las exigencias de la vida, sin poder satisfacerlas; la acosaba la sed, padecía el hambre, y sus brazos hosificados de esqueleto no podían procurarle la gota de agua clara que refrescara sus ardientes labios, ni el pedazo de pan que mitigara su hambre. De ahí viene esa pagana usanza de la ofrenda. En ciertos días llevaban los egipcios á las tumbas de sus deudos, todas vueltas al Oriente, panes y manjares que eran como la provisión de sus sepulcros, y los ricos pintaban en las paredes de los hipogeos figuras de servidores y de esclavos, llevando en sus manos bandejas con alimentos y garrafas de agua. Aquella inmensa servidumbre inmóvil bastaba para la vida de ultratumba.

*
* *

Para nosotros la muerte no es ese suplicio horrendo. El cristiamo ha puesto en cada tumba el *Resurrexit*. ¡Resucitará! La fiesta de los muertos es con más propiedad la fiesta de los resucitados. Subsiste, sin embar-

go, purificada por un dogma divino, la creencia de que podemos todavía consolar á los seres que amamos y mitigar sus penas aun después de muertos. Es la doctrina del amor en una forma más perfecta. Ya el cadáver no sufre las torturas físicas del hambre, de la sed y del cansancio; pero padece en ese purgatorio místico en donde se depuran los espíritus; ya no recibe el tributo de los manjares y los panes, sino el tributo de las oraciones; pero cada oración abrevia el plazo de su destierro y su martirio, como cada uno de esos manjares del paganismo mitigaba el hambre devorante de los muertos; el mismo lazo liga á los seres que son con los que ya no viven en esta mezquina vida de la tierra; sólo que en la piel del gusano han brotado alas, y la tosca materia se ha hecho espíritu.

El Duque Job.

Con perdón de la Diosa.

Las inyecciones dinamogénicas han provocado serio debate entre algunos doctores. Este asunto y el de la "Diosa del agua" recientemente descubierta en San Juan Teotihuacán, son ahora los predilectos de la prensa.

La "Diosa del agua" me inspira poco interés. ¿Es la diosa del agua como afirma Batres, ó es la diosa de la prostitución, como asevera un colaborador del *Nacional?* A mi modo de ver, la solución de este problema sólo interesa á la diosa, porque si lo es del agua, no tendrá devotos, y si lo es de la prostitución, contará desde luego con muchos creyentes y con muchos templos.

Para los que tenemos la fortuna de no ser arqueólogos, el asunto carece de importancia. La diosa, disputada por el agua y la prostitución — antipáticas ambas —ha de ser fea, porque todas las divinidades de los aztecas eran feas. ¿Merece un monstruo semejante que el Sr. Batres exponga su vida en combate singular con el Sr. Chavero? Si es la diosa del agua ¿se hará el desagüe más aprisa? Si es la diosa de la prostitución ¿se limpiará de prostitutas el callejón de López?

Respeto muchísimo la arqueología; y tanto que todavía no me resuelvo á incluirla en mi inédito "Tratado de conocimientos inútiles;" pero entiendo que antes de averiguar á qué dioses adoraban los aborígenes de Anáhuac, debemos averiguar á qué dioses adoramos nosotros. Preocupémonos menos de nuestros remotos antepasados—que en realidad no son antepasados nuestros —y preocupémonos más de nuestros hijos. El hombre que dice al indio:—Toma este pedazo de pan y este alfabeto; come y aprende—es más útil á la sociedad, que el que le dice al mismo indígena:—Tus antecesores adoraban á una diosa que se llamaba del agua.—

Tenemos un conservador de monumentos antiguos, y no tenemos un conservador del jardín de la plaza principal. Y ¿qué es más útil? ¿un ídolo grotesco en el museo, ó un fresno en la plaza?

El Sr. Hernández Dávalos, posee documentos preciosísimos referentes á la historia de nuestra independencia; y lo que atañe á Hidalgo, á Morelos, á todos los caudillos insurgentes; lo que expone y explica cómo se formó nuestra nacionalidad, cómo México fué México, es de más importancia para nosotros que lo relativo á la civilización azteca. Y sin embargo, no hay un conservador

de esos *monumentos* históricos. La "diosa del agua" nos preocupa y nos cuesta más que el padre de la patria.

A Cuauhtemoc lo admiro; pero con toda conciencia y aunque se me acuse de blasfemo, digo que Don Benito Juárez mereció que se le erigiese un monumento antes que á Cuauhtemoc. Juárez sí es un indio nuestro; y si saber morir con dignidad, como murió Cuauhtemoc, es muy glorioso, saber dar vida á un pueblo, como supo Juárez, es más glorioso todavía. Paguemos primero nuestras deudas de honor, paguemos á Hidalgo, á Morelos, á Juárez... y en seguida pagaremos las deudas de nuestros antepasados. Que conserven primero los monumentos históricos que posee el Sr. Hernández Dávalos y que desentierren después á la "diosa del agua."

Nosotros tenemos mucho amor á los indios que ya no existen y miramos con el mayor desdén á los indios que viven. Estamos empeñados en demostrar que fueron muy cultos, muy instruídos, muy heróicos... y que nosotros los criollos, secundando á los españoles, les arrancamos todas esas virtudes. Estos, los que viven semi-esclavos; aquéllos los que fueron, semi-dioses.

Un ídolo, casi informe, provoca discusiones entre los sabios, obliga al Estado á gastar sumas respetables; determina cierto movimiento periodístico...; y no hay quien se proponga desenterrar al indio de las tres capas que lo cubren: la ignorancia, el cuartel y la tortilla.

El mayor, el egregio monumento que puede alzarse á Cuauhtemoc, puesto que Cuauhtemoc amó á los suyos, es la instrucción primaria gratuita, obligatoria para todos los habitantes de la República. Mientras el indio se nutra mal y no sepa leer, podremos levantar estátuas á Cuauhtemoc, pero estaremos matando á sus hijos.

La diosa descubierta en San Juan Teotihuacán, sea

la diosa del agua ó la diosa de la prostitución, será perfectamente inútil. La única diosa que le conviene al indio es la Virgen de Guadalupe, porque en ella fía, para salvarse de nosotros ó para aguardar una recompensa en otro mundo.

*
* *

Mucho más trascendental que ésta polémica sobre la "diosa del agua" me parece la entablada entre dos doctores en medicina, respecto á las inyecciones dinamo-génicas inventadas por Brown Sequard: ¡como que se trata de si podemos prolongar nuestra vida! El Dr. D. Demetrio Mejía, hombre muy inteligente (y, sea dicho entre paréntesis, autor de una novela muy bonita de la que hablaré dentro de poco) se manifiesta enemigo del nuevo y pasmoso invento rejuvenecedor. Y dice entre otras cosas: "El hombre de ciencia sabe que la ley del fin humano, de la decadencia del organismo por la edad ó por el abuso, es inmutable, precisa, eterna, como el sér de quien proviene: Dios. Reserva, en consecuencia, el desprecio hacia la loca tendencia de contrariar las leyes naturales.

O de otro modo, ó sea traducido al árabe: "*Alah es Alah y Mahoma su profeta.*"

¿Con que el médico, según el Dr. Mejía, no puede oponerse á la voluntad de Dios? De acuerdo estamos. Pero ¿cómo sabe el Dr. Mejía cuál es el límite puesto por Dios á la existencia? El médico que es simplemente médico y no consejero privado del Altísimo, ignora cuál es ese límite y lucha sin tregua, como es su deber, por prolongar la vida del paciente. Y no dice:—este organismo ya está decadente; ¡que se extinga!—sino que dice, y dice bien:—vigoricemos este organismo decadente

para que continúe luchando.—¿Eso ponerse á los designios de Dios el alargar la vida? ¿Es *inmoral* y *cínico*, como dice el Dr. Mejía, vivir en salud y con fuerza siendo viejo? Pues entonces, inmorales y cínicos fueron los patriarcas de que nos habla la Biblia y que vivieron, según ella, luengos años; é inútiles son los médicos á quienes pagamos para que estudien la manera de prolongar nuestra existencia, y que ahora dicen, por los autorizados labios del Dr, Mejía:—¡Nada podemos contra el destino y.... hagan la voluntad de Dios en los bueyes del compadre!—

Se suicida una ciencia que tal dice. Si es verdad, si la medicina no puede sostener y reanimar los *organismos decadentes* por la *edad* ó por el *abuso*, la medicina está de sobra, y el médico que receta alguna droga, roba al enfermo, porque ya sabe que no le ha de hacer ningún provecho y él cobra por engañarlo como á un niño. Que le recete mejor novenas ú oraciones! En tal caso, mejor será encender velas á los santos que acudir á los médicos. Este procedimiento es más eficaz y más barato.

Y si lo que el Dr. Mejía ha querido decir es, que todos somos mortales y de morir tenemos, huelga su discurso. Ni Brown Sequard, ni nadie, ha dicho nunca:—con este elíxir nó te morirás.—Lo que dice Brown Sequard, es lo siguiente:—"acaso con este tratamiento que te indico, vivas mejor y durante mayor tiempo."

Sabido es que tenemos de morir; pero á lo que tiende y debe de tender la medicina, es á defender la vida del hombre, á prolongarla, á sostener los *organismos decadentes por la edad ó por el abuso.* Y si no es así, ¿para qué sirven los médicos? ¿Para expedir certificados de defunción?

El Duque Job.

La coronación de Don José Zorrilla.

A Raul, del "Nacional."

Querido amigo: Muy de veras celebro el que haya vd. escrito en su última Revista las siguientes frases:

"El Duque Job vapulea al Zorrilla de esta época en un artículo publicado el domingo en *El Partido Liberal*. Gutiérrez Nájera hace mal. En sus últimos tiempos, Zorrilla ha escrito: "Recuerdos de Granada," poesía digna de sus mejores años. Hela aquí y juzgue el lector si merece José Zorrilla los ataques de uno de nuestros primeros poetas, que precisamente en la actualidad hace sonar en su lira la voz de la Musa caballeresca y morisca, cuyo hijo más mimado es el coronado vate."

Agradezco, de corazón, el elogio inmerecido; pero agradezco más la censura porque me proporciona la ocasión de explicar mi juicio acerca de Zorrilla. Con usted sí puede uno entenderse, á usted sí puede contestársele, porque usted es un escritor.

Dije que los versos leídos—ó cantados—por Zorrilla en el acto solemne de su coronación, son malísimos, creo y sigo creyendo que el laureado vate no está ya para poesías; pero de esto á que me constituya, como han dicho los que no saben leer, en detractor de Zorrilla, media mucho trecho. Y no sólo es así: celebré y celebro que coronaran á Zorrilla. En prueba de ello, y como la mejor contestación que puedo dar, no á los que no la merecen, sino á las personas que de buena fe y

y en virtud de informes falsos, me crean capaz de haber negado al viejo trovador el título de poeta, voy á copiar el artículo que con motivo de la tal coronación publiqué el 1.º de Abril último, en la "Revista Nacional de Ciencias y Letras." ¡Cómo había de negar que Zorrilla fué un poeta! Lo fué.... como usted lo es, querido amigo.

Suyo.—El Duque Job.

La coronación de Don José Zorrilla.

I

No ha sido México de las naciones más favorecidas por el errabundo y egregio poeta á quien concede ahora Granada los honores de la coronación, sólo otorgados antes, en españolas tierras, á Quintana; pero esta circunstancia no ha de hacer que, posponiendo la justicia á la pasión, por noble que ésta sea, como de fijo lo es en el presente caso, me alce en armas contra el laureado vate que en breve va á gozar, viviendo aún, de gloria póstuma. A hidalgos no nos ganan los que nos legaron el habla de Castilla, á justicieros mucho menos.

A Zorrilla hay que perdonarle mucho, no porque mucho haya amado, puesto que eso está aún sujeto á prueba, sino porque mucho y muy bien ha cantado, y porque, en fin de cuentas, sómosle deudores de incontables momentos de solaz. La generación que viene, la que ya campea hoy en la literatura, no tiene contraída con él deuda tan grande, porque se amamantó á otros pechos y tuvo y tiene dioses nuevos. Pero la mía sí es deudora de Zorrilla en quien ve la cifra de sus emociones juveniles, la Scheerezada que entretuvo la imagi-

nación de todos nosotros con leyendas y cuentos orientales, el príncipe gallardo que despertó de su letargo en nuestras almas á esa hermosa hechizada que se llama la poesía. De la generación anterior, Zorrilla fué el músico de cámara. De la mía fué solamente, nodriza amable y cariñosa; pero á esa nodriza que nos adormecía con sus canciones y nos halagaba con sus cuentos, hemos siempre de recordarla con amor. ¿Cómo habíamos de escatimarle nuestra gratitud, pensando en sus regaños necios, en sus cicaterías de vieja, en sus rezongos de beata solterona? Los poetas, y los poetas como Zorrilla mayormente, no son como el común de los mortales. Ellos se creen divinos, ó cuando menos, creen que algún dios habita en ellos, y como dioses ó semidioses obran, sin sujetarse á más leyes morales que las dictadas por su omnipotente voluntad, ni á jurisdicción que no sea la de sus pares, los próceres del olimpo. ¿Con arreglo á qué jurisprudencia podríamos juzgar á estos seres superiores que saben por qué cantan tan dulces las aves y "por qué vuela tan alto el condor?" Nosotros podemos someter á juicio á un hombre que sepa alguna ciencia, algún oficio, ó que no sepa nada; pero esos caballeros que poseen sobrenaturales saberes, no son justiciables. De ellos el que menos se cree privilegiado, como los nobles de antaño, con la facultad de apropiarse la hacienda ajena, de disfrutar á la mujer del pechero en la noche de sus bodas, y de vivir sin trabajar. Son, pues, esos poetas como Hernani: hermosos montaraces á quienes no deshonran contrabandos ni rapiñas.

¡Líbreme Dios de achacar á Zorrilla tamañas fechorías! Lo que intento es probar que no debemos condenarle sin remisión por los pecados que haya cometido en México, porque estos son propios de la raza poética

á que el trovador vallesolitano pertenece. Algunos de aquellos pecados tienen la circunstancia atenuante de haber sido cometidos en verso; y quien comete un delito por un consonante es como quien lo comete por hambre.

Desentendámonos, pues, del hombre para no hablar sino del poeta.

II

Yo que no tengo la fortuna de conocer personalmente al Sr. Zorrilla, pugno en vano por figurármelo en forma corporal como nosotros. Aquí está su retrato y estoy conforme en que Zorrilla luzca luenga y ensortijada melena, pero no paso por la levita ni por las demás prendas de ropa que el poeta viste. A Zorrilla me lo imagino siempre con el traje de Manrique. Es un tenor asombroso. Abro cualquier tomo de sus versos y pienso que estoy oyendo á Tamberlick en la serenata del *Trovador.* Su poesía no será acaso poesía, pero sí es canto. Y al canto sacrifica todo este poeta: la verdad, la justicia, la gramática, hasta el sentido común. Por emitir una nota alta, dijo Zorrilla que Larra era un malvado y llamó imbéciles á los toledanos. El no le pregunta á la palabra—¿qué traes?—sino—¿á qué suenas?—Abrid algún poema suyo: en la portada estará el retrato, y ese Zorrilla del retrato, semeja un director de orquesta en su encumbrado asiento: las octavas reales que siguen, son los instrumentos de bronce; las quintillas son las violas; los alejandrinos son los bajos; allí una seguidilla rasguea la guitarra; allá un romance toca el clarinete; y el conjunto no es un poema, es una ópera admirablemente instrumentada. Una ópera italiana, por supuesto; una ópera que tiene serenatas tan lindas y graciosas como

la del *Barbero;* plegarias tan majestuosas y solemnes como la de *Moisés*; arias tan melancólicas y tiernas como la *casta diva* de *Norma.* Bretón de los Herreros, en la poesía española de este siglo, apuró toda la gracia del idioma; Zorrilla, todas sus resonancias y sonoridades. Es preciso leer sus versos en voz alta, porque esos versos no se leen, se oyen. Pero se oyen de un modo singular. Recitad uno aisladamente y es probable que os suene mal: es un músico mediano, si no malo. Recitad la estrofa entera y su armonía os encantará. Los versos de Zorrilla son como músicos de orquesta: el conjunto, la suma, la coordinación de todos ellos es lo hermoso.

Se ha dicho que Zorrilla es el poeta por excelencia español, y esto es exacto. Probad á hacerle hablar en otro idioma, probad á traducirlo, probad á leerlo en francés, en inglés ó en alemán, como leeríais á Campoamor y á Núñez de Arce. ¡Imposible! Zorrilla no puede hablar sino en español. De este inmenso órgano arranca prodigiosas armonías; pero no le pidáis que toque en otro.

Imaginaos que estais á media noche en la nave principal de alguna de esas grandes catedrales españolas, que son como las casas más cómodas de Dios. Ni pupilas de monjas brillan tras la calada reja del coro alto, ni ceras en los altares. El templo está obscuro y solo. De pronto, se abre, quejándose con su cascada voz de vieja, la cancela de la sacristía, suenan pasos en el entarimado, repetidos por la bóveda que los devuelve agrandados, así como un espejo convexo copia las figuras: ¿qué oís? el choque de las grandes llaves que, pendientes del cinturón, trae el que viene; ¿qué veis? por el ruedo de luz que frente á la capilla del Sacramento forma

la vacilante lamparilla, cruza un hombre pálido de larga cabellera rubia y vestido de negro; llega al coro; la llave de hierro muerde la cerradura, que grita lastimada; el silenciario y misterioso desconocido sube por el estrecho caracol de labrada caoba; se acerca al órgano, pasa las manos por encima de sus teclas, como la pasa el domador por sobre el lomo del león dormido, y el órgano despierta, se espereza, lanza algunos bostezos, estira sus encogidas cuerdas, y se yergue. Cada vez que un dedo del organista hiere alguna tecla blanca ó negra, parece que da en el hábito de alguna monja que está acostada y que, medrosa ésta, grita, se para, y brinca, y sube y huye por el tubo del órgano, como escapan los duendes por el cañón de la chimenea. Primero se oye el ruido confuso de esta evasión de notas ó de monjas; el aleteo de la azorada lechuza que deja el nido del santo á cuyos pies estaba echada y soñolienta aún, da de cabeza contra los cristales de la ojiva. Después, la armonía confusa é indeterminada, que iba tanteando en la obscuridad, apoyándose en las paredes, tropezando, encuentra en su camino y despliega las alas. Entonces y como si aquellas notas estuvieran dotadas de milagroso poder de evocación, veis cómo avanzan por medio del coro, en larga hilera monjas penitentes; cómo se cubre de sotanas blancas, de cruces rojas, de capuchas negras, la tallada sillería; cómo gira el torpe facistol con sus enormes libros, en cuyas páginas abiertas aparecen grandes letras de chillantes colores y enrejados y garabatos musicales; cómo chispean los cirios amarillos junto á la cruz de madera y cómo al pie de ella extiende sus brazos el abad anciano. A aquel otro coro más angosto y estrecho, el de la reja dorada, asoman las monjas: allí están *Margarita la Tornera* y la novicia

Doña Inés. Las velas de los altares se prenden, como si en la cera de cada una de ellas se hubiera pegado una luciérnaga. Las estatuas yacentes de los mausoleos de mármol se incorporan, y luego se levantan y van á arrodillarse: en las gradas del presbiterio, los monarcas; atrás, dentro de la crujía de bronce, los prelados y los nobles. Se oye rumor de choquezuelas: es Don Pedro I de Castilla que viene á orar, con la diestra en la cruz de la espada. Felipe II reza con los ojos bajos para que Dios no se los vea. Desembózase el galán Felipe IV, y, entre salmo y salmo, dirige una mirada á hurtadillas al coro de las monjas. Después, el cuadro muda, los espectros se desvanecen. D. Juan, de pie junto á la pila de alabastro, ofrece agua bendita, en la extremidad de su dedo índice, á una hermosa que pasa. Doña Ana de Pantoja, envuelta en manto oscuro se aproxima al confesonario. El alcalde Ronquillo acecha, embozado, detrás de una columna. En los cristales de las ventanas góticas se encienden imágenes de colores. Las campanas, antes inmóviles, con el sonido muerto adentro, como gigantescos apagadores sobre pábilos extintos, se agitan y vuelcan nidos de repiques sobre las torres y los tejados de la ciudad que despierta. En ella, hay celosías que se entreabren para abrir paso á manos blancas, que dejan caer billetes amorosos, á manera de plumas desprendidas de alas de palomas; justadores que van en sus corceles, y terciada la banda que ostenta los colores favoritos de alguna dama, al torneo; pajes que rebullen en los patios de los palacios, como grandes pájaros de plumas tornasoladas; dueñas que, oculta en el breviario, llevan la tierna carta de su señora para el apuesto enamorado que la ronda; tutores de torvo ceño y barba cana; donceles que en torcidos pasadizos aguar-

dan besos de meninas; halcones, jaurías, venablos, lanzas y mosquetes; un judío que con el sambenito sobre el pecho marcha al auto de fe; un astrólogo en la torre; un gitano en la plaza; y allá, en la culebreante callejuela, bajo los garabateados pescantes de fierro que sostienen las farolas de un retablo, el cadáver de un joven trovador.

El órgano calla y la visión se desvanece. El organista—ya lo habéis entendido—era Zorrilla.

III

Pero este músico es, además, un gran decorador. Los personajes de sus leyendas son figuras de gobelinos; sus romances, son riquísimas tapicerías. Los del Duque de Rivas tienen la corrección de la línea: los de Zorrilla tienen la riqueza del color.

¿Qué son las estrofas del poema *Granada?* Frisos de la Alhambra. ¿Qué son los *Cantos del Trovador?* Almenas y cornisas y agujas de edificios góticos. ¡Imposible es que este poeta cante los ideales modernos! En vano, recientemente, intentó hacerlo. La locomotora no puede subir, serpenteando, por la abrupta montaña en cuya cima se alza el castillo de este señor feudal de la poesía. El viejo bardo sólo calienta sus entumidos miembros en el rescoldo de la España moruna y de la España goda. El nido de esta ave está en el relicario de argamasa de alguna imagen tradicional. En su poesía suena la guzla mora, la lira de Manrique, la guitarra de Fígaro. Es morisco, es gitano y español.

¿Hay algún personaje más español que el petulante y despilfarrado y fanfarrón Tenorio? Pues en ese habría querido encarnarse Zorrilla; y por eso, inconscientemen-

te, la posteridad--que ya para él empezó desde hace tiempo—le ha condenado á cadena perpetua de Tenorio. No tener Dios, ni ley, ni policía en la vida, y á la postre salvarse, tal es el ideal de este poeta, que es algo así como un bandido generoso de las letras. Ya descalabra á la gramática; ya aporrea á la historia; ya saquea á la leyenda; ya descrisma á la lógica... ¡y al fin se salva, al fin lo coronamos! Su discurso de recepción en la Academia de la Lengua debió haber llevado este epígrafe: "La música las fieras domestica."

IV

En este mismo anacronismo viviente de la musa de Zorrilla está cifrado el secreto de su coronación. La poesía burguesa de Campoamor es contemporánea y rival de la musa aristocrática de Núñez de Arce. Aquella es pintura de género y ésta es pintura histórica, y la de Valera y Menéndez Pelayo es pintura clásica, pero todas son de la propia edad, del propio siglo. Hasta los cartelones pintarrajeados de López García, y las estampas místicas y los bonitos cromos del Sr. Grilo son de nuestra época. Pero Zorrilla no tiene rivales, no tiene envidiosos, no es de nuestro tiempo. ¿Qué pintor va á encelarse de Velázquez ni de Murillo? ¿Qué autor dramático moderno sería capaz de firmar y dar á la escena una comedia de Calderón ó Lope? El mismo Echegaray, admirando mucho al autor del *Mágico prodigioso*, no consentiría en robarle una obra, de todos desconocida, y darla como suya. De Calderón habría sido aplaudida; de él, silbada.

Decir á Zorrilla: —vamos á coronarte, —equivale á decirle: —ya estás muerto; á nadie haces sombra, eres

un aparecido que sólo tiene permiso de Dios para volver al mundo durante un cuarto de hora.—Asistimos al entierro de su poesía, como se va al entierro de una vieja nodriza, á quien no tratamos ni volvimos á ver en muchos años, pero cuyo recuerdo vive en nuestras almas.

No leemos las poesías de Zorrilla; pero coronamos al poeta. No lo vemos: lo recordamos. No está con nosotros; pero está con Lope y Calderón. Vive y ha muerto. Lo amamos como se ama la juventud perdida. Pocos lo leerán después, porque ninguno podrá oírlo. El se llevó el secreto de cantar sus versos!

M. Gutiérrez Nájera.

CARTAS DE JUNIUS.

Don Pelagio A. de Labastida.

Me pide usted, señor director, una biografía del Arzobispo de México, y tengo la pena de no poder enviársela. Siempre he sido enemigo de averiguar vidas ajenas; no procuro saber cómo fueron mis amigos, antes de que yo los conociera, sino simplemente como son; y así me evito quebraderos de cabeza y decepciones. Además de esto, las biografías se han vulgarizado tanto como las fotografías y ya casi no hay quien carezca de la suya, ora la haya comprado en París, amplificada, al precio de cincuenta pesos, ora la haya adquirido en esta plaza y mediante pequeño desembolso.

Pero si biografía del arzobispo no tengo en mi gave-

ta, y si ignoro, ó sólo en globo sé, los episodios y detalles de su vida, guardo en cambio un retrato del prelado y este retrato es el que voy á comentar.

Sabrán otros todo lo que ha sido Su Ilustrísima ya en la gerarquía eclesiástica, ya en la vida política: lo que yo sé nada más, es que Don Pelagio de Labastida ha sido lo que se llama un guapo mozo. En los retratos de otros arzobispos se ve al viejo; tienen algunos en el rostro color de cera amarillenta; en la mirada, cierta sagacidad, inquisidora y fría, de confesor ó de juez; en la frente, arrugas de arrollado pergamino; y al ver esas caras enjutas, esas manos largas y huesosas, esas narices largas y curvas, esas cabezas calvas, se dice uno:—ese hombre ha de haber leído mucho en su obscura celda ó paseando por los claustros; ha de haber oído muchos y muy horribles pecados tras la rejilla del confesonario; ha de ser enemigo de todas las pompas mundanas y habrá que acercarse á él con respeto, más parecido al miedo que al respeto, por si amaneció de mal humor Su Señoría Ilustrísima.—

La cara de Don Pelagio Labastida es muy distinta. Tiene escrito en la frente un "Dejad que los niños.... y los hombres, y las mujeres, y las niñas se acerquen á mí." Sonríe como pensando: todos estos pecadores son unos muchachos traviesos, que con el tiempo se corregirán ..." Y sólo al ver esa sonrisa, esa mirada benévola, siente uno que ya le han concedido la palabra, que puede hablar sin riesgo de que lo regañen... Esos ojos están diciendo: "Siéntese usted, amigo mío!"

Y amigos de él son, en efecto, cuantos al Arzobispo se aproximan; en ganar amigos está su arte; y no es aventurado presumir que hasta en el infierno tiene amigos. Porque el Sr. Labastida ha sido amigo de herejes,

de libre pensadores, de protestantes, de ateos... Antaño se le veía pasear por la calzada de Morelia, dando el brazo á un amigo muy su amigo y muy nada ortodoxo; á Don Melchor Ocampo. Y ¡cosa peregrina! entiendo que Don Melchor, por su aspecto grave y taciturno, parecería más bien el que iba para obispo, y Don Pelagio de Labastida el hombre de mundo.

Esta cara, afable y risueña, se reviste, sin embargo, de tranquila majestad en ciertos momentos. Ví por primera vez al Arzobispo bajo las bóvedas de la Catedral, en solemne fiesta religiosa. Su voz robusta, amplia, sonora, hecha para vibrar bajo una gran cúpula y sobre la muchedumbre arrodillada, llenaba las naves espaciosas. Y allí en aquel púlpito y revestido de púrpura, á guisa de Cardenal, era muy otro el Arzobispo. Era el Prelado hablando desde muy alto é imperiosamente á la sumisa grey; era el Prelado encendido por el fuego de la elocuencia y fulminando rayos é irradiando calor de cristianismo para desentumecer las almas y alumbrar las conciencias; no era el hombre, era el Príncipe de la Iglesia.

¡Cuán distinto se ve allá en su cuartito de la Perpetua! Contiguo á éste está el Oratorio privado, pequeño, nada suntuoso, apropósito para hablar con Dios á solas. Se entra, y junto á la mesa cubierta de papeles, de periódicos y libros, vestido con una sotana morada y con las manos generalmente descansando en las rodillas, está el Arzobispo. Nada hay lujoso en este cuarto. Un biombo ocultando la cama, unas cuantas sillas, cuadros de santos... todo humilde, todo modesto, como de cura de aldea.

Desde luego la sonrisa del Arzobispo parece decirle á uno:—no te arrodilles, no es preciso.—Se recuerda, al

observarla, la sonrisa de Pío IX; pero ésta es como más grande, como de mejor humor, como más sana. Y la bondad que expresa no resulta desmentida por las palabras. Oye Don Pelagio con paciencia inalterable cuanto se le dice, ¡y á fe que de paciencia ha de menester! porque del Arzobispo esperan el remedio de sus males todos los que van á visitarlo. Este pide un empleo; ese, una carta de recomendación; aquél, una limosna. ¿Quiere alguien casarse? Pues al Arzobispo! ¿Quiere otro descasarse? Pues, también al Arzobispo! Y—Señor, que los padres de mi novia no dan su consentimiento para el matrimonio...—Señor, que mi marido tiene amores con otra...—Señor, que mi hijo me ha salido borracho...—Señor, que tengo cinco muchachos y no tengo empleo...—Señor, que mi suegra...—Señor, que se me cumple esta libranza....

Y esto es todo el día! Y todos salen con lo que el Arzobispo puede darles; y con una esperanza, con una promesa, á veces; con un consuelo siempre.

Parece extraordinario que esta bondad no se interrumpa, porque el Arzobispo indudablemente ha de tener serias preocupaciones, graves tristezas. Hoy lo insulta un periódico enemigo; mañana lo defiende un periódico amigo, y esto suele ser peor; á cada instante se le presenta un cura que está en la miseria; no pasan muchos meses sin que alguna persona muy respetable y muy piadosa se presente en quiebra, burlando la confianza del Arzobispo y llevándose algún dinero de la Iglesia... Además de esto, Don Pelagio duerme muy poco, come mal, padece de gota... tiene en su grey muchas ovejas que desconocen al pastor y le dan topes... ¡y nada de esto altera su humor amable y bondadoso!

Vedlo, por ejemplo, cuando termina en su capilla una misa nupcial y suben los novios á saludarlo. El está contento de ver á todos tan contentos. Y para decir á los recién casados:—No se asusten ustedes... la vida no es tan mala como dicen... van á ser muy felices!—

Su voz gruesa—voz de cuerpo sano y alma limpia —alienta, fortifica. Se conoce que él está dispuesto á hacer el bien, á ayudar á todos. Nada de choques: poner de acuerdo á los casados que riñen y á los partidos políticos en pugna, es su placer. Yo—decíame cierta vez—estoy dispuesto á ayudar á todos los gobiernos. Que no me toquen el *credo* y aquí me tienen para lo que manden!

Acaso para esconder sus tristezas y para aliviar sus amarguras con el aire libre del campo, va tan á menudo á su residencia de Tacuba. Allí vive en el viejo y triste convento tan poblado de recuerdos como desierto de habitantes. Se atraviesa un angosto, obscuro y largo pasadizo, con escasas celdas á los lados y lienzos místicos en la pared; se llama á la vidriera que está en el fondo; abren y se entra á una sala modestamente amueblada. Allí no falta nunca algún sacerdote, en olor de pobreza, leyendo el breviario, mientras le llega su turno de entrar á la audiencia; varias señoras cuya manos no estarán vacías de buenas obras, pero cuyos bolsillos sí, de seguro, están vacíos; ricos que van también con el fin de pedir algo; y buenas personas que se proponen referir al Arzobispo todas sus penas de familia. En la pieza de junto está *el Señor*—como lo llama su secretario.—Y todo en esa pieza es más humilde, más pobre, que en el cuartito de la Perpetua. Pero allí vive más á sus anchas, más tranquilo Monseñor. Allí abre la ventana y mira árboles, horizontes azules, fértiles mon-

tañas, pintorescas planicies. Desde allí sonríe á su vieja amiga la naturaleza.

Porque Monseñor Labastida ha sido siempre y sigue siendo un hombre de campo. Tiene sávia de árbol en la sangre. Lo veis en la frescura de su color, en el vigor de su cuerpo, en el sonido de su voz acostumbrada al aire libre y á hacerse oír á distancia. Cuentan que, cuando joven, daba gusto verlo á caballo, airosamente vestido á la mexicana y tan desembarazado y atrevido como el mejor ranchero y más gallardo. Y todavía hoy suele montar Su Señoría y se dice uno al verlo:—¡qué bien colearía y manganearía este señor en sus mocedades! ¡y qué guapo debió ser el Arzobispo!—

Ahora hay en su rostro como los reflejos y vislumbres de una hermosa puesta de sol. Su voz se va debilitando, como si tuviera sueño. Pero todavía no es él un viejo. Es un hombre que se aproxima á los ochenta años. Todavía sonríe á la naturaleza, á la juventud, á la desgracia, y lo último que de ese rostro ha de irse es la sonrisa.

Hoy celebra sus bodas de oro con la Iglesia. Hace cincuenta años cantó su primera misa. Y acaso al verse rodeado de toda la pompa de las ceremonias católicas, entre nubes de incienso, sacerdotes mitrados, príncipes del clero y batallones de seminaristas; teniendo á sus pies y de hinojos á la devota multitud, y arriba como el cielo que se abre para recibir la hostia que él consagre; acaso digo, ruede una lágrima por sus mejillas y él se acuerde enternecido de aquella humilde iglesia de Zamora, en donde él dijo su primera misa, y de los padres que lloraban de ternura al ver á su hijo amado en el altar. ¡Qué lejos y qué cerca de él están ahora!

CARTAS DE JUNIUS.

El Congreso Americanista.

I.

El primer objeto que se propone este Congreso es el siguiente:

"*Escoger las medidas conducentes á preservar la paz y prosperidad de las varias naciones de América.*"

Nadie puede negar que esto es muy bueno. Se trata de que todos seamos felices, en lo que nadie puede tener inconveniente. Pero un Congreso que ha de preservar á medio mundo de todos los males que pueden destruir su paz y entorpecer su prosperidad, no debe de formarse de míseros mortales, sino de dioses. Y aun así, pudiera resultar defectuoso, porque en el único congreso de dioses á que se refiere la leyenda, en el Congreso cantado por Homero, andaban los inmortales á puñadas, defendiendo éstos á los troyanos y aquéllos, á los griegos. Para tal asamblea me parecen incompetentes diputados los sabios y ricoshomes que ha propuesto el *Tiempo.* Y hasta pareceríanme incopetentes Don José Joaquín Terrazas (que tiene *misión* y habla á menudo con la Virgen de Guadalupe) y Don Manuel María de Zamacona, quien al despedirse del presidente de los Estados Unidos, hace cerca de ocho años, sobre poco más ó menos, se dió á reconocer como instrumento de la *Divina Providencia.* No; para tal Congreso, que se propone declarar la dicha obligatoria, no podemos desig-

nar representantes sino *representantas*: Santa Rita de Casia y Nuestra Señora de los Remedios.

Amén de esto, la presidencia de la Asamblea Constituyente de la felicidad continental, corresponde por juro de heredad, no á un yankee, sino á un italiano: al *Dr. Dulcamara*; y la vicepresidencia á un francés, al *Cándido* de Voltaire.

El Congreso Tonante, por decreto, por ley, ejercitando las facultades extraordinarias de que Dios lo ha investido, va á suprimir todas las ambiciones políticas, todas las necesidades sociales, todos los despotismos, todas las volubilidades de los pueblos, todas las rencillas y todos los odios que separen á las naciones del Continente americano: va *á hacer el buen tiempo*, como diría un afrancesado. En suma, ese Congreso va á ser un establecimiento de ropa hecha, como la *Bella Jardinera*; va á vender paz hecha y *flux* de prosperidad á todas las naciones americanas. Cualquiera podrá encontrar en ese almacén y á precio módico, la camisa del hombre feliz.

Aventurado se me figura eso de prometer la paz para todos. Ya en el viejo mundo la habían prometido los milenarios, y Campanella en la *Ciudad del Sol*, y el abate de Saint-Pierre en su *Proyecto de paz perpetua*. El abate de Saint-Pierre, en el siglo XVIII, (que fué uno de los más perturbados por guerras generales) se imaginaba que la lectura de su libro, la mágia de su estilo, detendrían á Carlos XII y á Pedro el Grande próximos á arremeterse; que borraría los ódios provocados por la ambición de Luis XIV; que mudaría los designios de Carlos VI de Alemania, cuya idea única era la de perpetuar el imperio en su dinastía; que obligaría al rey de Inglaterra á cambiar de política, porque la política del

rey de Inglaterra, entonces, consistía, si el rey era Estuardo, en exterminar á los Brunswick, y, si era Brunswick, en exterminar á los Estuardos. Vino después Rouseau vendiendo también la panacea de la paz universal. Y ¿sabeis á qué nación de Europa confiaba la guardia y tutela de la paz universal? Pues, á Alemania.

Más tarde, ya en época reciente, se han celebrado en Bélgica y en Suiza, y en muchas otras partes, los *Congresos de la Paz.* Y se han plantado árboles de la Paz, y se ha dicho que no habrá más guerras, y que el cañón—como dijo Víctor Hugo en una de esas asambleas, —sería llevado pronto á los museos, "como un objeto curioso, como el esqueleto de un monstruo desaparecido." Y estos Congresos se verificaban precisamente en vísperas de alguna gran conflagración europea, y mientras Victor Hugo mandaba los cañones al museo, los fabricantes como Krupp, construían más cañones y los perfeccionaban para que mataran á más gente. El error de aquellos Congresos consistía en creer que el cañón es un diputado que pide la palabra. No, el cañón no la pide, se la toma.

Contra las doctrinas de Kant y contra las doctrinas de Hegel, y contra los decretos de los Congresos de la Paz, se verificó la invasión de Francia por los alemanes.

Kant, sin embargo, que no era yankee, es decir, hombre práctico, sino alemán, es decir, hombre soñador, jamás llegó á decir que las guerras concluirían. El término de las aspiraciones de Kant era que las naciones en guerra conservaran ciertas leyes de equidad natural, rechazando como bárbaro el aforismo antiguo: *leges inter arma silent.* De la doctrina de Kant se desprende que la guerra es á las naciones lo que el estado natural para los individuos, lo opuesto del estado jurí-

dico, y que lo importante en esta situación violenta, que está fuera de las leyes, es concebir una ley cuya observancia permita restablecer más tarde las otras leyes. Esta ley consiste en hacer la guerra de manera tal que sea siempre posible, en un momento dado, salir de aquella situación extrema para entrar al estado jurídico. Para esto es preciso que la guerra no sea *guerra de exterminio*, ni *guerra de conquista*, ni *guerra de castigo (bellum punitivum)* hecha en nombre de la moral ultrajada. (1).

Y á pesar de la lógica de Kant, y á pesar de las convenciones diplomáticas, y á pesar de los humanitarios decretos de todos los Congresos pacificadores se empeñó en el antiguo Continente, há pocos años, la guerra franco-prusiana, y, en el nuevo, la guerra entre Chile y el Perú, que fueron ambas guerras de exterminio, guerras de conquista, guerras de castigo y guerras en que se violaron todas las leyes de equidad.

Por eso digo que el Congreso Americanista, al proponerse abolir la guerra en medio mundo y hacer imposibles las revueltas intestinas en los pueblos, contará sin duda, con la ayuda de los dioses inmortales, y no como contaban los griegos en la guerra de Troya, con la mitad de los dioses, sino con la unanimidad de los votantes del Olimpo. Van á apagar el rayo de la guerra, como se apaga una cerilla.

Lo único que les reprocho es que sean egoistas. Ya que cuentan con ese omnímodo poder ¿por qué no hacen la felicidad de todo el mundo?

Hagamos también la paz universal, y se acabó la cuestión de Oriente, se acabó la eterna amenaza de un conflicto europeo. Unos cuantos señores vestidos de levita y de frac, y congregados en Washington, van á

(1) Kant, *Doctrina del Derecho.*

declarar el dogma de su infalibilidad, á repartirse á Dios en acciones, y á dar al mundo, para que sirva de constitución á todas las naciones, una *Egloga* de Virgilio.

Tendremos que retratar á todos ellos, no vestidos de frac, sino con la túnica blanca de Jesús cuando atravesó el Tiberiades, serenando las olas encrespadas.

Por supuesto que los Estados Unidos, en razón de haber sido los iniciadores, guardan para sí el mejor papel. Ellos serán los árbitros porque son los más grandes y más los fuertes. Convierten á Washington en San Luis y lo sientan bajo la encina de Vincennes para que administre la justicia internacional. Y claro es que si todas las naciones de América acatan la voluntad de los Estados Unidos, y convierten en Papa al Presidente de esos Estados, y se hacen papistas de ese Papa, la paz reinará en Varsovia...... me equivoco, en América.

Como idea generosa, muy buena me parece la de *hacer la paz* en el Continente. Pero ¿habría yankees que tomaran acciones en esta empresa destinada á explotar la bondad y la sumisión continentales?

Este Congreso que se propone realizar el ideal más alto, debía inaugurarse con rotundas y sonoras décimas de Peza. Mandemos á él á todos los poetas que nos sobran!

Pero tiene otro objeto la asamblea internacional americana á que convocan los Estados Unidos. Se propone establecer el *Zollverein* la unión aduanera entre las naciones del Nuevo Mundo. El pensamiento es atrevido: parece de Díaz Mirón. Se lo regalo á Velarde para que haga un mal poema.

Este dogma de la unidad de los aranceles, va á hacernos dar un paso tan grande en el terreno económi-

co, como el que dieron las religiones con el dogma de la unidad de Dios. "Los derechos de aduana—como dice Paul Leroy Beaulieu en su *Tratado de la Ciencia de Finanzas*,—no podrán abolirse sino aboliendo las contribuciones indirectas interiores. ¿Cómo podría percibirse un impuesto sobre el vino, sobre el aguardiente, sobre el tabaco del país, si se dejara entrar libremente el tabaco, el vino y los aguardientes extranjeros? Esto equivaldría evidentemente á sacrificar la producción indígena á la producción extranjera. Entanto que los impuestos sobre consumos sean indispensables á nuestros presupuestos, la conservación de estos derechos en el interior hará necesaria la conservación de los derechos aduanales correspondientes sobre los productos similares extranjeros. O bien sería preciso suponer que todos los Estados del mundo, ó cuando menos todos los Estados de un Continente, se pusieran de acuerdo para fijar los mismos derechos de consumo en el interior y á un tipo idéntico, creando una especie de Confederación aduanera, un *Zollverein* aumentado, en el que todas las mercancías pudieran circular con plena libertad. Pero una multitud de obstáculos, que provienen de la situación política de los varios países, de la desigualdad de sus exigencias financieras, de las diferencias de sus costumbres y sus gustos, impedirán por largo tiempo á los principales pueblos formar una Confederación aduanera. Cuando más, podría pensarse en una unión limitada como Leon Faucher la propuso para los pueblos latinos: pero aun ese proyecto fué mal concebido. Se podría admitir, por ejemplo, que Francia hiciese una unión aduanera con Bélgica, Holanda, Suiza é Italia, y ya éste sería magno progreso. Pero como Francia é Italia tienen relativamente muchas más cargas finan-

cieras que los otros tres países, tendrían, sin duda, que conservar en el interior, durante largo tiempo, derechos de consumo más elevados, lo que las constreñiría á conservar también sus líneas de aduanas."

Como se vé, el asunto de la unión aduanera no es de obvia resolución. Y cuenta que para América la cuestión es más difícil que para Europa, porque existe mayor desproporción entre las naciones que componen á aquella, que entre las que componen á ésta.

Pero el Congreso Americanista, de una plumada, por aclamación, va á dejarnos sin la mayor parte de nuestras rentas, á hacernos romper los tratados de comercio que tenemos con naciones amigas, etc., etc. . . . de manera que ya no debemos celebrar el aniversario de nuestra independencia, porque seremos independientes de España, pero dependeremos de unos cuantos señores de frac, de unos cuantos papas infalibles laicos, que van á reunirse el mes de Octubre en Washington.

Cualquiera pensaría que para dilucidar tan arduas y trascendentales cuestiones como la que se propone dilucidar el Concilio de Washington, requieren los que han de formarlo mucho estudio y mucho tiempo. Pero lo peregrino es que ese congreso—y en esto ningún colega se ha fijado—va á empezar por *cuarenta días de paseo,* por cuarenta días de campo. ¡La cuaresma á la inversa! Apenas inaugurado el Congreso, se irán los diputados á recorrer varias ciudades de la Unión americana. Paseando, paseando, van á hacer la felicidad del Continente. De modo que, más que Congreso, éste va á ser un agradable viaje de recreo.

La idea es original: un Congreso que empieza por las vacaciones, no tiene aspecto de formalidad alguna. Diputados que necesitan las lenguas del Espíritu Santo

y que se van á buscar lenguas ahumadas en los banquetes, no pueden hacer nada de provecho.

—Pero ¿qué sucederá—pregunta el *Tiempo* y pregunta el *Heraldo*—si ese Congreso resuelve algo que perjudique á los intereses de México? Pues no sucederá nada, porque el Congreso Americanista de Washington no legisla para la República Mexicana. Puede darnos buenos consejos, y esos los agradeceremos debidamente; pero no puede modificar nuestros aranceles, no puede cerrar nuestras aduanas; no hemos resignado en él nuestra autonomía. O ¿creen nuestros amables colegas que todas las naciones del continente van á entregar su autonomía económica, su vida, su porvenir, su estómago, á la voluntad de los tres ó cinco ó diez representantes que envíen á esa Asamblea.

Por eso he dicho que no hay necesidad de molestar á D. Antonio Mier, trayéndolo por fuerza de Europa; que no hay necesidad de molestar á D. Nicolás de Teresa, haciéndole emprender un viaje; que Don Matías Romero y D. Juan Navarro están bien nombrados, no solo porque son muy merecedores de esa honra sino también porque están en los Estados Unidos. El Sr. Limantour está muy bien nombrado, porque va á pasar por Nueva York, de regreso de Europa. Y si el Gobierno quiere que se pasee algún otro de sus amigos, puede nombrarlo.....pero no hace falta.

JUNIUS.

LA RESURRECCION DE JUNIUS.

El Congreso Americanista.

II

Cedo por fin á las instancias de mis numerosos enemigos, y con el alma en un hilo, con el Jesús en la boca, encomendándome á las piadosas oraciones de mi beato hermano Don Francisco Flores Alatorre, y á las de todos los Santos, sean Sánchez de apellido ó no lo sean, resuélvome á resucitar, entre otras cosas, porque al morir pensé cristianamente que iba al otro mundo, sin detenerme á considerar que ya ese mundo se acabó en la cena de negros del materialismo; por manera que, apenas salido, sabe Dios cómo, de la tierra, hube de hallarme con que todo estaba á obscuras, con que había *relache* (al decir de los afrancesados) en el Cielo, tamaño rótulo diciendo *Lleno*, en el Infierno, y sendos candados en las puertas del Limbo y del Purgatorio, porque el primero quedó cerrado definitivamente desde que entró el último niño á quien se aguardaba, el niño mártir San José Joaquín Terrazas y porque tomaron el segundo por entero algunos yernos que se proponen ir á veranear y descansar en aquel sitio. Halléme, pues,—¡vaya un hallazgo!—como el que sale de su casa para ir al teatro y al llegar al pórtico se desayuna—¡vaya un desayuno! —con que no hay función. Además, como ya dije, todo eso de la eternidad está muy obscuro. No hay tal luz incandescente en el infierno, ó no se ve por lo menos.

Y de noche, en tinieblas, tropezando, sin dar más que con portones cerrados, es arriesgado y necio andar. A mí no me inspiraban temor los santos, á pesar de que entre ellos hay un buen ladrón. Pero ¿y si daba de manos á boca con los Santos Sánchez, que tal vez á esas horas andarían pidiendo limosna para misas á las ánimas? ¿Y si encontraba á Juan Mateos que acaso en ese instante se dirigía al infierno... y si al verme se detenía para leerme una novela...?

Todas estas reflexiones hice para mi coleto; todos estos temores apuntaron é hicieron fuego en mi ánimo; iba sin pistola, porque no la tengo; iba sin paraguas, porque presté el mío, y los paraguas que se prestan nunca, nunca volverán; iba vestido de fraile, porque me amortajaron muerto... y rizo se me ponía el cuerpo solo de pensar que podría encontrarme en el camino de alguno ó algunos de los cuatro senos, al General Rocha ó á Pancho Búlnes; iba solo con mi alma, señora á quien no conozco ni de vista, porque cuando la pude ver ya no la pude ver, pero que, de todas suertes, es una señora...... iba, por último, en la situación más lastimosa y decidí, como era natural, volver á casa.

¡Y aquí estoy! Por la benevolencia y magnificencia del señor director del *Universal*, diario de reyes, no vuelvo cesante. Parece que nos hemos mudado á casa grande...... y al ver así el *Universal*, con un portón tan grande, con tan amplios corredores, con tantas columnas en el patio, y tantos pasadizos, tantas piezas, siento que cobro ánimos. ¡Aquí ha de vivir mucha gente y ha de haber mucha servidumbre! ¡Aquí he de encontrar seguramente varios escondrijos para ocultarme, dado el caso! ¡Aquí tendrán sala de armas arriba y perros bravos más arriba, en la azotea! ¡Aquí, en suma,

puedo gritar recio y duro. . . . . porque no han de oírme en la calle! Abdico, por consiguiente, de mi cobardía, (á reserva de hacer con mi abdicación lo mismo que hizo el Archiduque Maximiliano con la suya) y resucito convertido en un Bayardo.

Ya sé que esto de resucitar tiene sus inconvenientes. Los acreedores son muy tercos, muy anticientíficos (como diría el *Siglo XIX*) y no admiten los hechos consumados, no creen, *verbi gracia*, que ya morí, lo que es notorio. El donoso escritor D. Carlos Coello, cuenta que resucitaron á Cervantes, y según el mismo Coello, peores malandanzas pasó el manco de Lepanto en Madrid, y en nuestra época, y entre los más fervientes Cervantistas, que en la prisión de Argamasilla de Alva. ¡Ni en la Academia de la Lengua quisieron recibirlo, con ser Cervantes "padre de la lengua," porque, en sentir de D. Manuel Cañete, (sentir justo, no obstante que era de Cañete) el autor del *Quijote*, el padre de su hija, escribía incorrectamente. Para no cansar más, conforme á los fehacientes datos que nos proporciona el tunantísimo Coello, Cervantes llegó á escribir novelas por entregas, gacetillas, crónicas de toros, y á maldecir, más desarrapado y misérrimo que en su anterior vida, de los que tuvieron la peregrina ocurrencia de revivirlo.

. . . . .Y si tal suerte corrió el insigne D. Miguel, ¿cuáles desventuranzas no aguardarán al triste *Junius*?

Pero como no hay más mundo que éste y como ya, quieras que sí, quieras que no, resucité, he de habérmelas con mi suerte y retar á los númenes adversos, cara á cara. *¡Desperta, ferro!*

*
* *

Antes de abrir al público mi establecimiento fotográfico (porque han de saber ustedes que *Junius*, en su nueva existencia, se propone ser fotógrafo y vender retratos de nuestros hombres célebres, sin curarse de que salgan agraciados ó desfavorecidos) quiero echar mi cuarto á espadas en la mesilla de la política internacional, á ver si descubriendo mis raras aptitudes para la diplomacia, me nombra el Gobierno ingeniero inspector de alguna línea férrea.

Precisamente preocupa hoy á la prensa la árdua cuestión del Congreso americanista, que ha de reunirse dentro de breve plazo en Washington; y precisamente creo haber sabido en el otro mundo, (en el otro mundo que no existe), que el *Universal* sostuvo la conveniencia de que México enviara á esa Asamblea ocho representantes por lo menos. Así es que, voy á medirme ahora, y para que se eche de ver cuán curado de mi cobardía regreso, con dos potencias amigas, y con dos potencias de primera clase: con el *Universal* y con los Estados Unidos de Norte América.

Publicó el *Tiempo* la lista de las personas que, á su juicio, merecen desempeñar esa importante representación. En ella vi los nombres de D. Antonio Mier y Celis, D. Joaquín García Icazbalceta, D. Nicolás de Teresa, D. Pedro de Echeguren, etc., y al punto imaginé que en el famoso Congreso iba á tratarse de suscribirse para procurar la realización de alguna obra caritativa, no porque solo sean caritativos los antes citados ricos homes, no porque carezcan de otras dotes, sino porque el simple hecho de enviarlos á los Estados Unidos, y á

un Congreso, sin averiguar anticipadamente si conocen el inglés y lo hablan con soltura, me parecía indicar que se trataba nada más de dar dinero. A poco ví, sin embargo, que se trataba de algo más serio, aunque, según mi leal saber y entender, pocas cosas hay más serias y más feas, que esto de dar dinero. ¿Qué asunto tan serio —dije para mí— será el que va á dilucidarse, cuando México necesita situar en Washington no capitales, sino capitalistas; traer de Europa á D. Antonio Mier, como se trajeron hace años los restos de Arista; dejar á la Academia mexicana viuda de García Icazbalceta; imponer á D. Nicolás de Teresa y á Echeguren la patriótica obligación de abandonar sus negocios y de exponerse á los peligros de un viaje. Y asustado pensaba: y si D. Antonio Mier y Celis no quiere venir ¿qué sucederá? ¿Hay un tratado de extradición con Francia, que pueda aplicarse á esta clase de delincuentes? ¿Declararemos la guerra á las nuevas sirenas que detengan á Ulises y á M. Carnot?. . . . Y como nadie está obligado á prestar servicios personales sin la debida retribución, ¿qué retribución digna de él y del sacrificio que la patria le impone, asignará el Gobierno á D. Antonio Mier?

Y si D. Pedro Echeguren no quiere venir, ¿qué sucederá? ¿Se firmará otro tratado de la Mesilla?

Y si D. Joaquín García Icazbalceta, no quiere ir, ¿qué sucederá? ¿Declararemos en estado de sitio á la Academia mexicana?

Y si D. Manuel María de Zamacona no quiere resucitar, qué sucederá?

¿Qué nuevo baleo de los Sabinos va á consignar la Historia en sus anales?

Por fortuna, leyendo *Las Novedades* de Nueva York, caí de mi burro. Se trata, en efecto, de algo muy gra-

ve, muy serio, pero tan grave, tan serio, que ni D. Antonio Mier y Celis, con tener tanto dinero como tiene, ni García Icazbalceta con saber tanto como sabe, servirían para el caso. Se trata de hacer una poesía; se trata de adivinar un logogrifo; se trata de descubrir las islas afortunadas; se trata de sacar la atlántida del seno de los mares; se trata de revivir á Moisés para que nos dé las nuevas tablas de la ley...... Lo que los Estados Unidos —estados bíblicos— desean, es que declaren de obligatoria observancia estos dos consejos ó preceptos del Evangelio: "*Ama á tu prójimo como á tí mismo* y .... *Dame todo tu dinero, y sígueme* .....

Como el asunto es sobrado amplio, y como acabo de resucitar, dejo la pluma en el tintero hasta mañana. Estoy convaleciente de la muerte y me flaquean las piernas. Espérame, lector, mientras recobro fuerzas, tomando mi caldo de pollo y mi media botella de Burdeos.

JUNIUS.

CARTA DE JUNIUS.

El Congreso Americanista.

POSTDATA.

Dice un telegrama: El jueves tres de Octubre, los delegados al Congreso Americanista saldrán en viaje *de recreo* á través del país, para *estudiar* los recursos manufactureros y agrícolas de los Estados Unidos, regresando á la capital federal el 13 de Noviembre.

Como se vé, los diputados al Congreso Internacional de Washington, no van á un paseo, como yo dije equivocadamente: van á conocer y estudiar los Estados Unidos en cuarenta y dos días. Podría objetar algún descontentadizo que, tratándose de escojer los medios conducentes para que la paz perdure en América, y de formar al propio tiempo una unión aduanera continental, no es absolutamente indispensable que los representantes de las naciones invitadas conozcan la ática Boston, la opulenta Chicago, la soberbia Filadelfia, etc., etc. Pero á esto replico, que el Congreso viajero --*le Congrés voyageur*— no se propone escojer en esos cuarenta y dos días medios ningunos para conseguir el advenimiento de la paz perpetua ni de los nuevos aranceles, y que tal excursión solo significa una señalada muestra de cortesía de los Estados Unidos, igual á la del rico que, teniendo un palacio amueblado con lujo, lo enseña pieza por pieza, desde el salón hasta la cocina, á todos los que con cualquier motivo van á visitarle. Dirá el descontentadizo antes citado que esa costumbre de enseñar la casa á todos y de hacer ostentación de riqueza, no es aristocrática, sino propia de advenedizos y de *cursis*. Pero á esto replico de nuevo que los Estados Unidos no son ni quieren ser aristocráticos: los Estados Unidos son muy democráticos.

Mas, como presumo que ha de ser muy terco mi hasta hoy desconocido contrincante, voy á desvanecer las últimas dudas que preocupen su ánimo y á contestar satisfactoriamente todos sus reparos.

Dirá él: —Puesto que se trata de realizar el bien de América y no solo el de los Estados Unidos del Norte, no veo por qué nada más ha de estudiarse, en cuarenta y dos días la prosperidad, los recursos, el presente, el pa-

sado, el porvenir de la república vecina, sacrificando á las demás repúblicas que también tienen vela en el entierro y derecho á ser conocidas y estudiadas, antes de que el Congreso, cumpliendo sus inexcrutables designios, decrete cuál ha de ser la suerte de ellas. ¿Por qué cuarenta y dos días en los Estados Unidos, y no veinte siquiera en la Argentina, y otros veinte en México, *et sic similibus*?

Ante todo, señor descontentadizo, olvida usted que los Estados Unidos son los que reciben, los que invitan á almorzar, los que están en su casa, y que, por lo tanto, pueden hacer lo que les dé la gana. Olvida usted que América es para los americanos, según la doctrina de Monroe, y que los americanos no son los argentinos, ni los chilenos, ni los guatemaltecos, ó por lo menos, no les llamamos así: los americanos son los yankees. De modo que conociendo y estudiando lo que necesitan los americanos para su bienestar, ya sabe usted lo que América necesita. Para eso vamos á estudiar los Estados Unidos; para hacer la felicidad del Continente.

Por lo demás, no debemos tener motivo alguno de celo, porque ese viaje no va á acarrear ningún provecho estupendo á los Estados Unidos. ¿Cree usted que burla burlando y bebe bebiendo, observando las ciudades, ora á través del cristal grueso de las ventanillas, ora á través del cristal delgado de las copas de Champagne, van á formarse los excursionistas exacta ni aproximada idea de lo que son y lo que necesitan los Estados Unidos? A menos que Edison haya descubierto una nueva aplicación de la electricidad: la aplicación de la electricidad al estudio! Un acumulador de necesidades sociales, puesto en contacto con un alambre que vaya derechamente á los cerebros de todos y cada uno de los diputa-

dos, producirá en los tales cerebros una luz intensa, aumentada por poderosos reflectores, que se podrían llevar, para mayor comodidad, en el forro del sombrero.

Desengáñese usted, señor descontentadizo, lo que van á hacer los representantes de América es un viaje de recreo. En una palabra, van á divertirse. Como la idea del Congreso internacional es muy poética, casi idílica, natural es que los diputados antes de poner manos en la obra, corran al campo, admiren la naturaleza, discurran por los montes y collados, ya á la luz de la luna, ya á la deslumbradora luz del sol en las voluptuosas horas de la siesta; natural es que pidan inspiraciones á los bosques de pinos centenarios, á los ríos caudalosos, á las fuentes susurrantes, á las flores silvestres, y que visiten, con unción y ternura, los lugares en donde sufrió y amó la infortunada Evangelina. Después, saneado y fortalecido el ánimo con estos grandiosos espectáculos, podrán vivir en la vernácula zampoña los cantos de Virgilio, y profetizar la nueva edad de oro, la edad en que las ovejas darán de grado su vellón y en la que todos los hombres serán hermanos y pastores.

Otro fin práctico no le encuentro á este paseo.

Yo no pongo en duda que puede resultar alguna utilidad del Congreso Americanista. Siempre es conveniente que se reunan y conozcan hombres notables de diversos países, que conversen, que modifiquen sus ideas poniéndolas en contacto con ideas de otro. Todo eso estrecha los vínculos de la amistad y aproxima á los pueblos. Lo que he negado y niego es la desmedida importancia que algunos pretenden dar á esta asamblea, atribuyéndole el carácter de unos Estados Generales de todo el Continente Americano. Lo que he intentado desvanecer es el temor de que las decisiones de ese Congreso nos pue-

dan ser impuestas, con mengua de nuestra soberanía, tal como á los católicos imponen los concilios ecuménicos dogmas y artículos de fe. Lo que he dicho es que no se hará la paz ni la unión aduanera, por mucho aire y por mucha inspiración que tomen los señores representantes de América en sus cuarenta y dos días de paseo.

Como usted comprenderá sin esfuerzo, han de volver á Washington cansados. Algunos habrán dejado en sus respectivos países mujer, hijos, hermanos, deudores, acreedores, novias, etc., y después de dos meses de ausencia, sentirán el deseo de volver á la tierra, por lo que es de presumirse que el paseo dure más que las deliberaciones del Congreso, y se limite á manifestar solemnemente sus buenos deseos de que todo pase de la mejor manera posible en el mejor de los mundos desconocidos.

Y aquí pongo punto á mi carta, señor descontentadizo, porque reclama mi atención un tal D. Ajax que me ha salido al frente, carta en ristre.

JUNIUS.

CARTAS DE JUNIUS.

DEBE Y HABER.

Al rico-home de "El Nacional."

Con el título "Debe y Haber" ha publicado el diario que dirige el Sr. D. Gonzalo A. Esteva, un breve artículo, inspirado, ó mejor dicho, provocado por mi última carta. El autor de ese artículo ha de ser, por fuerza, un hombre rico; porque ¿creen ustedes que los pobres se duelan de la situación en que se hallan los señores ricos? Para un pobre, el rico es, cuando menos, el *casero*, y el casero nunca ha merecido la compasión de nadie. Rico ha de ser, en consecuencia, quien escribió el artículo del colega, y por eso dirijo esta misiva "al rico-home del *Nacional.*"

Comienza el articulista:

«*Junius*, en *El Universal*, se dedica al *presupuesto de la casa* y encuentra que el empleado se hunde, se hunde sin remedio al final de cada quincena; y desde que el progreso nos ha traído los ferrocarriles y nos ha elevado el alquiler de las casas.

Junius, escribiendo en broma, ha dicho algo muy serio. El caso es que vamos adelante, pero que los negocios van muy mal, cada día peor para determinadas *capas sociales.*»

Me regocija que el anónimo escritor esté conforme con mis juicios; pero tengo la pena de no estar de acuerdo con él en eso de que los negocios van muy mal; cada día peor. Eso depende. . . . como decimos los galiparlistas y los mexicanos: ¿los negocios de quién? ¿Los míos?

¡Por de contado! ¿Los de D. Delfín Sánchez? ¡Nada de eso! ¿Los del *Nacional*? No lo creo, y sentiría sinceramente que así fuese. Sí concedo que, para ciertas *capas sociales*, los negocios van muy mal; especialmente para las *capas sociales* que no tienen capas.

«El capitalista, *sobre todo*, está amenazado de ruina; y considerando á sangre fría su situación, *casi* envidia la suerte del menesteroso.»

Ese *sobretodo*, en orden de sastrería, está colocado ó colgado bien junto á las capas; pero en otro orden cualquiera me parece fuera de lugar. ¿cómo han de ser los capitalistas, *sobretodo* los que están amenazados de ruina? Los amenazados de ruina, *sobretodo* son los que no tienen capital, y sí deudas y, *sobretodo*, convenga el colega en que, siendo cierto lo que él dice, más felices son los amenazados de ruina que los arruinados.

Más que el *sobretodo*, me estorba é irrita el impertinente *casi* que se entrometió entre los vocablos "situación" y "envidia." "El capitalista envidia *casi* la suerte del menesteroso..." Por manera que, sin ese *casi* que es aquí á modo de perro del hortelano, los capitalistas nos envidiarían por completo. ¡Un casi es el obstáculo del bienestar universal! Porque sin él permutaríamos los menesterosos con los ricos y así quedarían satisfechas nuestras aspiraciones; y los millonarios, aliviados de la gran carga que hoy les aflige, vivirían contentos, y como dijo el poeta, ni envidiosos ni envidiados. "¡Tranquilizaos socialistas! —exclama el Nacional,"— el porvenir es de los pobres!"—Yo no soy socialista, pero aunque lo fuera, no me tranquilizaría. Ese mismo porvenir nos están prometiendo desde los siglos más remotos. Es el "vuelva usted mañana," de deudor insolvente. Y he observado en mis largos años de existencia

que á todos los que no tienen ni dinero, ni talento, ni nada, se les dice, por vía de consuelo acaso, que tienen mucho porvenir. Además ¿cómo he de resignarme á no comer por la esperanza de que algún día coman mis nietos?

Cualquiera diría que *El Nacional* hablaba de broma; pero no, oigan ustedes:

«No hacemos paradojas. Hablamos con toda formalidad: el progreso industrial, el progreso económico, el progreso material, todos estos progresos han venido á abrir una fuerte brecha en los bolsillos de nuestros hombres de fortuna. Ser rico para esto, no vale la pena, no la vale realmente. Nos explicaremos.

Un hombre rico, no es un ciudadano aislado en el medio en que vive. Se ha dicho que el hombre rico no necesita de nadie. Es un error. El hombre rico es el que más necesita de todos.

Al empleado de *Junius*, no le importa que haya telégrafos, ni vías férreas, ni buques.

Al capitalista sí; como que él es quien utiliza todo esto, y quien por lo tanto, lo paga. ¿Cómo no ha de interesarle?»

Según el leal saber y entender del escritor á quien me dirijo, el capitalista es el que utiliza todas las mejoras materiales. . . . . y eso no es cierto completamente, pero sí es *casi* cierto. Y según el mismo escritor, los capitalistas son los que *pagan* esas mejoras. Esto no es casi falso, es falso por entero. Pues qué, ¿yo no pago contribuciones, señor mío? Tentado estoy de asegurar que pago, relativamente se entiende, más que usted. Porque usted, propietario, para pagar la contribución sobre fincas urbanas, me aumenta á mí, inquilino, la renta de la casa; porque usted, comerciante en ropa, sube el precio de la manta, cuando sobre ella pesa un nuevo impuesto; porque usted fabricante. . . . . pero ¿á qué seguir, si tal verdad salta á los ojos de cualquiera? Verdad es que usted pone en sus recibos timbres de á diez pesos, mien-

tras pongo yo en mi nómina un timbre de á cinco centavos; pero eso es precisamente lo que yo lamento. Tengo alboroto, alboroto positivo, de usar estampillas de á cincuenta duros.

Queda sentado, pues, que todos pagamos las mejoras materiales, y que los capitalistas son los que más las utilizan. Lo demás son verdades de Pero Grullo. Claro es que yo produzco al fisco menos que D. Antonio Mier y Celis. ¡Como que el rico es una suma de pobres! No es una persona: es mucha gente! Pero si entramos en honduras, quienes han de salir mal librados son los ricos... es decir, quien saldrá peor librado será este pobrecito hablador; porque, ¿quién paga, amén de otras, una contribución más fuerte que el empleado?

«El hombre rico necesita criados, escribientes, secretarios; si es banquero, tenedores de libros, cajeros, copistas; si es empresario, coristas, primeras tiples, tenores; si tiene una imprenta, cajistas, regentes; si un periódico, redactores; si una hacienda, peones; si un ferrocarril, jornaleros, maquinistas, conductores.... Y todos estos *artículos* han encarecido mucho: cada vez están más elevados y hay temor de que sigan subiendo, siempre subiendo.

«Esto es muy satisfactorio para los que reclaman un *jornal más elevado*; pero hay que confesar que no tiene nada de agradable para los hombres de dinero.»

No; para los hombres de dinero, lo más agradable sería que les sirvieran de balde. Yo tengo la pena de no necesitar peones, ni secretario, ni barítonos, ni cajeros mucho menos; pero sí necesito cocinera, portero, nodriza para mi chico, etc., etc., y también esos artículos ó esos parrafejos van subiendo.

«Antaño una empresa repartía dividendos de 25, 30, 35 y 40 por ciento al año.

«Ahora una publicación económica y de negocios, *La Revista Financiera*, nos presenta en sus cotizaciones de minas el siguiente cuadro:

«Mexican Comp.»—Capital, 250,000 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«Palmarejo.»—Capital, 150,000 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«Marth Mexican.»—Capital, 200,000 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«Sonora Mining Co.»—Capital, 300,000 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«La Luz.»—Capital, 210,000 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«East Arévalo.»—Capital, 115,027 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«Mezquital del Oro.»—Capital, 50,000 libras esterlinas. No ha dado dividendo.

«Y así sucesivamente.»

No, querido colega; no así sucesivamente, porque hay varias empresas mineras que reparten á sus asociados considerables dividendos. Pues qué, ¿querría usted que todas las minas del país estuvieran en bonanza? Diga de una vez que sólo se conforma con vivir en Jauja. Y respecto á esos negocios que producen hasta el 40 por ciento al año, crea usted que, por desgracia, todavía quedan algunos. El $6\frac{1}{2}$ % al mes es aquí cosa corriente.

«Decididamente—concluye el «Nacional»—No tiene cuenta ser rico; no la tiene.»

Hay un remedio para ese mal, queridísimo colega, y un remedio muy fácil: que renuncien los ricos, como renunció Bismarck; que presenten su dimisión, ¡y la aceptamos! Todavía hay en Ciria y hasta fuera de Ciria algunos bobos que aceptarían el penoso empleo de millonarios. Si hay mil, yo soy uno de esos; si no hay más que uno, ese soy yo.

Decididamente y á pesar de las protestas de *El Nacional*, presumo que en su artículo habló en broma.

Querrá afiliarse en la escuela Económico humorística, de que es jefe y maestro el señor Bulnes. Tiene la coquetería de la riqueza; imita á ciertas mujeres que dicen que son feas, para oírse llamar lindas y hermosas. Acaba de leer algún poeta bucólico, y por elegancia, por una muestra más de su nunca desmentido buen tono, nos cita el *Beatus ille*, de Horacio, la "Descansada vida," del maestro León, los pastoriles goces que cantó Garçilazo, y termina diciendo:

Una heredad en el bosque;
una casa en la heredad;
en la casa pan y amor...
¡Jesús, qué felicidad!

Pero no crean ustedes que eso es serio. No están tan afligidos los ricos porque tienen dinero. La riqueza no es una pena. Y si lo es, yo se las quito.

JUNIUS.

PLATICAS DOCTRINALES.

¡YA HAY REVOLUCION!

Al leer esta mañana (después de decir misa) lo que escribe mi santa doctora y maestra *La Voz de México*, no pude menos de lanzar la misma exclamación que lanzó una buena vieja al entrar al infierno: *¡Como me lo pensé!*

¡Como me lo pensé! ¡Ya tenemos encima la revolución! Desde que mi príncipe y señor Don Agustín de

Iturbide dijo en su carta célebre que estábamos en un estado de *No revolución*, dije yo para mi coleto: ¡revolución tenemos sin remedio! Los soberanos siempre se equivocan!

Según *La Voz*, hay en el Estado de Guanajuato (que es uno de los veintiocho Estados de la República, contando con el Estado de no-revolución, cuyo destino rige dignamente el Sr. Iturbide) una gavilla, una señora gavilla de ochocientos hombres, capitaneada por un tal Núñez, de mala alma.

Estos ochocientos un ciudadanos roban, asaltan las haciendas, se llevan caballada para engrosar las filas reaccionarias, y cometen cuantas fechorías son imaginables. No cabe duda, pues, de que esos caballeros (puesto que andan á caballo, aunque sea en caballo ageno) son revolucionarios, y revolucionarios nuestros, es decir, conservadores.... puesto que conservan lo que hurtan, ó mejor dicho, latro religiosos, como los apellidábamos en Michoacán. Dice la *Voz*, y dice con acierto, que *espera algo* de esa gavilla... ó de esa mesnada, como yo la llamo porque me encantan las poesías de Peón Contreras. Y como yo soy cura, y, por lo tanto, correligionario, consocio y accionista de la *Voz*, siento también que se le ha abierto el apetito á mi esperanza. También espero algo. Espero que me traigan una mula de buen paso para montarla cuando salga á decir misa en los templos foráneos. Caballo no! caballo no quiero! Con una mula y un zarape me conformo.

Los ochocientos un revolucionarios (mal llamados ladrones por el vulgo) á que la *Voz* ha pasado revista, son, á mi parecer, de condición sobrenatural ó extraordinaria. Nadie los ha visto; y aunque por esto pudiera creerse que no existen, yo tengo para mí que esta pre-

dicha circunstancia viene á afirmar absoluta y plenamente mi existencia para los cristianos viejos, cuando menos. ¿Ustedes han visto á Dios? No, de seguro. ¿Y Dios existe? Sí, indudablemente. Pues lo mismo pasa con la tal gavilla! No existirá para los materialistas, para los positivistas, para los racionalistas: para nosotros los buenos católicos sí existe.

Y no sólo existe, sino que tiene singulares privilegios. Las fuerzas del Gobierno no la atacan, convencidas tal vez de que no tendrían que habérselas con seres de figura corporal como nosotros, sino con seres de figura corporal como Lee-Cook, ó con semi-dioses ó con ángeles. Las víctimas de esa cuadrilla, á la que fía sus esperanzas casi toda la nación, tampoco se han quejado á ningún juez, ni á ninguna autoridad, de los despojos y robos que han sufrido. Esto me indica que aquí hay algo de hipnotismo, algo de sugestión... ó tal vez otra cosa: puede ser que no haya tales carneros, es decir, tales ladrones, y que esos ochocientos caballeros de la orden de Núñez sean devotos cofrades que colectan donaciones en los pueblos con algún fin piadoso.

A mi entender, esta otra explicación, á no ser buena la de la colecta piadosa, es la mejor. Nadie ha visto á Núñez ni á los suyos, porque en el Estado de Guanajuato no hay persona que esté en gracia. Y mucho menos han visto esa gavilla, ni oído hablar de ella los que dependen del Gobierno, porque los que dependen del Gobierno están excomulgados. *La Voz* y yo, que estamos en gracia y más que en gracia, sí la vemos.

Es indudable, pues, que ya hay revolución. Yo lo digo para que todos se preparen. Y no una revolución sorda, no: una revolución muda.

El partido conservador se unifica... Y esto no quie-

re decir que el partido conservador se vaya quedando reducido á una sola persona, sino que se unifica, es decir, que no se multiplica.

Ya tenemos á nuestro soberano en la cárcel... de modo que ya no puede escapársenos. Ya tenemos dinero, puesto que en buena suerte lo están recaudando los caballeros que componen la mesnada de Guanajuato. ¡Y sobre todo, mis queridos feligreses ya tenemos ganas!

Una sola cosa me preocupa: ¿qué haremos con Núñez el ya cercano día de la victoria? Para ministro de cultos, aquí estoy, que ni mandado hacer. Para ministro de trabajos privados, ahí está Terrazas, por los muchos que ha sufrido. Pero Núñez ha de querer la cartera de Hacienda... y esto es grave. El tiene mucha afición á todo género de haciendas... ¡Hay que cuidarse, hermana *Voz!*

Tal vez, en ese día de la victoria, sea prudente decir que Núñez no ha existido. Conviene, pues, ir propalando esta versión: Núñez es el Señor Santiago. ¡De seguro!

El Cura de Jalatlaco.

PLATICAS DOCTRINALES.

DE NUESTROS ENEMIGOS......

Señor Monaguillo:

La consulta que usted me hace respecto á la nacionalidad del Sr. Presbítero Toronjí no es de obvia resolución; y como reconozco que el asunto es grave, me parecería oportuno que nombrara el gobierno á Don

Ignacio Luis Vallarta para que estudiase á fondo la cuestión.

Ante todo: ¿Torojí es Toronjí, ó Toronjí es Toronjil? Estudie usted, Sr. Monaguillo este punto. El cajista puede haberse comido una *l*, tanto más cuanto que, en opinión de todos los gramáticos las eles son muy dulces, y en tal caso no podríamos establecer la verdadera filiación de Toronjí. Suponga usted que resultara Toronja en vez de Toronjí. . . . ¡toda la complicada máquina de nuestra hipótesis, conjeturas y barruntos vendría á tierra en un instante!

Precisa también averiguar si Toronjí tuvo padre, si tiene madre. . . . en cuanto á la demás familia ya sabèmos que por lo menos tiene una hermana que se llama Toronjí. El lo dice muy claro.

Y la Bética ingente.

Me llama hermano con palabra ardiente.

Debo advertir á usted, Sr. Monaguillo, que la señorita Bética Toronjí, en concepto mío, inspira sospechas. No está bien el que llame al Sr. Presbítero "con palabra ardiente." Eso está que arde y ya para cariño fraternal es demasiado. Tanto más cuanto que la señorita Bética es "ingente," lo que yo traduzco, en romance, por guapa, frescota, bien desarrollada. No vaya á resultar que la señorita Bética es prima del Sr. Presbítero y que le llama hermano por cariño. . . .

Ahora bien, volviendo al asunto principal: el Sr. Toronjí repite á cada paso esta valiente exclamación: "soy español!" y la repite con orgullo, como si dijera: ¡Aquí está Don Juan Tenorio!

Y á primera vista sí parece español el Sr. Toronjí. Dice uno al oírlo: Sí, este Toronjí ha de ser de la patria de Grilo! Pero, en seguida, asaltan al observador algu-

nas dudas. . . . Volveré á copiar la primera estrofa porque lo que abunda no daña, y aunque es cierto que los lectores del *Universal* ya comieron Toronjí, presumo que no ha de disgustarles repetir ahora. Dice el señor Presbítero:

"¡Soy español! En la adorada roca
Que de Balco el mar besa amoroso
Y el sol con rayos eternales toca,
Ví por la vez primera
La luz, al asomar la primavera. . . .
¡Soy español (2) El alto Pirineo,
Las cumbres de Cantabria y de Castilla,
Los anchos llanos cual mi casa veo.

Mi ignorancia en la ciencia geográfica me impide precisar la situación del mar de Balco; pero lo que sí recuerdo es que los Pirineos no son de España exclusivamente y como el Sr. Toronjí dice que los ve como á su casa, deduzco que el susodicho Toronjí debe tener cuando menos dos nacionalidades. Lo innegable es que Toronjí nació en una roca, allá por Abril ó Mayo, y que no tiene casa techada, ni domicilio fijo, ni cédula de vecindad, sino que se anda libre como el aire, potreando en montes, cerros, llanos y colinas.

Y prosigue el Sr. Presbítero:

"Soy español! (3) La sangre celtíbera
Hierve en mis venas con osado brío,
Con ardimiento de pasión guerrera;
En mi cuerpo pequeño,
Hay de mi raza enérgica el diseño.

Aquí sí parece, Sr. Monaguillo, que Toronjí es español, y más que español, celtíbero, hijo de Pelayo, ó

quién sabe si Pelayo mismo. Pero lo que más claramente se deduce es que Toronjí es chaparrito y pertenece á una raza de chaparritas. De aquí precisamente nacen mis dudas: la raza española no es una raza de enanitos ó de Toronjilitos. ¿De qué raza será Toronjí? Yo voy dudando también de que sea sacerdote, porque no cuadra con su misión de paz ese "ardimiento de pasión guerrera ni ese hervor de sangre. . . . á menos que sea la monja Alférez disfrazada de Toronjí.

También me parece anti-estética la franqueza del Sr. Presbítero: ¿para qué dijo, sin que nadie se lo preguntara, que es chaparro? Eso no cuadra bien con las bravatas anteriores, y así, más que guerrero celtíbero, parece Toronjí un chiquitín vestido de soldado en el día de San Juan. Sin querer nos acordamos de aquel coro de los sietemesinos en "El siglo que viene:"

¡Yo soy intrépido,
Yo soy volcánico,
Soy Mefistófeles
El chiquitín!

Verdad es que en la estrofa siguiente se va el guerrero y sale el sacerdote:

¡Soy español! la fe de Recaredos,
De Leandros, Fulgencios é Isidoros,
Que relumbrara la inmortal Toledo,
Es la llama segura
Que me dirige en esta noche obscura.

Nótese que con esta van cuatro veces que exclama Toronjí: ¡"soy español!" No me gusta que Toledo haya relumbrado la fe de Recaredo, porque á mí no me gustan relumbrones, pero celebro de todo corazón que To-

ronjí sea católico á macha martillo y que tenga una llama segura para alumbrarse y calentarse gratis en las noches.

Pero mis dudas respecto á la nacionalidad de este hermano mío en Jesucristo, vuelven, señor Monaguillo, al leer la siguiente estrofa:

"También la culta lengua de Cervantes
Aprendí desde niño á llamar mía,
Y á ser amigo fiel de sus amantes.
La tierra castellana
Dió su gran lengua á la nación hispana,
La lengua digna del hablar divino,
La del largo y rotundo clausulado,
Hija heredera del saber latino;
Que en antípodas playas
Encontrarás, viajero, por do vayas. . . .

Me parece extraño que la lengua de Cervantes sea hoy de Toronjí, si bien es cierto que muerto Cervantes su lengua era adjudicable como propiedad de manos muertas. Probablemente lo expropiaron por causa de utilidad pública. Pero no nacen mis dudas de ésto, sino de lo que sigue: ¿cuál lengua será la de Toronjí que se habla en todas partes, hasta en las antípodas playas? Pase que Toronjí deslenguara á Cervantes; pero lo que no acierto á comprender es que haya convertido el español en *volapuck* y que lo haya impuesto á todas las naciones.

Yo creo, como usted, estimable Monaguillo, que el Sr. Presbítero no sabe á punto fijo el idioma en que habla. El suena, así. . . . cómo á castellano. . . . pero el castellano no se habla en todas partes. . . . ¿De dónde, pues,

será este Toronjí? A él no lo apea nadie de su burro ni lo saca de sus casillas. Por quinta vez repite:

"¡Soy español!" mi patria no daría
Por las que el Sena ó Támesis fecundan,
Nó, ni un girón de mínima valía. . . .
Llanto de amor me baña
Al exclamar con tino: ¡Viva España!

Por aquí se ve que Toronjí no sólo es español, sino buen español y no sólo buen español, sino dueño de toda España, puesto que no da ni un trapito de España, aunque le insten; lo que prueba que es suya. ¡Y figúrese usted, apreciable Monaguillo, cómo trabajará, cómo sudará Toronjí para estar diciendo continuamente, sin descansar y literalmente empapado en lágrimas: ¡Viva España! ¡Qué limpio, qué bañado y qué ronco estará siempre el pobre Toronjí!

Sí, yo creo que tamaño sacrificio sólo puede hacerlo por su patria un español. Lo malo es que dice á renglón seguido:

"Si de Lulio mi madre me enseñara
La dulce lengua que aprendí en la cuna,
Y apasionados versos yo cantara
En fabla lemosina
De Mayorca á la gloria peregrina. . . ."

Y usted, señor Monaguillo, exclama al copiar esto: "*¡Cielos! ¡Si no será español el Sr. Toronjí!*

¡Ah! ¡Esa exclamación lo vende á usted, señor Monaguillo! ¡Usted sí es español, y celoso, como el que más, de las glorias de su patria! Pero respire usted, amigo mío, y vuelva á su quicio. Yo no encuentro más que motivos de consuelo en la estrofa anterior.

Por fin sabemos que Toronjí tiene madre, y que su madre es portuguesa. Toronjí supo el portugués cuando estaba en la cuna, pero se le olvidó cuando lo destetaron y por eso quiere que se lo vuelvan á enseñar. Toronjí no sabe todavía la *fabla lemosina*, lo que es un positivo consuelo para los lemosinos y para nosotros. Respire usted, señor Mcnaguillo, yo creo que Toronjí sí es español! Y si nó, transaremos: será gallego.

Resumen de lo averiguado: Toronjí tiene madre y esta señora es portuguesa; Toronjí tiene una hermana ardiente é ingente que se llama Bética; Toronjí nació en una roca; los potreros y los montes son la casa de Toronjí; Toronjí es dueño del habla que era antes de Cervantes, de la fe de Recaredo relumbrada en Toledo, de los Pirineos, de las cumbres de Cantabria y de Castilla, y de los anchos llanos; y por último, Toronjí es chaparrito.

Queda por averiguar si Toronjí es guerrero ó sacerdote; si Toronjí es español. . . . ú otra cosa.

Yo creo que es español. Cuando menos podrá contestar como aquel muchacho á quien le preguntaban:—¿De dónde eres, pelón?—De la cabeza, señor.—Toronjí ha de ser español de la cabeża.

Pero en el remoto caso de que Toronjí fuera mexicano, no se apure usted, señor Monaguillo, yo por mi parte se lo regalo á España.

El Cura de Jalatlaco.

PLATICAS DOCTRINALES.

LA DEL AGUA.

En mi condición de cura de almas, debo imprescindiblemente de hablar algo respecto á la llamada por Don Leopoldo Batres *Diosa del Agua* y recién venida á México. Este nuevo culto, esta nueva heregía, merece bien que yo fulmine desde el púlpito los rayos de la cólera eclesiástica.

Niego, ante todo, que esa diosa sea tal diosa. Las únicas diosas que han quedado andan por ahí en las revistas y crónicas mundanas de Raul y de Titánia; son diosas de carne y hueso, diosas casadas, ó lo que es lo mismo, no son diosas. Pero diosas del antiguo ejército, diosas recibidas y con título, ya no hay. La última murió de hambre y de solterona, porque ya tampoco hay dioses. Cuando el Sr. Mateos escribió una comedia titulada *Los Dioses se van*, los que se iban eran los lerdistas; pero ya los dioses se habían ido. Los lerdistas volvieron, y los dioses, no.

De cuando en cuando suelo topar con alguna diosa ó algún dios; pero en efigie. Y tan á menos ha venido la citada familia, que ya los retratos de esos soberanos del Olimpo, hoy cesantes, sólo se encuentran en las pulquerías. Parece, pues, que Baco—*Dyonisos*, como lo llama en griego, para mayor claridad, el *Duque Job*—es el único que ha conservado una pequeña fortunita, y está sacando del empeño las efigies de sus próximos parientes.

Protesto en debida forma contra la divinidad de la señora del agua. ¡No hay más que un Dios, y Terrazas Joaquín es su profeta!

Ya el arconte Chavero, el que conoce la ciencia de los arcos, la misteriosa arqueología; Chavero el inmortal, no sólo porque es académico, sino porque lleva trazas de no morirse nunca; Chavero el único, ha declarado terminantemente que no hay tal Diosa del Agua. Así me lo había manifestado antes, con entusiasta ateísmo, el Sr. Alegría; pero si á éste no lo creí bajo su palabra ó sobre su palabra, al Sr. Chavero sí lo creo, porque el Sr. Chavero es muy amigo del gobierno.

La señora del agua, á mi entender, es el retrato en piedra de alguna vieja cotorrona, de alguna de las niñas Manrubios conocidas y tratadas por los *otros aztecas.* Ella es fea; ella es cacariza; ella no tiene dientes; ella es muy carotona; ella no sirve para nada.... y hasta pudiera ser que no fuera *ella* sino *él*.... ó ¡quién sabe! como dijo el otro—¿Qué es aquello?—Eso es tronco, lobo ó fraile mercedario.—

El Sr. Batres se enamoró de esta niña Manrubio y vino cargando con su piedrota desde San Juan Teotihuacán.

Ahora el problema es el siguiente: ¿qué haremos con la anciana del agua? Su puesto natural está en los baños del señor Dublán; pero allí no la quieren recibir. Se la regalaríamos al Sr. Frago para que él le encendiera una lámpara todas las noches y ella lo iluminara, advirtiéndole en dónde hay agua para apagar incendios; pero el Sr. Frago se hace el sordo cuando le hablan de eso. No le caería mal á la liga farmacéutica... le caería como pedrada en ojo de boticario.... pero hay el peligro de que los señores farmacéuticos nos la

devolvieran en forma de píldoras. Tenemos, pues, que apechugar con ella!

Y ya con éste vamos teniendo muchos cachivaches inservibles. Frecuentemente nos sacamos la lotería del elefante! Tenemos el *Pabellón morisco*, que no es morisco ni es pabellón. Es una cosa hecha *ad hoc* para meterse dentro de ella y no ver nada. Para jaula es demasiado grande.... y aunque la convirtiéramos en jaula, no sería tal jaula sino el presidio, la Siberia de los pájaros. Para boliche no sirve, porque es redondo y tan obscuro que no se verían las bolas.... Por lo menos, yo nunca he visto la mía en los sorteos que se verifican allí. Para cárcel no le gustaría al Sr. Pérez de León.... De manera que dejaremos el Pabellón Morisco para uso de los moros que hace el Sr. Mateos con el único objeto de que atraviesen en sendas décimas, la Alcaicería, y le lleven algún recado á Don Jesús E. Valenzuela.

Dentro de poco tendremos en México el *Pabellón Azteca* que viene en busca de colocación. Este les gustó mucho á los franceses como objeto raro. A mí no me ha gustado. Dice el Sr. Peñafiel, no se sabe si en castellano ó en francés, que lo hizo con *materiales extraídos de sus libros.* Y tal dicho me consuela por un lado; por el otro, nó. Me consuela por el lado del papel.... quiero decir, porque un pabellón hecho con "materiales extraídos de libros" ha de ser de papel; y en consecuencia, muy barato y muy ligero. Pero me desconsuela esta noticia, porque, si es de papel ese famoso pabellón, no podría entrar á la República sin pagar millones de pesos á la aduana. Además, desde que he leído el "Papel Libre" del muy respetable Sr. Moncayo, me afirmo en la inquebrantable convicción de que se debe impedir, por

cuantos medios sean posibles, la entrada del papel. Papel y tinta son extranjeros perniciosos.

Sumando, pues, tenemos en campaña: un Pabellón morisco; un Pabellón azteca y una Diosa del Agua: mahometanos, idólatras, gentiles, y un pagano: el gobierno. Suma: cuatro heregías.

Ya sé que las cuatro son glorias nacionales; pero glorias que cuestan mucho á la Nación! ¡Todo lo inútil es lo más costoso! Nos cuestan mucho los generales en cuartel, los arqueólogos, los geólogos, los astrónomos, los poetas, los sabios, los moriscos, los aborígenes, las diosas, y ninguno nos sirve para nada.

En este momento y mientras pensamos en dónde ha de plantarse el pabellón azteca, lo urgente es decidir en qué empleamos á la señora del Agua.

¿No podría desaguarla el señor ingeniero Gayol? Puede ser que no; porque según refieren los periódicos, los ingenieros nombrados por el Ayuntamiento se han equivocado en no sé qué trazo y no pueden desaguar.

Hay, pues, que utilizar ese monumento como de piedra y no como de agua. Que le pregunten al Sr. Illanes si es de piedra, ya que está bien seguro que no es de agua, y luego que esté oficialmente petrificado, aprovechémoslo. Faltan piedras en las calles; van á faltar piedras en las cámaras. . . . ¡Esta es piedra, y sobre esta piedra edificaremos la iglesia del Sr. Terrazas!

Mi deseo es que este nuevo culto gentílico del agua no haga procélitos ni sectarios; el de convencer á mis oyentes de que esa señora, tan atrevidamente descubierta por el señor Batres, no es divina sino humana, ó lo que equivale á lo mismo, de piedra. Tengo fe en el buen resultado de mi predicación, porque el agua antipatiza á muchísimos en México. Los sabios, particu-

larmente los economistas, la desprecian. Los periodistas la aborrecen. Es de presumirse que dentro de pocos años lleve cada garrafón del precioso líquido este membrete: *Para usos secretos.*

Su diosa, pues, dado que la haya, carecerá de templo. Ya visteis, hermanos míos, cómo la llevaron al Museo, como quien dice al cuarto en que arrincona sus trebejos la República mexicana. Ya veis cómo nadie la quiere reconocer ni encuentra madre que la envuelva. Hasta el nombre ha perdido y hasta hay quien la llame *monumento viejo.*

Por ese camino, por el del agua, no hemos de ir al paganismo. La religión puede seguir dormida.

El Cura de Jalatlaco.

LA DONCELLA DE ORLEANS

PANEGÍRICO DE LA SANTA

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA UNIVERSAL DE MÉXICO.

Jamás, hermanos míos, llegó á tanto la crueldad de los herejotes franceses como en estos tiempos tristes. . . sí, tristísimos! No la otra doncella de Orleans. . . . aquella que tenía caballo. . . . Juana de Arco, padeció suplicios tan horribles como los que sufre ahora en la conserjería de París--¡en la conserjería!!! ¡con el portero. . .!—este joven é ilustre descendiente de sus padres, á quien por la pureza de su alma, por la hermosura de su rostro y por la virginidad de su espada, me he atrevido á llamar la doncella de Orleans.

Figuraóslo en camisa, porque los duques siempre se desvisten para meterse entre las sábanas; envuelto en el vaporoso lienzo del blanco calzoncillo, allá en las altas horas de la noche, cuando todo duerme, el niño en la cuna, la golondrina en el nido y el gendarme en su punto. Afuera, hay coches que pasan, cafés abiertos, teatros que se cierran, bailes que empiezan, duquesas que se desnudan, pero no para dormir como el duque, sino para ir desnudas á los bailes; afuera están *Boca de fresa*, la *Ranita*, *Lenteja*, *Grano de Mostaza*, *Atargea azul*, todas las heroinas que sostienen el derecho monárquico, sin miedo á la república plebeya. Y el duque piensa en sus compañeras de armas y suspira. Adentro, en su calabozo, no hay más que restos de la cena, botellas de Champagne, tabacos habanos, faisanes, trufas, . . . pero no hay cocotas! La espada del dolor traspasa el alma del joven cautivo, como la espada de sus abuelos traspasó la vaina en otro tiempo.

¡Y en qué momento! ¡Cuando el duque acaba de llegar de Suiza, de ver montes, de oír el *Lohengrin*, de tomar mucha leche; cuando su abuelo heroico, el que mató al tío abuelo del cautivo duque, el hijo del que deshonró y tuvo entre cadenas á la tía bisabuela del mismo hermoso y elegante prisionero, en una palabra, cuando el grande, el santo, el heróico Montpensier, acaba de morir violentamente en el campo de batalla de su comedor.

¡Decid todos los que paséis por el camino de Ixtacalco, si puede haber dolor que iguale al suyo!

Porque, en resumen, hermanos míos, el martirio que padeció la otra doncella de Orleans, fué un martirio vulgar. A ella la quemaron los ingleses; pero ¿á quién no queman, hasta la sangre, los ingleses? Yo de

mí sé decir que en mi testamento he prevenido que se me ponga este epitafio en el monumento que los poetas agradecidos han de levantarme:

Yace el cura en este charco
Tras de innúmeros reveses!
Murió, como Juana de Arco,
Tostado por los ingleses.

Y antes de pasar adelante, hermanos míos, permitidme que eche un párrafo con mi querido amigo el inteligente crítico D. José María Barrios de los Ríos. Creerá el Sr. Barrios Ríos—el Sr. *Faubourgs de les Rivières*, como traduciría el que tradujo cierto informe de la comisión Exploradora de la República Mexicana—el Sr. Barrios de los Ríos creerá que eso de *charco* es ripio, porque no siendo yo, como no soy, sapo ni rana, no es probable que me entierren ó que me enaguen en un charco. Pero, voy á explicarme: Pienso hacer un viajecito á Chalco en uno de los vaporcitos de agua que se acaban de estrenar con un naufragio. Naturalmente pereceré. Por eso escribo:

Yace el cura en este charco..,.

Porque yo le llamo charco al lago de Texcoco.

Ya sé que los señores Noriega han contratado en León una inundación y han pedido á Londres agua para el lago; pero como no puedo esperarme y por fuerza he de hacer el viaje en estos días, escribo y dejo escrito:

Yace el cura en este *charco*....

Ve, pues, mi honorable amigo Barrios de los Ríos, que no hay ripio ninguno en mi epitafio. Ahora y con la venia de él, sigo hablando con mis oyentes.

¿Pensais, hijos míos, que para un duque es agradable quedarse sin asistir á la nueva opereta que la Theo va á cantar? ¿Hay acaso mujer más mona en toda la redondez del universo? ¿Imaginan ustedes que eso de que le prohiban á uno derramar su sangre en tiempo de paz, aun cuando sea por la nariz, no es la más atroz y cruel de las sentencias?

¡Ah! . . . . ¡Y sabe Dios qué otros tormentos guarda el destino, personificado en el gobierno, porque ese es ahora el único que puede destinar, á esta inocente criatura, á este niño cautivo, á este niño perdido y hallado en París!

¡Y si lo obligan á que copie los poemas de Berson! ¡Y si lo suscriben al *Heraldo!* ¡Y si contratan al tenor Goríbar para que le cante *Lohengrin!*

Elevemos al cielo nuestras preces para que se apiade al fin del pobre mártir y se lo lleve al limbo si es preciso, antes que dejarlo en ese horno de la moderna Babilonia.

El Cura de Jalatlaco.

PLATICAS DOCTRINALES.

LA BATALLA DE SAN JUAN.

Hemos hablado con varios de los prohombres ó caudillos del nuevo partido Iturbidista, del partido de las ganas, y gracias á la astucia y al talento conque supimos interrogarlos—salva sea la modestia—estamos en aptitud de publicar curiosas revelaciones.

El partido Iturbidista apoya un pie en el partido

guadalupano, capitaneado por Don José Joaquín Terrazas; otro pie en el partido clerical, representado, en la prensa, por la *Voz;* otro en el partido Santa-Annista; y el último, en el partido del Sr. Zuloaga.

Esta fusión y concentración de todas las grandes fuerzas nacionales alarmó y con justicia al supremo gobierno. De aquí el martirio impuesto al extraordinario alférez, al osado joven macabeo, que llora hoy en las catacumbas de Santiago.

Estuvimos, pues, amenazados de un muy serio conflicto. Venturosamente un niño de la cuna (de los que no maman y en consecuencia pertenecen al partido de las ganas) delató á sus compañeros. Pintar el terror y la consternación que se apoderaron del muy inteligente Sr. Carpio, director del establecimiento, es tarea superior á nuestras fuerzas. ¡Allí, en el seno de aquells benéfica institución, en los senos de las nodrizas, se había urdido y maquinado aquella infernal conspiración! Naturalmente, las primeras aprehensiones se hicieron en la casa de los niños recogidos, cuna del movimiento revolucionario. La prensa no pudo enterarse de los suplicios inquisitoriales á que fueron condenados los culpables, en razón de que todavía éstos no hablan y por lo tanto no ha sido posible *interwinvarlos.* Pero todavía se le eriza la carballeda.....es decir, la cabellera, al Dr. Carpio, cuando recuerda los sucesos de esa noche memorable.

A los principales autores del motín se les aplicó en todo su rigor la ley de Herodes: la degollación. Los cómplices y comparsas fueron inmediatamente destetados. Y á pesar de los gritos y de los clamores de las víctimas, el Gobernador del Distrito ordenó que á todos les arrancaran los *chupones.*

¡Imaginaos cuántas esperanzas muertas á un solo tajo del destino! Aquellos niños, muy más heróicos que los niños arrojados al horno de Babilonia, pensaban inaugurar su gran revolución, á semejanza del pueblo francés en 89, destruyendo la Bastilla: la Escuela Correccional. En seguida, á echar abajo todos los castillos feudales, todos los templos, todas las fortalezas, todos los grandes bastiones del Antiguo Régimen, ó, lo que es lo mismo, todas las escuelas. Luego, á las jugueterías, á desestancar la riqueza acumulada; luego, á romper los grillos de Titó, de Treviño, Domínguez y demás precoces socialistas; luego, á Tacuba, no para ponerse á las órdenes del Arzobispo, sino para buscar nodrizas más mocetonas y más guapas; y, por último. . . . . ¡al zócalo!

El alférez Iturbide esperaba. La pluma que le había servido en sus mejores batallas, aguardaba envainada, porque esa pluma no puede jamás desenvainarse. ¡Cuán grandiosos proyectos se agitaban en su mente! Convertir en una gran sala de billares el Salón de Embajadores. . . .recortar los retratos de los presidentes que adornan esa misma galería, desprenderles los brazos y las piernas para clavárselos después con alfileres, de manera que pudieran moverse por medio de unas pitas, en el Senado, un gran boliche; y ¡todos los días diez y seis de Septiembre! ¡todos los días 5 de Mayo! ¡todos los días tambores y cornetas! ¡todos los días desfile de las tropas! ¡todas las noches fuegos artificiales! ¡en los teatros, comedias de mágia nada más! ¡y mucho circo! ¡muchos toros!. . . . . ¡la dicha, la felicidad, el porvenir de México!

Hé aquí el movimiento regenerador que habría estallado y vencido el próximo día de San Juan, sin la traidora delación del precoz López de la Cuna!

Hoy nuestro joven soberano yace en la paja húmeda del calabozo......

Donde no llega á su cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Que Sánchez Santos cantará por él.

Está solito...... sólo y á obscuras, según cuentan, con lágrimas en los ojos, las buenas ancianas de la prensa conservadora, las que, de cuando en cuando, van á contarle algunos cuentos.

El Sr. Sánchez Santos no obtendrá ya la cartera que le había ofrecido el Príncipe...... una cartera de piel de Rusia con su espejito, un peine y una navajita. Ya no serán obispos los monaguillos de Catedral y de la Colegiata! Matad el mal humor conque escribe nuestro querido compañero Monaguillo: ¡se le cayó la arquidiócesis de México!

El plan revolucionario, sin embargo, dejó hondas huellas en la sociedad mexicana, es un nuevo elemento de transformación social. Ya los niños de hoy no están lo mismo que antes de la plana...., es decir, del plan del Sr. de Iturbide. Habrá desaparecido el Plan de Palo Blanco; pero este Plan de los Palotes queda en pie.

En las escuelas del Ayuntamiento ya hay cada Mateos que canta el credo. Les ha caído en gracia á los chiquillos la obligación que les impuso, con su vida y ejemplo el alférez Iturbide, de emitir con franqueza su opinión sobre todos los actos del gobierno. Están muy ocupados.

Mi sobrino menor—Mateos ha de decir que es mi hijo, pero no, es mi sobrino—en lugar de copiar como estaba copiando las fábulas de José Rosas, le está escribiendo al Sr. Dublán sus opiniones sobre empréstitos. Yo

le rayo el papel, le corrijo la ortografía, le llevo la mano en los pasos difíciles y le quito con goma los borrones que deja en cada hoja. Mi sobrino es enteramente adverso á las doctrinas económicas de Bulnes y no puede ver á Casasús.... Y digo *mi* y digo *yo*, no obstante haber empleado antes *nos*, porque ahora no hablo como redactor del "Universal;" ni como obispo, puesto que todavía Terrazas no me cumple la empeñada palabra (¡el pobre Terrazas ha empeñado todo, hasta la palabra!) de confiarme una diócesis. No hablo tampoco como emperador Iturbide, sino sencillamente como cura. Y por eso digo *mi*; y por eso digo *yo*.

Pero volviendo á nuestro asunto, por lo antes dicho advertirán ustedes, que el susodicho plan dejó raíces en el seno de la juventud poco estudiosa y en el seno de las nodrizas. Seguimos amenazados aunque lo niegue el Sr. Manterola—padre de todas las escuelas de Tacubaya—de un movimiento revolucionario. Y lo peor que á estos nuevos trastornadores del orden público no podemos decirles:

—¡Váyanse ustedes con dos mil demonios!

En el Infierno no les reciben todavía, porque aun no cumplen la edad prescrita por el reglamento de esa casa de beneficencia. Tenemos, pues, que mandarlos al Limbo, y este no me parece un castigo suficiente.

En la literatura sí ha sido útil la influencia del plan sietemesino. Mateos, con ese asunto, ha escrito un drama titulado: *La Monja Alférez*..... porque á Mateos nadie le quita de la cabeza que este Alférez es la Monja Alférez... así como cree que Don Bernabé Loyola, presidente de la Cámara de diputados, desciende en línea recta de San Ignacio de Loyola.... porque Mateos es-

tá seguro de que San Ignacio de Loyola ha de haber tenido muchos hijos naturales.

Oiremos y diremos. Pero ante todo y para asegurar la tranquilidad pública, será bueno que el gobierno apelara á las mamás.

El Cura de Jalatlaco.

LITERATURA EPISCOPAL

El Ilmo. Señor Montes de Oca, en el mundo de las letras Ipandro Acaico, cantó la siguiente danza habanera en el banquete del palacio arzobispal:

"Desterrado en el suelo britano
¡Oh Pastor! te acogí tierno niño"

¡Un momento.... ! ¿quién era niño: el señor Labastida ó el señor Montes de Oca? Atendiendo á las respectivas edades de ambos prelados, debe entenderse que el niño era este último. Pero si Montes de Oca era niño, entonces ¿por qué estaba desterrado en el suelo britano? Sólo que le aplicaran la ley de Herodes contra los pobres inocentes, porque ni la tiránica ley de Caifás tiene aplicación en el caso. Y otra duda: ¿cómo el niño Montes de Oca acogió al anciano Labastida? ¿Está el mundo al revés ó ya los patos les tiran á las escopetas y los niños recién nacidos les dan de mamar á sus nodrizas?

"Y después mi sencillo cariño
Me condujo hasta Roma en tu pos."

Los que no son académicos y hasta algunos académicos, dicen, comunmente, "en pos de tí." Por esta y

otras razones sospechosas que *en tu pos* debe ser algún vehículo desconocido para nosotros y en el que viajan los niños como el niño Montes de Oca. Y así dice fuí á Roma en *tu pos* como pudo haber dicho fuí á Roma en ferrocarril. . . . ó en coche. A Roma se vá por todo y en todo, hasta en *tu pos.*

"Y en el día que el pueblo el cristiano
Fiel consagra á Lorenzo el levita
Me pusiste la mano bendita
Que me hiciera ministro de Dios."

Motivo de justo júbilo es para nosotros saber, á ciencia cierta, que el día de San Lorenzo es de eterna memoria para México, porque en él recibió el sacramento sacerdotal un niño ilustre, desterrado, mártir y ex-paisano nuestro. Ya conjeturábamos que algo de San Lorenzo había en Ipandro Acaico, por la afición que éste ha manifestado en todo tiempo á las costillas á la parrilla. Pero motivo de alborozo mayor para nuestras almas, es saber que en el propio y memorable día le pusieron una mano al Sr. Montes de Oca; porque esto revela en él una nueva superioridad sobre el común de los mortales: la de tener tres manos, circunstancia que en muchísimos casos puede serle muy útil.

"Ofrecí mi primer sacrificio
Sobre el cuerpo de Ignacio glorioso"

¡Pobre San Ignacio!

"Allí estabas, Pastor bondadoso,
De rodillas al pie del altar."

Bueno.

"Mi cabeza, (sin par beneficio)"

¿Beneficio de quién?

"Con el óleo mojó Pío Nono."

Este verso es malo; pero diremos en disculpa suya que su autor quiso hacerlo *nono* también, es decir, de nueve sílabas, en honor de Pío IX. No pudo y le salió de nueve y media. Esperamos que los endecasílabos que dedique á León XIII, sí le resulten bien, de trece sílabas.

"Allí estabas, en frente del trono
En que quiso á su siervo sentar."

Mire usted, señor Montes de Oca, este ya es mucho cuento.... cualquiera otro se habría enfadado con el señor Labastida! Estaba usted en el *suelo britano*,... y allí estaba el Arzobispo! Estaba usted en Roma ¡y allí estaba el Arzobispo! Le pusieron á usted una mano el día de San Lorenzo.... ¡y allí estaba el Arzobispo! Esta usted sobre el cuerpo de San Ignacio, ofreciendo un sacrificio.... ¡y allí estaba el Arzobispo! Le mojó á usted Pío Nono la cabeza.... ¡y allí estaba el Arzobispo! ¡Carambita! ¡Carambita! No podía usted hacer nada á solas. Y si antes parecía un niño perdido, desterrado y hallado en el templo, ahora se parece usted más al lego de los *Madgyares!*

"A tu lado pisé muchas veces
De las cortes las ricas alfombras."

Eso sí no estuvo malo.

"Muchas veces del bosque en las sombras
Cariñoso tu llanto enjugué."

Esto es tierno; recuerdo algunas escenas de "Pablo y Virginia," de "Atala," etc.; pero ¿qué andaban haciendo por el bosque y de noche dos obispos? Sería por lo que tienen de pastores; pero hasta los pastores se recogen cuando cierra la noche. No; esa fué verdaderamente un imprudencia. Y hasta el recordarla es anti-poético porque nos presenta al Sr. Montes de Oca convertido en pañuelo.

"Hoy que anciano la Víctima ofreces
Tantos años tu amparo y tu guía,
A la tuya uniré la voz mía
Y contigo al altar subiré!"

¡Eso es, que se desquite el Sr. Montes de Oca! Ahora á él le toca pegársele al Arzobispo. ¿Canta el Sr. Arzobispo? ¡Pues canta el Sr. Montes de Oca! ¿Sube al altar? ¡Pues también sube Montes de Oca! ¡Como no vaya á exigirle la mitad de los regalos que le han hecho!

Eso sí: no puede negarse que monseñor cierra sus versos con anillo de oro. Oigan ustedes:

"A aceptar tu bondad no se niegue
Una prenda de dulce esperanza
Y á la par, de antiquísima alianza
Y acendrado cariño filial.
Trasladar á tu dedo te plegue
El que adorna mi dedo, sencillo,
De oro puro, finísimo anillo,
De fe sello, y de amor pastoral."

Esto es lo que tienen de bueno los versos: el anillo. Sería mejor que no fuera *sencillo*; pero en fin es de *oro puro y finísimo*. ¡Algo es algo!

Mas ¡oh sorpresa! ¡oh gratísima sorpresa!

Sigue hablando monseñor:

"De diamantes fulgente corona
En él cerca la imagen sagrada
De la Virgen...."

¡Y esto le parecía *sencillo* á su Ilustrísima! ¡Qué encantadora sencillez!

Insistimos en que lo mejor que tienen los versos, y sobre todo para el Arzobispo, es el anillo!

JUAN LANAS.

¿PARA QUÉ......?

No puede negarse que los mexicanos somos muy dadivosos. *Donamos* mucho, como diría el Padre Solé, con aplauso de su Homero el Lic. Barrios de los Ríos. Nos piden el pie, y damos la mano.

Se le pide al Congreso de Instrucción que consulte los medios eficaces para difundir y uniformar la enseñanza primaria, y tres de los diputados á ese Congreso presentan vastísimo proyecto para la creación de una Universidad.

¡Y qué Universidad!

En ella ha de enseñarse todo lo sabido, todo lo ignorado, todo lo viejo, todo lo nuevo, todo lo pasado, todo lo presente, todo lo futuro.

Con el mayor respeto me opongo á este proyecto.

Estoy contra la libre importación de sabios y estaré contra ella mientras no tengamos un Asilo de Mendigos monumental, como lo exigen las necesidades públi-

cas. Venero, admiro á los que saben Sanscrito, pero me parece que estorban, porque ó viven á expensas del gobierno, ó comen de caridad, ó se mueren.

En materia de Arqueología, por ejemplo, creo que con el Sr. Don Leopoldo Batres ya tenemos bastante. Que no haya más que un Batres: ¿para qué queremos otro?

Hacer más sabios es atentar contra derechos adquiridos. Aquí hay un astrónomo, el Sr. Anguiano; un geólogo, el Sr. Bárcena; un geógrafo, el Sr. García Cubas; un gramático, el Sr. Peña; un economista, el Sr. Bulnes. Y á mi entender, para el trabajo que hay, con ellos basta.

¡No más sabios, porque realmente, ya no caben en el presupuesto!

¿No sería mejor, más práctico y más útil, crear una Universidad de Parteros?

Yo necesito un partero; usted necesita un partero; casi todos necesitamos un partero, y casi ninguno encuentra un buen partero. En cambio, nadie necesita un sabio, ó si lo necesita en el acto lo encuentra.

Producir sabios en latín y tontos en castellano, es empresa antipatriótica.

¡Ya ven ustedes el resultado de las Universidades! En una de ellas, acaso en la de Salamanca, estudió el Padre Solé.... y ya ven ustedes que versos hace! En otra Universidad se graduó el Ilmo. Sr. Montes de Oca, y cada día empeora su señoría.

Y hay que tener en cuenta que la Universidad proyectada para México es todavía más amplia que las extranjeras. En su plan de estudios figuran hasta ciencias nuevas, flamantes, como *verbi gratia*, la pedagogía política. Habrá también un curso de diplomacia. Y con

vivir noventa años y estudiar ocho horas diarias, yo creo que saldrá uno de la Universidad bastante aprovechado. Sólo que al estudiar el último curso, ya se le habrán olvidado al alumno los primeros y se verá en la necesidad de empezar nuevamente, lo que, á los ochenta y cinco ó noventa años de edad, no ha de ser muy agradable.

También observo que los autores del proyecto han hecho odiosas preferencias. Piden que en la Universidad se enseñen las literaturas griega, latina, hebrea, alemana, francesa, española, inglesa, italiana y mexicana. ¿Y por qué no la literatura rusa que tan grande importancia tiene hoy? ¿Por qué no la literatura norte-americana? ¿Por qué no enseñar el japonés ya que se enseña el tarasco?

Ya que se trata de enseñar todo, hay que enseñar hasta la oreja.

Aunque ésta sí creo que la han enseñado los autores del proyecto.

El Cura de Jalatlaco.

PLATICAS DOCTRINALES.

En la muerte del señor Conde de Toreno.

¡Es fuerte cosa que ni aun después de muerto lo dejen á uno descansar!

Se murió el Sr. conde de Toreno en España, y un poeta que, por desgracia está vivo, Don Juan P. de Guzmán, pariente, por parte de la P., de Don Francisco de

P. Sánchez Santos, le enderezó ó le torció el soneto que verán ustedes en seguida:

"Cayó en mi oído la terrible nueva
Como la flecha que en el blanco hiere,"

Bien usada está aquí la palabra *nueva*; porque, en efecto, es nuevo que haya muerto el Sr. conde de Toreno. Eso no pasa dos veces en la vida. Pero el que caiga una noticia como hieren las flechas no lo entiendo. Habría sido mejor decir: "cayó en mi oído la terrible nueva, como pedrada en ojo de boticario." Lo único que me da gusto en el segundo verso del Sr. de Guzmán, es enterarme de que su oído es blanco. Así me gustan las personas: limpias! ¡Orejas blancas y cerillas en la caja para ofrecerlas á los fumadores!

"Y en la opresión que al ánimo sugiere,
Muda la voz ni aun la oración eleva."

Esa "opresión sugerida," es el fenómeno más reciente y más fenomenal del hipnotismo. ¡Ojalá que los sabios lo estudien bien, y ojalá que Dios le vuelva á usted el habla, Sr. de Guzmán, para que rece y le pida perdón á Dios, y le encomiende el alma del difunto, aunque en cambio de esta merced le quite las ganas de escribir en verso ó nos vuelva sordos á nosotros!

"Acerba duda mis afectos prueba..."

¡Miren ustedes qué aficionada á *probar* es esa duda! ¡A probaditas se lo acaba todo! ¡Y es capaz de probar hasta los afectos del Sr de Guzmán....hasta la hiel y vinagre de sus versos! Con razón es *acerba* la infeliz!

"Pues *en lucha crüel* el alma *inquiere*
Si eres tú ó es la patria la que muere,
Cuál vida de las dos la parca lleva."

Pero ¡hombre de Dios! ¿No dijo usted desde el principio que quien había muerto, es decir, quien ha muerto (porque en tales percances no hay habías que valgan) era (aquí tampoco cabe un *es* ¡y pese á la gramática!) el Sr. conde de Toreno? Pues entonces ¿á qué vienen esas dudas, acerbas ó dulces? ¿Por qué entierra usted viva á la desgraciada patria? ¿Es usted español ó torenol?

Ya convenimos en que el muerto es Toreno. ¡Viva España!

En cuanto á la vida que lleve la Parca, si usted la sigue mentando en sus versos, de seguro ha de ser vida de perros.

"Miro del pueblo *todo* conmovido
La pompa funeral que á España asombra
Y se pregunta mi conciencia *aislada:!*"

¿Por qué tiene usted tan aislada á su conciencia, Sr. de Guzmán? ¿Por qué no la lleva usted al teatro y á algunos bailecitos y á que tome el fresco? Aunque sea fea, sáquela usted para que no se pudra, y para que asista al entierro del Sr. Toreno. Y usted no se conmueva todo, conmuévase por partes y deje que el pueblo se conmueva de igual suerte.

"¿Quién muere en tí, Toreno esclarecido?"

Pues ¡quién ha de morir, Sr. de Guzmán! ¡Si ya estamos de acuerdo desde el título del soneto.... ¡Toreno fué el que se murió! No cabe duda: ¡se murió Toreno!

"¿Tu historia limpia? Tu virtud sin sombra?

No, señor, no,—¡y qué terco que está usted!—no se murió la historia limpia, ni la camisa limpia de Toreno,

ni su virtud sin sombra, que, entre paréntesis, es una virtud que se parece al jardín del Zócalo.... ¡el que se murió fué Toreno, señor mío! Y se murió por desgracia ó por soneto de usted.

Aunque ahora caigo en que dicho conde ha de estar vivo todavía, porque dice Guzmán, el malo, el pésimo, el de los sonetos, como en respuesta á las preguntas anteriores:

"¡No: que es la flor de la esperanza amada!"

De modo que no se murió Toreno, ni la patria, ni la historia limpia, ni la virtud sin sombra, sino la flor de la esperanza amada, algo así como la novia á quien afligirá con sonetos el Sr. Guzmán.

Pues ¡tope en eso, y felicito de todo corazón al ex-difunto Conde de Toreno!

El Cura de Jalatlaco.

PLATICAS DOCTRINALES.

Don Francisco O'Reilly ha publicado en Guadalajara un drama que se titula "La Reparación." Está en verso, porque el Sr. O'Reilly no se anda con chicas y hace las cosas completetas.

El drama comienza nada menos que así: Habla Luisa con su mamá y le dice

"Diez y seis años
He cumplido hoy, mamá: pocos, por cierto,
Aunque llenos de amargos desengaños
Cual dijo no sé quién, si vivo ó muerto."

Hay personas desgraciadas, señor O'Reilly, créalo usted.

Véase ahora lo que responde la mamá:

No ha cambiado en mujer mi Doña Luisa
Te veo la mismísima loquilla,
Le instruyó la prudencia muy de prisa
Y me dejó la misma taravilla.
Lo sé, lo sé muy bien, hoy has cumplido
Diez y seis años......"

¡Pues ya lo creo que había de saberlo, señor O'Reilly, como que era su madre!

Sigamos leyendo:

"Cuando el húmedo ojo el llanto vierte...."

¿A qué cosa llama usted *el ojo húmedo*, señor O'Reilly?

"De contenerse en mi presencia harto
Es mi dolor más grande que la muerte
Porque contigo mi dolor no parto."

No le parece á usted que quedaría mejor así:

"Es mi dolor más grande que el del parto?"

La chica se empeña en saber quién es su padre; la mamá contesta que no puede decirlo y en consecuencia se lo dice.

Pero, circunstancia agravante, se lo dice en ciento diez versos endecasílabos.

Francamente, Sr. O'Reilly, ¡siempre no apechugo con la "Reparación!"

Con la primera escena me basta.

Y basta de "Reparación."

Nos debe usted una y muy cumplida.

El Cura de Jalatlaco.

PLATICAS DOCTRINALES.

Se confesó ayer conmigo un diputado que está alarmadísimo porque cree encontrarse en una situación más embrollada que la de Edipo. He aquí lo que dice:

—Yo soy casado y padre de la Patria. De modo que la Patria es mi hija. Pero mi mujer no es madre de la Patria, y como yo no me he casado más que una vez, resulta que la Patria es una hija natural mía. Ya esto es muy grave, excesivamente inmoral, pero peor es lo que sigue. La Patria es mi madre. ¿Quién puede negar que la Patria sea mi madre? Yo le dije en un discurso del 15 de Septiembre: *¡Madre Patria!*

De modo que soy padre de mi madre; hijo de mi hija, y papá del pueblo que antes era mi hermano; y esposo de una adúltera porque la Patria, mi hija, tiene muchos padres, como si fuera una hija por entregas. . . .; y ya no sé cómo explicarme mi familia!

¿Qué viene á ser la Patria de mi hijito Pepe?

Hay probabilidades de que este honorable concripto sea el que represente á su Estado en el Congreso pedagógico. Será bueno que allí lo desengañen de que no tiene hija ó de que no tiene madre.

*
* *

¿Querrá explicarme mi piadoso hermano "El Tiempo" por qué llama á Giordano Bruno, Jordano Bruno? ¿Por qué lo bautiza en el Jordán de sus misericordias?

Y ¿será tan amable que me diga también por qué titula uno de sus editoriales: *Con todo y Crispi.* Ese es barbarismo que hasta plumas tiene. *Con Crispi y todo* se dice.

En mi parroquia á lo menos!

*
* *

Sé de buena tinta que el objeto que se propone D. José Joaquín Terrazas al emprender un viaje á Italia, no es el de conferenciar con su Santidad, sino el de recibir lecciones del Dr. Tanner y de los señores Succi y Merlatti para aprender á no comer.

Deseo que las lecciones le aprovechen, y excito al Sr. Pastor para que organice en el teatro una función á beneficio de Terrazas. Podría representarse el "Mudo por compromiso," el "Excomulgado" de Zorrilla, y "José vendido por sus hermanos." No habría inconveniente en anunciar esta obra con el título siguiente: *José Joaquín vendido por los hermanos Sánchez Santos.*

El Cura de Jalatlaco.

COSAS QUE HACEN FALTA

LA VERGÜENZA

Introducción.

Y dijo el señor Director de *El Universal* á *Junius* que acaba de resucitar:

—Bien está: me has explicado tu viaje por el mundo desconocido, ó, por mejor decir, no me has explicado nada....

—Es verdad, contestó *Junius*, porque me sucedió lo que al Apóstol: "ni el ojo vió, ni...."

—No me interrumpas. Como quiera que sea, has resucitado y por ello me congratulo; pero tu inesperada vuelta acaba de despertar en mí una añeja superstición á la que, muy á mi pesar, he pagado siempre tributo.

—Ah! ya comprendo, el terror por las ánimas en pena...

—No tal, óyeme hasta el fin. Durante tu ausencia, que creí eterna, los redactores de *El Universal* llegaron á doce, un apostolado completo. Ahora vuelves tú, y ya verás, el número *trece*....

—Entonces yo....

—No te adelantes, escucha: sal á la calle y me traes en seguida un redactor más para que desaparezca el número fatal.

—Pero, ¿á quién he de llamar?

—Eso poco importa, á Perico el de los palotes, al primero que encuentres.

Y salió *Junius* á la calle y dió con *Perico el de los Palotes*, es decir, conmigo (que tal es mi nombre, para servir á ustedes), me cogió por una oreja y me llevó ante el Director.

Entre este circunspecto señor y el chispeante malintencionado *Junius*, me entonaron un sermón joco-serio ó serio-cómico, me explicaron la cartilla del periodista, me amonestaron en todos los tonos y acabaron por sentarme frente á una mesa donde había un sinnúmero de libros y papeles en lastimoso desorden, y poner á mi disposición una pluma y varias tiras de papel, á las que dieron el nombre de *cuartillas*, no obstante su ningún parecido con las que circulan en el comercio.

Yo estuve á punto de protestar contra aquel reclutamiento periodístico; pero después de reflexionar un poco, dije para mi sayo: ¿y por qué no he de ser yo periodista? poco favor me haría no creyéndome capaz de. . . . bah! Después de todo, quizás me llame Dios por este camino.

Y me quedé.

Tal es mi historia de *escritor público* ¿verdad que se parece á la de otros muchos?

*
* *

Pero basta de exordio, que, según ha llegado á mis noticias, es pecado literario, y muy grave, el prolongarlo demasiado, sobre todo, cuando en él se permite uno el lujo de hablar de su propia personalidad, y yo me lo he permitido, por lo que pido perdón y ofrezco la enmienda.

Voy, pues, á cumplir con mis obligaciones de periodista: alguna vez ha de ser la primera y, además, por el Jesús comienzan los teólogos. (Si he ascendido hasta escritor público, ¿por qué no he de llegar alguna vez á teólogo).

El señor Director del periódico, cuando le pregunté sobre qué debía escribir, me dijo, entre otras cosas que he tenido la desgracia de olvidar, estas ó semejantes razones: "debe usted meditar atentamente sobre las cosas que le parezca que hacen falta, para proponer que se críen, adopten ó suplan: en ello está interesada la sociedad entera...."

De entonces acá, he visto que son muchas las *cosas que hacen falta* y de varias de ellas me propongo hablar de hoy más á cuantos tengan la humorada de escucharme; pero, si he de decir lo que siento, y lo haré sin ánimo de ofender á nadie, me parece que una de las cosas que más falta hacen en el mundo es

¡la vergüenza!

La vergüenza, sí, y éste será, por lo mismo, el tema de mi perorata ó como quiera cada uno llamarle.

Advertiré, ante todas cosas, que no pretendo entrar en disquisiciones filosóficas sobre la vergüenza. Y no lo pretendo, por dos razones muy claras y conspícuas: primera, porque no sé qué es filosofía, y segunda, porque ignoro qué son disquisiciones. Pudiera agregar otras razones más, pero no quiero profundizar mucho el asunto.

Tampoco sé si la vergüenza es innata en el hombre ó si es obra de la educación, pues sobre esto me parece que hay diversidad de pareceres: unos dicen que es natural y otros que es.... *artificial.*

Lo que sí puedo asegurar es que conozco á muchos que no la tienen ni de una ni de la otra clase, ó, por lo menos, si la tienen lo disimulan demasiado.

Ignoro, por último, si los animales, quiero decir los animales que no son como nosotros, los que se llaman *brutos*, aunque muchas veces. . . . en fin, no sé si esos animalitos son capaces de tener vergüenza; pero sí me parece que en ocasiones demuestran tenerla mejor que muchos *tipos* que yo conozco y de los que quiero entresacar algunos ejemplares para que ustedes me ayuden á juzgar.

Por ejemplo: ustedes conocerán, como yo, á más de un sujeto de esos cuya vida se reduce á comer, pasear y dormir. Los hay también que no pasean, y el programa de su existencia se reduce, por lo mismo, á las otras dos partes. El estado normal de éstos es la inacción; quien vaya á su residencia los encontrará siempre sentados al sol en invierno y á la sombra en el verano, en una inmovilidad absoluta como si estuvieran entregados á la más profunda meditación. ¿Qué hacen? Siguen con la incierta mirada el vuelo caprichoso de una mosca, los anillos que forma el humo del cigarro ó la marcha lenta y uniforme del rayito de sol que penetra por una hendedura y forma en el pavimento un reverbero...

Para ellos ponerse en pie, trasladarse de una silla á otra, pasar de la asistencia al comedor ó del comedor á la recámara, son actos solemnes y trascendentales que hacen época en la historia del dia.

Algunos de ellos tienen sus arcas henchidas de oro y se creen por ello exceptuados de la ley del trabajo; otros nada poseen, pero ni se empeñan en adquirir algo. Se sientan á la mesa cotidianamente sin saber jamás lo que ha costado el pan que en ella se sirve, y así visten,

y fuman, y llenan todas sus necesidades y caprichos sin que les cueste maldito el esfuerzo conseguirlo: otros trabajan por ellos y con eso basta.

Y bien, á esos inútiles sempiternos, á esos vagos y ociosos perennes, sean paseantes ó inamovibles, á esos hombres que muy bien pudieran suprimirse de la escena de la vida sin que á nadie ni para nada hicieran falta, á esos seres que por un error de la naturaleza han venido al mundo cuando debieron quedarse en.... en cualquiera otra parte, á esos.... *ejemplares*, en fin, pregunto: ¿qué les hace falta? la actividad? el estímulo? el criterio?..... No, otra cosa más bien que todo eso: *¡la vergüenza!*......

La niña que se pasa los días en visitas y las noches enteras en bailes y saraos, que se ríe con éste y con aquel galán, que se permite conversaciones libres con el amigo, que no encuentra reparo en andar en la calle con un extraño, que no tiene respetos ni atenciones para sus padres, que trata con demasiada familiaridad á los hombres y que poco ó nada cuida de los asuntos domésticos; opino que anda también un poquito necesitada de vergüenza.

El candil de la calle que bota su dinero con conocidos y conocidas, y jamás lleva el diario á su casa, y sin embargo, se sienta á la mesa y exige selectos platillos y abundantes bebidas, y que no perdona que esté la camisa mal lavada, camisa que nunca compra, lavado que nunca paga.... ¿qué necesita? *¡Tener vergüenza!*

El literato ramplón que se convida á todas las veladas, á todos los banquetes, á todas las fiestas, y en todas partes recita perversos é improvisa brindis desatinados y después asalta las redacciones de los periódicos pidiendo párrafos encomiásticos en que se le declare un

genio; debería preguntar, parodiando al *Marcial* de la *Pasionaria:*

—¿Qué es lo que *no* tengo?

—¡Vergüenza! le contestaría Perico el de los Palotes.

Si á todos esos *tipos* y otros muchos que omito en obsequio de la brevedad, no les hace falta la vergüenza, ¡que venga Dios y lo diga! . . . .

Y basta por hoy, que ya he soltado mucho la lengua contra las prescripciones del Director.

Si por lo que he dicho vendrá alguien á retarme! . .

Punto en boca.

Soy de ustedes afectísimo, S. S.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA

EL DINERO

Poderoso caballero es don dinero.

Quevedo.

Y la prueba es bien clara. Si nó, yo pregunto: ¿Por qué no se ha hecho en tantos años el desagüe del Valle? ¿Por qué no se ha reformado la horrorosa fachada del Palacio Nacional? ¿Por qué la ciudad es punto menos, (por no decir punto más) que un fango? ¿Por qué no tenemos marina? ¿Por qué no tenemos innumerables cosas que nos hacen falta? ¿Por qué no abrimos una Exposición Universal, como lo desea de tan buena fe la Prensa Asociada?

Sencillamente porque no contamos con la valiosa cooperación del *poderoso caballero*.

Es inútil que perdamos el tiempo en buscar razones de otro género, pues no haríamos más que ponernos en el caso de aquel cura á quien preguntaron:

—¿Por qué en este pueblo no repican?

—Por muchas razones, contestó: en primer lugar porque no hay campanas; en segundo....

—Basta, señor, estoy plenamente satisfecho......

....

Quien tiene dineros pinta panderos, dice el refrán, y á fe que me persuade!

Si todos tuviéramos dinero, cada uno haría su santa voluntad, sin ocurrir al favor del vecino. El Sr. Terrazas no hubiera tenido necesidad de colectar donativos para emprender su viaje á Roma; ni Lee-Coock se hubiera tomado nunca el trabajo de inventar noticias; ni Zúñiga y Miranda el de pronosticar horrorosas catástrofes; ni Pastor, el de traer de allende los mares un museo de ancianas suripantas; ni Juvenal, el de escribir una colección de charlas, capaz de formar una obra tan voluminosa como la Historia Universal de César Cantú; ni el Sr. D. Lázaro Pavía, el de fundar *Los Estados*; ni el director de *La Política*, el de devanarse los sesos, inventando cada día un nuevo proyecto de edificio para la supuesta exposición de 1892; ni el Sr. Moncayo el de crear un *Padre Padilla* que dió con él en Belem, y así sucesivamente....

* * *

Pero para poner de relieve la verdad que encierra el epígrafe de este mi artículo dominguero, y tal debe ser mi programa, fuerza es presentar en parangón á los

ricos y los pobres, siquiera sea en tosco y descolorido boceto.

Los primeros se presentan con todo su gran aparato de palacios, quintas, jardines, carruajes, lacayos y valiosísimas joyas; todo lo que seduce, lo que deslumbra, lo que habla á la imaginación y á los sentidos, lo que proporciona cuantas comodidades pueden apetecerse, lo que acorta las distancias, supera los obstáculos y subyuga las voluntades.

Para ellos todas las puertas están francas, los brazos abiertos, los labios sonrientes y las miradas halagüeñas.

Los hombres los envidian, los ensalzan y les tributan admiración y respeto. Las mujeres... ¡oh! las mujeres son muy benignas, tienen una alma muy sensible: su corazón es un relicario que abre muy fácilmente quien tiene en sus manos una llave misteriosa formada de oro y de brillantes!...

Poco importa el origen de las riquezas, porque al fin y al cabo á la sociedad no le toca juzgar de las conciencias.... ¿Que tal fortuna se formó por medio del agio? no importa, es fortuna que mucho vale y mucho significa: hay que respetarla. ¿Don Fulano se hizo millonario robando á mansalva los tesoros públicos? podrá ser, pero es millonario. ¿Tal personaje ejerce un comercio de mala fe en el que estafa al consumidor? eso no está probado, podrán ser calumnias mezquinas. ¿Que tal otro arruinó á la viuda y á los huérfanos que le confiaron sus intereses? alguna recompensa había de corresponderle por su trabajo. ¿Que este hacendado ha enriquecido robando el jornal á los infelices labriegos que trabajan en su heredad del día á la noche? quién sabe! lo cierto es que levanta anualmente cosechas fabulosas. ¿Que aquel opulento capitalista debía estar en un presidio por pla-

giario? no hablemos de eso, hay que callar porque se trata de una persona de la más alta posición social.

Todos ellos son generalmente considerados, forman el núcleo ó la crema de la aristocracia. Gozan de altísima influencia; pueden hacer, con sólo quererlo, cuanto entra en el orden de las posibilidades humanas. Se les concede á porfía, sin que lo pretendan, toda suerte de honores, empleos, comisiones honoríficas y productivas en grande escala. Se abren sus salones, y todos se disputan el derecho de entrar los primeros; van á los paseos ó á los teatros, y se tienen por felices los que reciben de ellos un cariñoso saludo.

El mundo les sonríe, las flores guardan para ellos sus más exquisitos aromas, y las aves sus más dulces notas.

Tornan, si les place, el invierno en primavera, la noche en día, las montañas en llanuras, los páramos en verjeles, y los polos en trópicos. . . . .

Para los grandes ricos no hay imposibles; pueden llegar á la altura que se propongan y adquirir los cargos y los títulos que les plazca: pueden ser nobles de la más pura nobleza, académicos, magistrados, diplomáticos, ministros, cardenales y pontífices.

Y sabios también, pues no habrá facultad ó corporación que les niegue la borla de doctor en cualquiera ciencia.

Y también genios, pagando al que lo sea, porque escriba ó ejecute una gran obra literaria ó artística, y asumiendo la gloria producto de su dinero. . . . .

* * *

Conque ya lo veis: los ricos son todo y todo lo pueden. Por eso muchos, para llegar á serlo, no omiten medio ni artificio alguno, cualquiera que sea su naturaleza.

¿Hay que ir en busca de las concesiones, los empleos, los buenos negocios y de todo lo que produzca dinero? pues bien, se irá, y no hay que pensar en la licitud de los medios adecuados para conseguirlo.

¿Hay que contar con la protección de los altos funcionarios? se conquistará. ¿Cómo? por medio de obsequios, de caravanas y de lisonjas. Se estudiará al personaje, se tomará nota de su carácter, de sus costumbres y sus inclinaciones; se le acompañará á todas partes, se darán banquetes y saraos en su obsequio, se pronunciarán calurosos brindis y discursos encomiásticos de sus virtudes, se le postulará para elevados puestos, se fundarán periódicos que sostengan su candidatura, se publicará profusamente su retrato y biografía, se viajará con él cuando lo haga ó se le saldrá al encuentro á su regreso; si es dado á los versos, se le declarará gran poeta; si á la pintura, gran artista; si á las armas, hombre invencible; si al vino, persona de buen humor; si al juego, niño mimado de la fortuna; y si al amor . . . . qué diantre! poco importa sacrificar algo de la honra de la familia. . . . en cambio la recompensa será de todos envidiada! . . . .

. . . .

Pero no divagaré: he dicho algo de los ricos; y voy á hablar de los pobres.

A aquéllos los conozco de oídas y apenas si de vista: á éstos los trato íntimamente, los tengo cerca de mí, estoy identificado con ellos.

No hablaré, sin embargo, de los cinco millones de indígenas que viven sumergidos en la miseria más lastimosa; ni es mi ánimo abordar los difíciles problemas del pauperismo y del salario: dejo lo primero en manos del ilustrado autor de los *Ensayos sobre estudios sociales*,

y cedo la palabra para lo segundo á los que cultivan con provecho la ciencia económico-política.

Mi tarea va á reducirse á límites más estrechos, pues sólo me propongo delinear, aunque sea rápida é imperfectamente, los rasgos más característicos de algunos *pobres* que conozco en fuerza de tratarlos diariamente.

Comenzaré por aquél que parece haber nacido para plantear grandes negocios y acometer grandes empresas.

Es vivaz, inquieto y nervioso; revela en su aspecto una febril actividad; brilla en sus ojos el entusiasmo juvenil, llevado hasta el atrevimiento y la audacia. Para él las dificultades no existen; sólo una cosa le exaspera: el imposible.

Es de los que afirman que el hombre no tiene derecho de descansar. Y él no descansa; pasa los días y las noches forjando planes y estudiando la manera de desarrollarlos. Un nuevo día es para él un nuevo proyecto: podía medir los instantes por las ideas. Siente que hay algo grande en su cerebro: un semillero, un nido de gérmenes innumerables que pugnan por desarrollarse y tomar forma.

Y bien, ese hombre que debía vivir en la República del Norte, y estar al frente de grandes negociaciones, es desdichado. ¿Qué le falta? dinero! dinero para convertirse en empresario, para poner por obra sus ideales, para dar aplicación á su actividad infatigable: es desdichado porque es pobre.

Y paso rápidamente á otros *ejemplares*.

Ahí está aquel poeta, aquel soñador, aquel hombre de imaginación brillante que hace versos muy lindos y escribe novelas que hacen llorar de ternura.

Todo podrá ser; pero sus versos y novelas no le producen lo que una mesa á un carpintero....

Está condenado á vivir eternamente pobre, supuesto que es poeta; pero como su carácter es suave y benigno, se conforma con poco, no repara en que su levita está raída, y se tiene por dichoso cuando saborea una taza de café y contempla los anillos de humo que ascienden lentamente al desprenderse de su tabaco.

Con salir al campo á admirar la naturaleza, tiene lo suficiente: este *pobre* es de los menos desdichados.

Más allá está aquel hombre lleno de erudición y de mundo; ha viajado, visto, estudiado y comprendido mucho. Es el tipo de los hombres útiles; y sin embargo... le sorprende una enfermedad, y tiene que encerrarse en un humilde cuarto desmantelado, triste y frío, adonde penetran los vientos y la lluvia. Está solo, no tiene familia, ni puede formársela porque es pobre...

Por diversos modos se sufre cuando se carece de los elementos pecuniarios. Conozco á un joven chispeante, alegre y vivaz; que es el mismo regocijo y que parece haber nacido para ser feliz y hacer felices á los que lo rodean, con sus sales oportunas y bellísimo carácter; pero le falta el dinero que da la independencia y las comodidades, y vive, por tanto, lleno de contrariedades Su *medio ambiente* debieran ser los placeres, el lujo, el campo y los salones, la libertad y la magnificencia.

Obligado á vivir pobremente de su trabajo personal, es una mariposa atada, una luciérnaga aprisionada en el tocado de una dama: brilla, pero siente morirse lentamente.

Cerca de mí han estado otros dos jóvenes prudentes y reservados, que tienen de común el vivir lejos de su

familia, por obligarlos á tanto su situación pecuniaria: viven entregados á penosos trabajos, y se revela en su semblante la tristeza que llevan en su alma. Tal vez carecen de mil cosas necesarias; tal vez serían felices con lo que un rico gasta en un solo día, en un sólo instante, en cosas por demás superfluas y deleznables.

Pero los ricos que invierten sumas fabulosas en contentar un vano capricho, no son capaces de hacer el más pequeño esfuerzo por remediar las necesidades de un desvalido.

Darán una onza por una flor que estará marchita pocos momentos después; pesarán en oro á quien les devuelva el perro que se había extraviado; pero el anciano, la viuda ó el huérfano que se acerquen á pedirles un socorro, serán despedidos por ellos con enfado.

Conozco, por último, á algún otro que está por ahí, serio, mudo y huraño, sentado junto á la mesa del trabajo, que no quisiera abandonar jamás, por temor de que le llamen holgazán.

Habla pocas palabras y desearía no tener que articular ninguna. La algazara, el bullicio y la alegría de los otros, le hacen daño.

Huye de la sociedad, antes que ésta huya de él: se siente condenado al aislamiento, y se resigna.

Lleva en su propia constitución, en su propio carácter, la causa determinante de sus sufrimientos y de su desgracia. Podría creérsele un misántropo, y sin embargo, sufre por las desgracias ajenas, como por las propias.

Su vida ha sido una cadena de sufrimientos físicos y morales. Vive pensando y sintiendo: ni su cerebro ni su corazón descansan jamás. Sus sentimientos y sus pasiones son reconcentrados y terribles; producen conmo-

ciones interiores que alguna vez estallan como erupciones volcánicas.

Su mayor delito ha consistido en amar con frenesí, con locura, con delirio; pero no tiene derecho de amar, porque es pobre. El rico manda, y el pobre sufre humillaciones, burlas y desprecios.

En sus negras noches de tribulación y de insomnio, ha oído los ecos de las fiestas en que la mujer amada se entregaba al regocijo y recorría los salones en vertiginoso vals, en brazos de otro hombre; ecos que llegaban hasta su miserable tugurio, para insultarle, desgarrarle el corazón con implacable furia, abofetearle, escupirle á la cara, y prorrumpir después en irónica carcajada....

Y no tiene desahogos ni consuelos; pasa las lentas horas de su amarga existencia, víctima del desaliento, cuando no de la desesperación. Su salud se va minando lentamente; su cerebro está fatigado, aniquilado casi, y su corazón adolorido y sangrado.

Tiene aspiraciones que él juzga nobles y legítimas; pero la razón le dice que debe sofocarlas, comprimirlas, matarlas para siempre. Su voluntad y perseverancia para el trabajo son inquebrantables; y sin embargo, no puede llevar á su familia cuanto ha menester..... Y tiene que callar y manifestarse sereno, porque hay sentimientos en el corazón del hombre que no deben asomar á la cara, y lágrimas que no tienen derecho de brotar á los párpados...!

¡Y no poder arrancarse el corazón á pedazos!

Alguna vez la idea del suicidio ha penetrado como rayo de luz en los obscuros antros de su conciencia; pero... no puede ser; no se pertenece: es el único sostén de su anciana madre!

¡Desdichado mortal á quien el cielo no ha concedido ni siquiera el descanso de la tumba............

***

Pero.... ¡qué torpe soy! He acabado por dar colorido de tragedia á lo que no debió ser sino sainete!

Olvidaba que á los escritores de literatura dominguera nos sucede lo que á los *clowns*: se presentan á veces en el circo con el alma rebosando amargura, y sin embargo, tienen que hacer reir al público....!

Pido perdón y prometo la enmienda.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA.

LA MEMORIA.

Bueno será advertir ante todas cosas, para que los lectores no se alarmen al leer el epígrafe que acabo de trazar, que no es mi ánimo escribir *una serie* de artículos sobre LA MEMORIA.

Quien tal hubiere creído, absuélvame desde luego de tamaño pecado; pues si bien es verdad que en mi charla del domingo anterior, me propuse hablar del tema que, si Dios quiere, lo va á ser de la presente; también lo es que al poner punto á aquella, advertí con gran sorpresa que había hablado de *memoria*, pero no *de la memoria*; así que para enmendar la plana, *tomo hoy la pluma* (frase sacramental) para demostrar que la me-

moria es una de las cosas que hacen falta. Digo, si es que no se me olvida demostrarlo.

Y después de todo, eso de escribir series de artículos sobre tal ó tal asunto, es cosa que tiene cuenta, porque á la postre se coleccionan los artículos, se hace de ellos una edición especial y, andando el tiempo, puede el articulista agregar á los demás títulos que posea, y que por supuesto nunca faltan, el muy rumboso de *autor de varias obras*, después del cual no dejará de escribir unas dos ó tres etcéteras.

Así, por ejemplo, sé de un amigo mío que va á dar á la estampa, con todo el lujo posible, una serie de doscientos y tantos editoriales que escribió en cierto diario político, sobre la "necesidad de poner un correctivo á los abusos que cometen los cocheros"......

Pero no quiero divagarme, que me pudiera suceder lo del domingo anterior, y eso sí que sería imperdonable.



Supongamos que ha dado á usted una cita su prometida, para las diez de la noche *en punto*, y que por estar jugando carambola en Iturbide ó tomando helados en la Concordia en sabrosa charla con sus amigos, se olvida usted de todo, inclusive su adorado tormento; se pasa la hora fijada, otra más, y por fin repara usted (lo digo en el mejor sentido de la palabra: conste) en su olvido, y exclama:

—Santo Dios! y María que estará esperándome desde hace una hora. ¡Qué memoria la mía! . . . .

Las últimas palabras coinciden con una palmada en la frente, dada como con el deseo de castigar á la perezosa memoria que, según dicen habita por aquella re-

gión; tira usted el taco ó aparta el platillo de la *carlota*, se despide de sus compañeros con un "hasta luego" automático, y se saldría bruscamente sin pagar lo que debe, cosa muy natural en un desmemoriado, á no ser porque el mozo es bastante cortés para salirle al encuentro y advertirle de su olvido.

Se encamina usted á la casa de su dueño adorada, pasa varias veces por la acera, tose y vuelve á toser con toda la fuerza de sus pulmones, y nada.... la ventana permanece obstinadamente cerrada, no se advierte luz por las hendeduras, reina en el interior el silencio más profundo......

El día siguiente va usted, y lo mismo; toma informes con la criada y ésta le dice que la niña está muy mala, que toda la noche estuvo llorando, que amaneció pálida, con ojeras y desganada, y, por último, que la señora grande le entonó un sermón en éstos ó semejantes términos:

—¿Ya lo ves? ¿no te decía yo que ese hombre se estaba burlando de tí y que á lo mejor te había de dejar con un palmo de nariz? Tú nunca quieres hacer aprecio de mis consejos, y así te ha de ir...... ¡Dios no lo quiera, pero ya verás!

Poco después recibe usted una carta de la respetable señora su presunta suegra, en la que le pone como chupa de dómine y acaba por amonestarle que si no se casa pronto con su hija, lo avisará al papá de la niña, que es muy delicado, para que haga uso de sus derechos de padre.................................

....

Conque, vuelva usted á olvidarse de las citas amorosas, y ya tendrá para rato con las consecuencias.

*
* *

Otro caso:

Un desdichado mortal se ha visto en la dura necesidad de enviar al Nacional Monte de Piedad (*necesidad, Piedad*; ya estoy aprendiendo á hacer versos, y ésto es un mal síntoma), ó, lo que es cincuenta veces peor, á la casa de un prestamista *sin piedad*, varias prendas en el orden siguiente: primero, el solitario que sirve indistintamente para colocarse en un anillo ó en el fistol de la corbata; después la caja de pistolas, porque al fin y al cabo no se está uno batiendo todos los días, aunque en estos buenos tiempos....... punto en boca; en seguida los aretes y el prendedor de la señora, para lo cual hay que decirle que van á llevarse á la casa del joyero con el objeto de que los reforme con arreglo á las prescripciones de la moda; pasados algunos días, marcha por el mismo camino el reloj de bolsa y luego el de la sala, para que los componga el relojero por supuesto; después desfilan sucesivamente el piano, la máquina de coser; los libros, etc., etc., hasta llegar al sobretodo.

Y bien, pasa un mes y otro mes, y como la memoria es tan frágil, no se acuerda nuestro hombre de refrendar á tiempo las boletas de empeño, y cuando se presenta á hacerlo, le exigen que pague los réditos de los réditos de los réditos, con más los derechos de valúo, y además el cinco por ciento de no sé qué, y el veinticinco de no sé cuándo. Esto, si no le contestan que la prenda se ha rematado ya, prenda que será tal vez el anillo que le regaló su esposa cuando eran novios . . .

Pero doblemos esta hoja, que el asunto es demasiado triste para quien tiene dolorosa experiencia personal . . .

*
* *

La costumbre, tan generalizada hoy, de pronunciar discursos y brindis improvisados, reclama grandes esfuerzos de memoria. De memoria, sí, porque naturalmente esos brindis y discursos se componen y escriben por lo menos ocho días antes, con el objeto de poder improvisarlos en el momento oportuno, lo cual no puede negarse que demuestra mucha previsión.

Y ¡ay de aquél que tenga la desgracia de perder á lo mejor el hilo de su peroración! Comerá camote, como dice el vulgo, toserá, se llevará el pañuelo á la frente para limpiarse el sudor y sosegar su agitación, y tomará el cielo con las manos; pero nada de esto podrá impedir que el auditorio comprenda lo que pasa y todos se sonrían maliciosamente!

En la tribuna sagrada hay más recursos para salir del paso en semejantes apuros, porque en el momento en que la memoria comience á ser infiel, como lo son todas las mujeres (excepto las que no lo son), puede hacer una pausa el orador, volverá la espalda á sus oyentes, (cosa que sólo á ese género de oradores es permitida), so pretexto de *lubrificar* la garganta con un trago de vino, tomará el vaso de sobre el platillo que le presenta el acólito, se bajará luego de manera que lo cubra por entero el púlpito, y así podrá sacar de entre los pliegues de la sotana el borrador del sermón, para recordar el pasaje interrumpido y seguir conmoviendo á sus oyentes.

Pero aun tratándose de homilías, es fatalidad perder la memoria de lo que se tenía pensado decir, sobre todo si esa facultad nos abandona, quiero decir, aban-

dona á los señores eclesiásticos en el momento histórico en que, con arreglo á su plan oratorio, debieran hacer llorar á los fieles "hermanos míos". . . . .

*
* *

Todos los comediantes, inclusive los del kilómetro, harían seguramente lo que la Compañía Emanuel, es decir, representarían sin apunte, siempre que no les hiciera falta la *memoria*. . . . . . . aunque, á decir verdad, pienso que en el mismo caso se encuentran con relación á las demás potencias del alma: el *entendimiento* y la *voluntad.*

Los chicos de las escuelas no recibirían tantos palmetazos y coscorrones, de conformidad con la máxima: "la letra con sangre, etc.", que por más que se juzgue anticuada, está en pleno vigor en casi todas nuestras escuelas; no les sucedería tal cosa, repito, si en el momento de dar la lección no los desampara la memoria.

En una palabra, si esta falible facultad, en vez de veleidosa, flaca é ingrata, fuera constante, robusta y fiel, disminuirían por ese mismo hecho, en un cincuenta por ciento lo menos, las barbaridades en que incurre la especie humana y los contratiempos que la afligen. De ese modo no se hubiera olvidado Edisson de su mujer en la noche misma de sus bodas; el *Chalequero*, de los mandamientos quinto y . . . . . . siguiente; los Sres. Agüeros, Díaz de la Vega y otros, de que existe la *psicología*; Lee-Cook, de que todo llega á saberse, ó sea de que "para mentir y comer pescado, se necesita....... etc."; el Ayuntamiento, de que tiene deberes que cumplir; los deudores crónicos, de que aun existen sobre la tierra los hijos de la nebulosa Albión; ni el Sr. Terrazas, de aquel prolo-

quio popular: "no te pongas con los poderosos, porque pierdes á medias...... etc."; ni un servidor de ustedes, de que debió poner punto á este artículo muchos años há, tal vez antes de comenzarlo......

PERICO EL DE LOS PALOTES.

EL SENTIDO COMUN

Sin ponerme en contingencia de faltar á la verdad, puedo asegurar, bajo palabra de honor, que todos y cada uno de mis lectores habrán sufrido más de una vez la contrariedad que se experimenta cuando estamos entusiasmados disertando sobre tal ó cual asunto que nos agrada ó interesa, y repentinamente se levanta nuestro interlocutor, se despide y se marcha indiferente dejándonos con la palabra en la boca, que es decir con un palmo de nariz....

Pues bien, esa misma contrariedad sentí la semana anterior cuando, al estar escribiendo sobre la *vergüenza*, quiero decir, acerca de ella, llegó el señor Director de *El Universal* y me dijo secamente:

—Basta ya; el artículo de usted hace más de una columna y el público no gusta de artículos *kilométricos*.

Kilométricos.... Confieso que no me hizo gracia el calificativo; porque decir kilométricos vale decir *del kilómetro*, y me parece que artículos del kilómetro corre parejas con *artículos de la legua*.... y esto sí que es demasiado grave.

No sé hasta qué punto mi modo de discurrir será

comparable al de aquel famoso *deduccionista* á quien saludaron una ocasión:

—"Adiós, amigo mío!"

Y quedóse pensando: *amigo mío!*... si yo no soy su amigo... *Miau!* dice el gato, el gato se come al ratón, el ratón se come el queso, el queso es de leche, la leche de vaca, y la vaca tiene cuernos: luego este prójimo me quiso decir... ¡qué horror!...

Y se llevó las manos á la cabeza....

Pero, sea como fuere, ello fué que sentí, vuelvo á decirlo, una gran contrariedad cuando me cortaron tan intempestivamente mi artículo, bien así como se corta una hebra de hilo de un solo tijeretazo, ó como cuentan que lo hace la biliosa Parca con el hilo de la existencia humana, por medio de su feroz guadaña (la de la Parca se entiende).

Y me puede que así haya sido porque nada alcancé á decir de los periodistas que viven de socaliña, de los no periodistas que fingen tener el carácter de táles para que se les conceda paso franco en las diversiones públicas y gozar algunos otros beneficios, de los aspirantes obcecados que reclaman para sí empleos y comisiones que no sean capaces de desempeñar, de los empleados que cobran puntualmente su sueldo y pasan la vida en eterna holganza, de los idem que, sin tener bienes propios, ganan como uno y gastan como cien, y compran casas, y no tienen embarazo en lucir por todas partes los brillantes, los carruajes y los soberbios troncos; de los maridos que al ascender por el empinado Calvario de la vida matrimonial, no rehusan los auxilios de un Cirineo, de los... en fin, de todos los demás sujetos á quienes fué negado el don de la vergüenza, ó que, si

no les fué negado, ellos lo rechazaron como pesada y estorbosa carga.

No pude hincar en ellos los dientes de mi pluma; pero ¡qué vamos á hacer! fuerza es cambiar de tema, y para hoy me ha gustado éste: EL SENTIDO COMÚN.

Me gusta, sí, aunque es un individuo á quien conozco muy de lejos y apenas si le he saludado.

Pero como en ese mismo caso se encuentran muchos ciudadanos á quienes conozco muy de cerca, y no profeso el principio de *mal de muchos... consuelo de...* etc., me da risa el empeño que se muestra en hacer creer que el tal sentido es *común*, cuando, bien visto, es el más raro de los sentidos.

Si fuera común opino que en todas partes le encontraríamos, y, lejos de esto, creo que en cualquiera podemos notar su ausencia.

Hagamos la prueba.

¿Dónde quieren ustedes que le busquemos?

"¿A dó iremos á buscallo?"

El que quiera ir á donde yo, ármese de paciencia y sígame.

Desde luego pasaremos á la imprenta, pues desde que soy *periodista,* cosa que todavía no me resuelvo á creer, tengo costumbre de hacer frecuentes visitas al establecimiento tipográfico de *El Universal.*

Pasen ustedes por aquí y tomen asiento.

No tengo inconveniente en mostrarles estas *pruebas* que fueron corregidas hace algún tiempo y han quedado archivadas: aquí podemos encontrar muchas lindezas.

Por ejemplo, vean ustedes ésta: un compañero mío escribió:

"El soldado debe *empuñar* la espada en defensa de las autoridades"... y el *cajista* puso:

"El soldado debe *empeñar* la espada"...

En esta otra prueba se lee en la corrección: *en casa del curial*... y el tipógrafo había *parado*: *en la casa de cuna*; y más adelante vean ustedes: *Montalayo* por *Moncayo*; gorro *frígido*, por gorro *frigio*; *interregno* por *integérrimo*; *pantoja* por *paradoja*; poner en *patagón*, por poner en *parangón*; *un terreno*, por *interno*; *revolver* el problema por *resolver* el problema; *se salió de la tangente*, en vez de *se salió por la tangente; el chato Persa*, por el *Shah de Persia*....

Y de seguro que jamás acabaría si me propusiera pasar revista á todas las erratas de los señores tipógrafos, muchísimas de las cuales han aparecido en el periódico, sin que nadie lo haya podido evitar.

No ha muchos días mi querido colega Pepe Prieto tuvo el capricho de declarar *urbi et orbi* que no era "indiferente á los mágicos encantos de la *poesía*," y un aprendiz de cajista le hizo decir que no era indiferente *á los mágicos encantos de la* POLICÍA.

Pepe preguntó entonces al rapaz, con la chispa que le es genial:

—¿Dónde tienes tú el sentido común?

—Aguarde usted, voy á preguntar, contestó el chico, y salió corriendo sin reparar en la hilaridad que nos había producido su respuesta.

Al cabo de algunos minutos volvió diciendo:

—Señor, no parece; seguramente lo tendrá en su escritorio el corrector, pero se ha llevado la llave.....

....

Y advierto que el hecho es histórico.

Conque, por lo visto, no será en las imprentas donde más sobrado ande el sentido común: busquémoslo en otra parte.

Iremos por calles, plazas y paseos: quizá guste de exhibirse en lugares públicos...

Fijemos nuestras miradas en los transeuntes por si descubrimos quién le lleva consigo.

Examinemos á aquel *lagartijo* que, como todos sus congéneres, pasa los días enteros y verdaderos parado en actitud cómica en la esquina del pretendido *boulevard*; que usa zapato bajo de charol, calcetines *visibles* de color chillante, pantalón alto y ajustado; que á duras penas alcanza á asomar la cabeza allá... en la parte superior del tubo rígido é inflexible que forma el cuello de la reluciente camisa; que se somete á un apremiante corsé para lucir un talle esbelto; que baja el blondo pelo sobre la blanca frente formando artístico *toupet*, como para competir en encantos con el bello sexo; que usa lentes que no ha menester, por someterse á la ingente necesidad de ser miope; y, por último, que recibe como cariñosos aplausos y testimonios de admiración, las sonrisas burlonas de los transeuntes que le miran con tenaz curiosidad: y díganme ustedes con toda franqueza ¿será este sujeto el dichoso poseedor del *sentido común?*

¿O lo será aquella anciana apergaminada que viene por ahí con el frontispicio más deteriorado que la fachada del Palacio Nacional, pero llena de flores y perifollos más que un escaparate de taller de modas?...

¿O tomaremos como la personificación del *sentido común* á aquel *fuereño* barrigudo, vestido estrambóticamente, que camina con ojos de espantado y con la boca abierta?

No; decididamente tendremos que continuar nuestras pesquisas en otro lugar.

Pero,

"¿A dó iremos á buscallo?"

¿Estará en el teatro? ¿Será por ventura el comediante que aturde á la concurrencia con gritos desaforados, que lo dice todo en el mismo tono y que mientras más se desgañita cree acercarse más á la perfección artística? (No lo digo por... nadie).

¿Será aquel *barba* que por decir:

—"Señor, muerto está! ¡Tarde llegamos!" vociferó:

—"Señor muerto, esta tarde llegamos"...?

¿Será la actriz lacrimosa que no puede decir "Buenos días," sin hacer antes un *puchero* y llevarse el pañuelo á los afligidos ojos? (Tampoco es alusión. Conste).

¿Serán, por último, aquellos espectadores que ríen á mandíbula batiente y aplauden con frenesí cuando el estúpido criado dice una sandez, y rocan á más y mejor en las situaciones dramáticas?

¿Será?... Pero no; salgamos del teatro, que esto no ofrece espectativa.

¿Sentido común, será verdad que estás en todas partes?

¿Estarás en los Ayuntamientos que apagan el alumbrado, secan las fuentes, enfangan las calles, destruyen los paseos y ponen lápidas conmemorativas de sus altos hechos?

¿Estarás en las Cámaras legislativas en que se habla de Ejecutivos que tienen suegros y suegras?

... Pero ¡chitón! que en tratándose de *poderes* y autoridades, no quiero habérmelas ni con el último Jefe político, ni con el más humilde Alcalde.

Y eso que tratándose de Alcaldes y de sentido común basta reunir las dos ideas para tener á la vista la antítesis más perfecta.

Si no fueran tan conocidas y populares las anécdotas que se atribuyen al Alcalde de Lagos, vendría muy

á cuento referir aquí algunas de ellas en comprobación de mi aserto.

Por supuesto que no quiero referirme á mi compadre *El Alcalde de Lagos* (porque es mi compadre) que ha publicado varios artículos en *El Universal,* y que ahora permanece mudo y taciturno, ni más ni menos que si tuviera miedo á los lances personales, hoy tan en boga......

¿Conque, señores, ¿dónde está por fin el utensilio que buscamos? ¿Dónde lo venden?

Ah! pero esto me recuerda una verídica historia con la cual voy á poner punto á mi ya larga habladuría.

Fué el caso que un hacendado, muy rico pero muy bruto, (dicho sea sin ofender á nadie) mandó á un hijo suyo á la ciudad para que *se lo hicieran Licenciau* en el mejor Colegio de ella.

Es de advertir que el joven no desmentía el proloquio: *de tal tronco, tal....* etc.

Y sucedió que al cabo de algunos meses el padrino del apreciable estudiante escribió al padre de éste diciéndole que mandara por su hijo porque decididamente estaba mejor para la yunta que para el estudio.

Vino entonces el hacendado á la ciudad muy cargado de razones, y habló de esta suerte al padrino del mancebo:

—Compadre, yo *quero* que *mijo* sea *Licenciau* por bien ó por la *juerza*: dígame qué le falta *pa* poderlo ser.

—Francamente, compadre, mi ahijado no tiene ni sentido común....

—*Pos* si en eso *topa*, no hay *cuidao;* le encargaremos uno á *Uropa ú* los *Estáos Uníos*, y cueste lo que costare......

—Ay! compadre: si el sentido común se vendiera en alguna parte, yo encargaría dos: uno para su hijo y otro para usted.................................
....

Perico el de los Palotes.

COSAS QUE HACEN FALTA

EL LATIN

Pulcherrima et docta lingua.
Cicerón.

Ah! señores cajistas! Ya me figuro lo que vais á hacer de este mi pobre artículo....

Si cuando no hay en los originales palabras extranjeras, los dejais que dan lástima una vez puestos en letras de molde, ¿qué sucederá hoy, que por uno de tantos descarríos me ha venido á las mientes la tenaz idea de *saturar* de latinajos una docena y media más de cuartillas?

Os entrego mi obra: haced de ella lo que gusteis; pero os advierto que no he de leerla impresa, porque no quiero proporcionaros el feroz placer de gozaros en mi desesperación.

Haré lo que los malos tiradores: después de apuntar, cierran los ojos, disparan y... dé donde diere.

También yo cerraré los ojos para no leer las blasfemias que de seguro pondreis en mi boca.

Esta advertencia previa me salva, dicho sea para *inter nos* (y conste que ya empiezo á latinear); porque de-

bido á ella todas las faltas que cometa al escribir, caerán sobre vosotros, pues no habrá lector que no crea que sois los autores de ellas.

Ah! pícaros! No hace uno tantas al año . . .

*
* *

Verdad es que tenemos en castellano gran abundancia de palabras, frases y giros para expresar cuanto buenamente queramos; cierto también que los señores puristas ponen el grito en el cielo cuando de introducir voces á locuciones extranjeras se trata; pero esto no impide que sea muy de buen tono emplear siempre que venga á cuento (y algunas veces aunque no venga;) la mayor suma de enérgicas expresiones tomadas de la *pulcra y docta lengua* de los Sénecas y Horacios.

Tan cierto es esto, que yo no me explico cómo pudiera hacerse notable una novela cualquiera, sin el requisito indispensable de que por lo menos dos ó tres de los nombres de sus capítulos sean latinos. Ni menos puedo admitir que un sermón sin textos también latinos, sea capaz de obrar la conversión de un pecador. Me fundo para aseverar esto último, en que de modo práctico he visto comprobado el siguiente teorema, sobre el que me tomo la libertad de llamar fuertemente la atención de los oradores sagrados, por lo que pueda importarles en el ejercicio de su ministerio, es á saber: "las lágrimas que hace derramar á los fieles una homilía, están en razón directa del número de latines que ésta contiene."

Y es natural que así sea, porque cualquiera persona de buen sentido presume que en tales casos lo más solemne y patético debe de ser lo que se dice en ese idioma, pues por algo se prefiere decirlo en latín.

*
* *

Pero no sólo en la tribuna sagrada *hace falta* el latín; y sobre esto no puedo menos de interpelar á mi querido colega el gacetillero de *El Universal.*

Diga usted, caro amigo: ¿se puede ser gacetillero sin saber latín?

¡Dígalo usted con franqueza! . . .

Yo le aseguro que para nadie han podido pasar inadvertidos los elegantes latines que con tanto donaire sabe usted deslizar en sus chispeantes gacetillas, ora como epígrafes, ora con el carácter de oportunos y contundentes comentarios.

Qué habían de pasar!

Yo de mí le sé decir que me he aprendido de memoria muchos de sus párrafos, como aquel titulado *¿Quare causa?* en que preguntaba usted por qué no habrían mandado barrer el callejón del *Chiquihuite*; aquel otro que llevaba á la cabeza un *Quosque tandem* muy oportuno, y en el que se apremiaba á la empresa de los ferrocarriles del Distrito, para que mandase reparar el kiosko que tiene en la plaza principal; y muchos otros que sería prolijo enumerar.

Y á fe que tiene usted razón que le sobra para obrar así.

De otro modo, no me imagino cómo se pudiera dar gracia, energía y sabor clásico á la noticia de un descarrilamiento de trenes; ó á la de una riña entre mujeres de vida alegre.

Nada tan natural como empezar con un *horresco referens,* la *horrorosa* noticia de un *horroroso asesinato*; y por iguales motivos y razones hay que emplear, cuan-

do la oportunidad lo reclame ó siquiera lo permita, expresiones como las de *magister dixit; ergo verum est; exemplum sumitur á majoribus; ¿quid inde sequitur?; nemo dat quod non habet; prius est esse quam taliter esse; non plus ultra; ad hoc; ab ovo; ad hominem; ad honorem; ad majorem Dei gloriam; alter ego; á fortiori; casus belli; ecce homo; ex cathedra; in articulo mortis; ispo facto; calamo currente, noli me tangere; quod scripsi, scripsi; vade retro; tu quoque; vis comica;* etc., etc., etc.

Bien hace usted, repito, y no puedo menos de aplaudir la previsión y buen juicio con que ha procedido al formar su catálogo especial de frases latinas; porque de este modo tan luego como le *hace falta* algún latinajo para salpimentar tal ó cual gacetilla, ocurre usted á sus apuntamientos, y á renglón seguido encuentra á pedir de boca lo que ha menester, bien así como si tuviera por asesores necesarios á Tito Livio, Quintiliano, Séneca, Ovidio, Horacio, Cicerón, Virgilio y cuantos escritores hayan cultivado la lengua latina, sin exceptuar á los santos padres de la Iglesia.

*
* *

Pero se dirá: y los que no ejercen la noble profesión de gacetilleros, ¿para qué necesitan del latín?

¡Vaya un candor! ¡Como si no se pudiera dar muestras de cultura aun en la conversación familiar!

¿Quién es aquél que desprecia la oportunidad de sacar á relucir un *veni, vidi, vici*; un *integer vitæ*; un *pallida mors*; un *por lo que potest contingere*; un *¡O tempora, o mores!*; un *sub umbra*; un *in albis*; ó un *tanquam tabula rasa?*

Conozco estudiantes que ponen como epígrafe á sus cartas amorosas, expresiones como *¡o fortunata nata!*;

dulcis Galatea; *formosa puella*, y algunos más, seguros de que con tal sistema no habrá conquista que no realicen, pues las chicas saben muy bien que una persona que habla latín no se encuentra tan fácilmente á la vuelta de una esquina.

Los aficionados á la historia natural se saben al dedillo la manera de dejarnos boqui-abiertos hablándonos de *homo sapiens*, *felix catus, lepus cuniculus*, y *pediculus humani capilis.*

Y si bien es verdad que por regla general nadie les entiende, en cambio dicen todos: ¡qué sabios son estos señores!

A uno de ellos pregunté cierta vez:

—Doctor, ¿cuál es el nombre científico del perico?

—*Pericus parlantibus*, me contestó con mucha seriedad y frunciendo las cejas como para reconcentrar sus ideas.

—¿Y el del cerdo?

--*Cerdus inmundus.*

—¿Y el del murciélago?

—*Murcielagus volans.*

—¿Y el del burro?

—*Asnus estupidus.*

No cabía duda que aquel hombre era uno de ellos, es decir, uno de los más grandes . . . sabios.

Lo digo porque lo mismo me hablaba de asnos y murciélagos que de *stramonium* y *aconitum*, medicamentos con los cuales me aseguraba que sanaría yo de una enfermedad que jamás he sentido, pero que él como gran médico me había diagnosticado sin temor de equivocarse.

Y era cosa de chuparse los dedos oirle hablar de historia, de arqueología y de bibliografía.

De este último ramo poseía verdaderos prodigios, tales como un ejemplar de las obras de San Agustín, impreso en el Japón en el siglo noveno, y otros que por el momento no recuerdo.

*
* *

Pero no quiero divagar.

Hay otras muchas clases de latinistas, que no alcanzaría á enumerar en este reducido artículo.

Los aficionados al género sagrado abundan y son por cierto muy curiosos.

Hay sacristanes que inflan satisfactoriamente los carrillos al contestar un *ecun espirito tui* (*sic*); beatas que prefieren rezar en latín, y se llenan de complacencia al pronunciar un *kriste leición*, un *requiescante impaceamén* ó un *seculorum secularum*; y estudiantes de gramática que se perecen por obsequiar á sus circunstantes con el *Confiteor Deo*; el *Ave maris stella*; el *Ut queant laxis*; el *Pange lingua*; el *Dies iræ* ó el *Te Deum laudamos.* Y por supuesto que en tales casos se consterna tanto más el oyente, cuanto menos entiende.

*
* *

Los abogados, tinterillos y toda clase de curiales explican satisfactoriamente á los litigantes el derecho que les asiste, ó que no les asiste, con un *vigilantibus non durmientibus* . . . un *quis, quid, coram quo* . . . ó un *nemini volenti fit injuria.*

Recuerdo que un amigo mío, abogado, logró persuadir á un su cliente de que le pagase cierta cantidad de honorarios haciendo aplicación de esta contundente regla de derecho: *venter non patitur dilationem.*

El cliente se dió por vencido, no tuvo objeción que oponer, por la sencilla razón de que se encontraba en latín *tanquam tabula rasa*, y de ahí que se quedara *in albis.*

*
* *

De todo lo dicho infiero que hemos llegado á una época en que el estudio del latín se va desterrando de las universidades; hoy no se leen los clásicos latinos, ó se leen *en francés*; casi no hay quien se tome el trabajo de aprender el *musa, musæ*, y apenas si hay quien tenga noticia del Nebrija, el Araujo, el Iriarte y del Marqués de Medina: pero nada de eso impide que todos hablemos latín. Sí, lo hablan los gacetilleros, los farmacéuticos, los tinterillos, los sacristanes y las beatas.

En algunas cosas los efectos del progreso son muy visibles.

Antiguamente había que estar tres años bajo la férula del dómine para mal traducir del latín.

Hoy todos citamos trozos cuando menos del Arte Poética de Horacio, de las Eglogas y las Geórgicas de Virgilio, sin habernos tomado el trabajo de hojear esos autores . . . .

. . . .

Perico el de los Palotes.

COSAS QUE HACEN FALTA.

EL CALOR

La chaleur c'est la vie.
VICTOR HUGO.

Qué tristes están los campos!... los árboles desnudos de sus antes lozanas hojas, la hierba seca, los prados mustios y amarillos!....

El amanecer es callado y desconsolador. Los horizontes están velados por blanquecina densa niebla; los cristales de la alcoba cuajados de rocío que remeda tímidos brillantes que muy luego se unen los unos á los otros para descender por la diáfana superficie, como ruedan por las mejillas las gruesas lágrimas que arrebata el dolor á las pupilas.

El ambiente está helado, y el suelo y las plantas cubiertas de rocío.

Las fugitivas aguas de las corrientes que por el prado se deslizan, fueron sorprendidas en su curso por el soplo de la noche, y quedaron como petrificadas en su cauce, convertidas en diáfanos cristales.

No hay verdor en los campos, ni flores en los prados, ni avecillas en los árboles.

Todo está triste. La tierra languidece y se hiela de pesar, porque Febo, su amante, se ha alejado de ella...

***

El calor es la vida, la animación, el movimiento, el brillo y la lozanía de la naturaleza.

Por el calor hay savia en las plantas, verdor en las praderas y colinas, armiño en los lirios y azahares, nácar en las rosas y perfumes en el ambiente.

También por él hay sangre en las venas, rosas en las mejillas, auroras en los labios, destellos en las frentes, soles en los ojos, y esperanzas y ensueños y grandezas en las almas!.........................

....

*
* *

Pero... que no se aleje el sol de la juventud; que no toque á su término la Primavera de la vida; que el Invierno no trueque en amarilla hojarasca el lozano follaje de los dorados ensueños y las benditas esperanzas; porque entonces habrá, por sangre, hielo en las venas, rugas en las mejillas, crepúsculos en los labios, sombras en la frente, tinieblas en los ojos y abismos insondables en el alma!....

Y no se ha menester para que semejante cambio se opere, el lapso de muchos años; que las decepciones operan en breve tiempo los propios lamentables estragos.

Y así os encontraréis en un momento inesperado, con que la juventud se alejó y ya no hay flores en vuestro sendero, ni perfumes en vuestro ambiente, ni esplendores en vuestros días, ni luceros en vuestras noches, ni consuelos en vuestro corazón!....

*
* *

Los jóvenes se reunirán, se harán partícipes de su franco regocijo, se agruparán gozosos en torno los unos de los otros, para entregarse á francas alegrías y halagadores entretenimientos; pero para nada contarán con

vosotros, que, si les dirigís la palabra, no haréis más que provocar sus enojos ó su desprecio.

Ah! los desdichados estamos de más en la vida!...

Alejémonos!..... cedamos el campo á los que pueden ser felices.

Arranquemos, siquiera sea por la fuerza, las raíces que echaron en nuestro corazón las esperanzas!...

*
* *

El calor es el hogar, el calor es la familia, el calor es el cariño de la mujer amada.

Si el fuego del hogar está próximo á extinguirse, si la familia se va á acabar con vosotros, si la mujer amada os retira su amparo y su deseado abrigo... está bien; cruzaos de brazos, exhortad á la muerte á que se aproxime pronto, contemplad serenos la huesa que á vuestra vista se cava, aceptad la idea de la nada, por más aterradora que se presente, conformaos con la proximidad de los gusanos que muy pronto harán presa de vuestro cuerpo.....

¿Estáis enfermos? ¿Pensásteis que vuestro mal había de conmover á los seres que os son allegados?

En vano pretendeis evadiros de vuestro final destino asiéndoos desesperados á cuanto pueda significar aliento y esperanza.

¿Estáis enfermos? ¡Bueno! Allí están los hospitales. La beneficencia lo ha previsto todo. Encontrareis en ellos un lecho, un platillo, un botiquín y un enfermero.....

Después... alguien se encargará de conducir vuestros despojos á su última morada!

¿Qué ambicionáis? ¿los consuelos del cariño? ¿el ca-

lor del corazón amante? ¿las dulzuras y las sublimidades de la abnegación?

¡Vano empeño! ¡si al cabo tendreis que despediros de todo!

Está bien que se halague y se ayude y se caliente en amoroso regazo al que es de este mundo, al que tiene sobrados los elementos necesarios para la vida; pero abrazar á un cadáver, acariciar un cuerpo casi frío, que bien pronto habrá de convertirse en podredumbre.... ¡qué horror!....

*
* *

¡Fuera loco empeño!

La mujer que ambicionásteis, y á quien habiais consagrado toda vuestra vida, hará bien en olvidaros.

¿Qué vida podeis ofrecerle si no contais con ninguna?

Ella será feliz al lado de un hombre que tenga vida en el cuerpo, sangre en las venas, color en las mejillas, brillo en los ojos, sonrisas en los labios y ardiente fuego en el alma.............................

....

No lloréis, no; ó si lloráis, que el mundo no lo sepa, porque hay angustias que no deben asomar á la cara, y lágrimas que no tienen derecho de brotar á los párpados.....

Perico el de los Palotes.

COSAS QUE HACEN FALTA.

LA PEDAGOGIA.

Y cuando digo que *hace falta*, hay que entenderlo en términos hábiles, porque, por ejemplo, para ser miembro de un Congreso *pedagógico*, está demostrado prácticamente que no se necesita para maldita la cosa.

Ahí está el Sr. Mateos que no me dejará mentir. "Se me crispan los nervios, ha dicho, cuando oigo hablar de la terminología pedagógica, que es para mí un intríngulis del todo comparable á la jerigonza de los teólogos." (Son palabras tomadas del primero y más furibundo de los discursos que ha pronunciado en la tribuna del Congreso de Instrucción, como representante del Gobierno de Hidalgo.)

A mí también se me crispan, y francamente no me explico por qué razón se olvidaron de mí todos los gobernadores al hacer el nombramiento de diputados. Sí, se me crispan tanto como al Sr. Mateos, ó más todavía, y por lo mismo es una injusticia que se me haya excluído del Congreso, injusticia contra la cual protesto solemnemente y en forma legal.

*
* *

Item más: tampoco *hace falta* la Pedagogía para *educar* ni para *instruir*; pues es cosa igualmente demostrada, que no la poseen ni el uno al millar de los profesores de instrucción primaria, preparatoria ó profesional de la República, y sin embargo, todos *enseñan*.

Y enseñan mucho en calidad y en cantidad: la prueba sea que han *sacado* y siguen *sacando* muy buenos discípulos. En nuestras escuelas se han formado los hombres más prominentes de México en achaques de ciencias y de letras; es así que hemos tenido y tenemos muchas eminencias en casi todos los ramos del saber humano: luego nuestras escuelas no tienen *pero* que valga. Me permito llamar la atención de los lectores, en calidad de *á mayor abundamiento*, sobre que el silogismo que acabo de formular es prueba evidente de que mi maestro ó *maistro* de Lógica [como dicen en el Congreso de Instrucción], sabía lo que traía entre manos.

Por otra parte, dicen por ahí que los padres de familia también necesitan saber Pedagogía para educar bien á sus hijos, y creo que éste es un solemne disparate. Yo no sé de ningún jefe de casa (esto no quiere decir que no los haya) que conozca algo de tan obscura ciencia, ó arte ó lo que sea, y, sin embargo, apenas si hay muchacho que no sepa más de lo que le han enseñado....

*
* *

Pero la Pedagogía es, á lo que veo, una cosa muy alta, muy obscura, muy profunda. Yo creo que debe ser clasificada entre las *ciencias ocultas* que raros y privilegiados mortales tienen el don de poseer. Por eso el Sr. Rebsamen es el *mago* del Congreso de Instrucción. Yo cierro los ojos y me lo imagino con traje talar, turbante y una varita mágica en la mano... Y cuando estoy delante de él, me parece adivinar no sé qué de misterioso y sobrenatural á través de sus lentes. Cuando mira de soslayo á alguno de sus compañeros de Congreso, y se

contraen sus labios desdeñosamente, me parece que dice para sí: "¡Pobres hombres!"

Y entonces sí creo que *hace falta* la Pedagogía, porque pienso: si yo la poseyera, sería un ser superior.

Pero no; volviendo al Sr. Rébsamen, tengo que declarar solemnemente que no sabe nada, que es un ignorante, presuntuoso, ridículo, etc., etc. Hago esta declaración, para que el señor diputado Baz no me denuncie como traidor á la patria; porque al fin y al cabo se trata de un extranjero, y los mexicanos dignos jamás nos doblegaríamos ante su saber (en caso de que lo tuviera, se entiende).

***

Cuando vino á México Sarah Bernard, me lamenté amargamente de no poseer bien el francés; cuando asistí á las representaciones de la Compañía Emmanuel, hubiera dado un ojo de la cara por entender la *bella lingua*, y cuando presencio una disputa entre dos *yankees*, me doy á todos los diablos por no saber el inglés. Del mismo modo cuando asisto á las sesiones del Congreso de Instrucción, echo de menos la Pedagogía.

Sí, porque de las discusiones de esa H. Asamblea entiendo menos aún que de la algarabía de los *primos*.

¡Qué había de entender! Figúrense ustedes que un diputado propone, por ejemplo, las *lecciones de cosas*, y otro contesta que tales lecciones son un solemne disparate; éste habla de *enseñanza objetiva*, y aquél le replica que ese es un desatino; uno alude á la *Caligrafía*, y otro contesta que qué Caligrafía ni qué ocho cuartos; alguien habla de *educación popular*, y no falta quien diga que esa es una monstruosidad pedagógica; fulano dice

que las *escuelas mixtas* son convenientes y aun necesarias, y zutano le echa en cara su inmoralidad recordándole que "entre santa y santo, pared de cal y canto;" por último, se pregunta si los locales de las escuelas de párvulos deben satisfacer todas las condiciones higiénicas y pedagógicas, y algún diputado grita:

—¡Nooooo!

—¿Por qué?

—¡Porque no me da la gana!....

Conque, vaya cualquiera al Congreso y dígame en seguida si no *hace falta* la Pedagogía para sacar algo en limpio de aquellas valientes discusiones.

En resumen: para ser miembro del Congreso de Instrucción, no se necesita saber Pedagogía, porque cada uno es muy libre de opinar allí como se le antoje; pero para concurrir á las galerías del mismo, sí se necesita saberla, porque si uno no adivina lo que quieren decir los diputados, dirán éstos y con razón: ¡Quién les manda no aprender Pedagogía!....

*
* *

Ya que tanto he hablado de este asunto, voy á proponer una duda que tengo hace mucho tiempo, para que me la resuelva el *El Cura de Jalatlaco*, *Pirulín*, *Monaguillo* ó quien guste resolvérmela, aunque sea el Sr. Barrios de los Ríos. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua no da á la palabra *pedagogo* más que estas acepciones:

Ayo.

Maestro de escuela.

El que anda siempre con otro, y lo lleva por donde quiere, ó le dice lo que ha de hacer.

¿Cuál de ellas conviene á la mayoría de nuestros... *pedagogos?*

Ofrezco un bonito premio á la persona que resuelva ese acertijo, rompe-cabezas ó como ustedes quieran llamarle.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA.

LA PAZ.

Homo homini lupus.

Cuentan que un señor *Hobbes*, de quien no sé otra cosa fuera de que se apellidaba así, (y ni aun de eso estoy seguro, porque puedo haber puesto alguna letra de más ó de menos), aseguraba, y no bajo su palabra, sino fundado en hechos ciertos, y sobre ciertos, contundentes, que la humanidad ha sido, es y será *una turba de lobos*, idea que bonitamente expresada en el idioma de los Quintilianos y Cicerones, se convierte en la frase que acabo de tener la satisfacción de trazar como epígrafe.

Y digo la satisfacción, porque eso de sacar á relucir á las vegadas tal ó cual locucioncilla latina, cosa es que no carece de *chic*, y que en pudiendo no debe dejar de hacerse, por más que sea uno un Perico el de los Palotes. De ahí que me haya formado la resolución firmísima de demostrar, y lo demostraré más tarde, si Dios no lo remedia, que una de las *cosas que hacen falta* es el latín.

Pero volviendo al señor Hobbes, á quien deseo ha-

cer todos los cumplidos que se merece, diré sin preámbulos ni ambages, que soy el más acérrimo partidario de su doctrina.

Sí, porque desde que tengo uso de razón (cosa que bien puede supornese, aunque sea sin conceder), casi no he presenciado en el mundo otra cosa que desavenencias, disgustos, discordias, rencillas, controversias, pendencias, riñas, desafíos, pleitos, batallas, *bolas*, etc., etc., entre los diversos individuos de la especie humana, que parecen haber venido á este mundo con la misión principalísima de arañarse y morderse los unos á los otros, bien así como los perros y los gatos.

Tan cierto es esto último, que casi me he visto tentado de dar un *vel* al apotegma de Hobbes, poniéndolo en esta forma *Homines canes et cati.* Pero en fin, si ustedes se empeñan, lo dejaré por ahora tal como está.

Riñen los niños de escuela y los que no son de escuela, porque voló una mosca ó porque no voló; riñen los hermanos con los hermanos, los padres con los hijos, los maridos con sus mujeres, y en general, los miembros de una familia (máxime, por supuesto, los suegros con los yernos), riñen unas familias con otras, los comerciantes con los comerciantes y con los parroquianos; los músicos con los músicos, porque cada uno de ellos quiere ser superior á todos los demás; los artesanos entre sí, por la misma razón; los médicos entre sí. por idem; los abogados, porque para algo son abogados, y los soldados, porque si no hubiera riñas, quiero decir, si no hubiera guerras y disturbios, para maldita la cosa servirían los soldados. (Y recíprocamente, si no hubiera soldados . . . etc.)

Y si seguimos escudriñando, veremos que en todas partes hay riñas, desde la cocina, en que las señoras

emprenden descomunales contiendas por la cebolla ó el tomate, hasta los aristocráticos salones en que el buen tono y la diplomacia enseñan á los hombres á injuriarse decentemente y con todas las reglas del arte.

Que en los teatros hay riñas entre bastidores, todos lo sabemos, aunque no sea más que por *Campanone* y otras piezas análogas; que las hay también fuera de bastidores, es decir, entre los concurrentes, cosa es que á todos nos consta de vista y ciencia cierta.

Y así sucesivamente: las hay en las calles, en las plazas y paseos, en los juzgados, en los liceos y academias, en toda clase de sociedades científicas ó recreativas, en las mutualistas y de beneficencia que llevan por lema *unión y concordia*, entre los empleados de una misma oficina, los dependientes de las casas mercantiles, entre los novios y sus novias (¡vaya si las hay!), entre los curas y los sacristanes, y por no dejar, hasta entre las monjas y toda clase de ancianas beatas, que entre Padre nuestro y Ave María, suelen propinarse dosis no pequeñas de católicos y santos improperios.

Hay rivalidades y contiendas no sólo entre los individuos de una misma familia, como antes he dicho, sino también entre una casa y otra casa, entre una acera y la de enfrente, entre un barrio y otro barrio, entre una aldea y las inmediatas, entre un pueblo y el pueblo vecino, entre una ciudad y otra ciudad, de municipio á municipio, de distrito á distrito, de Estado á Estado, y por último, de nación á nación.

Se matan los hombres por diversos modos y con múltiples artificios. Estudian, observan y se devanan los sesos inventando máquinas que siembran el terror y el exterminio por todas partes. Libran batallas en los campos, en los montes, en las ciudades y en los mares; y

no contentos con eso, buscan la manera de perseguirse y aniquilarse en las profundidades del océano.

Los pueblos que más alto papel han desempeñado en el mundo se han distinguido por sus tendencias belicosas, por el número de sus batallas y el de los enemigos que mataron ó redujeron á esclavitud.

La historia de la humanidad no es al fin otra cosa que una cadena de invasiones y conquistas: los pueblos fuertes subyugando á los débiles, y los débiles luchando siempre por la libertad! . . . .

. . . .

Pero noto que ya iba tomando cierta entonación oratoria capaz de ponerme en evidencia. ¡Qué barbaridad!

Creo que lo dicho es prueba plena del sapientísimo *homo homini lupus.*

Aunque estoy por decir que anduvo corto el Sr. Hobbes, pues, si bien se ve, somos los hombres peores que lobos, y que los gallos, y que los perros y los gatos.

Cierto que en el mundo zoológico no es el hombre el único que da claras muestras de instintos bélicos. El *torva leona lupum sequitur* . . . de Virgilio, que muchos han considerado como la ley del amor, no es á mi entender sino la ley de la guerra, de las persecuciones, de los ataques, de los poderosos y las desdichas de los débiles.

Las infatigables abejas, á pesar de sus pacíficas y ordenadas costumbres, abandonan á veces la colmena, se dividen en bandos, eligen sus generales, se elevan en los espacios para maniobrar con mayor libertad, se ponen frente á frente los ejércitos enemigos y libran batallas dignas de ser dirigidas por Alejandros y Napoleones.

Y hasta en el mundo miscroscópico, al decir de Pelletan, "los monstruos infinitamente pequeños se disputan, con un heroismo militar digno de la Iliada, la posesión de una molécula" . . . .

. . . .

En conclusión, y para no alargarme más de lo que permiten las buenas costumbres de escritores prudentes y medidos, sentaré como cierto y averiguado de todo punto, que do quiera que volvamos los ojos, hemos de mirar, como decía al principio, disturbios, contiendas, combates y sangrientas revoluciones.

Con razón Hobbes decía que para mantener la paz entre los hombres, se hacía necesaria una autoridad despótica y tiránica, que se impusiera por la fuerza y el temor.

Y á fe que muchas veces sólo el despotismo militar puede poner en paz á un pueblo de añejos instintos belicosos.

Pero qué paz! . . . .

Me pesa confesarlo; mas á pesar de lo que acabo de decir, me atengo mejor á Hobbes que á Juárez.

—El respeto al derecho ajeno es la paz.

—Sí; pero los hombres nunca han respetado ni respetarán mutuamente sus derechos: luego . . .

Y ser tan dulce, tan amable y tan deseada la paz! Me duelen y me desesperan las desavenencias de mis prójimos. Y á ese paso me ha tocado en suerte, por no decir en desgracia, ingresar por angas ó por mangas al gremio periodístico, en el que, ¡triste es decirlo! las rencillas y disturbios están á la orden del día.

El *Siglo XIX* y *La Voz de México* se hacen desde sus columnas serias ofensas, que nada son, sin embargo, comparadas con las gravísimas injurias que *El Heraldo*

y *El Nacional* se dirigen mutuamente, injurias en que se ha agotado el vocabulario de los términos acres, duros y procaces que jamás debieran aparecer en una prensa moderada y prudente.

Por Dios, señores, ¡paz!

Convenido que muchas veces sean inevitables las cuestiones personales; pero á éstas debe darse cualquier arreglo en lo particular. ¿O acaso el periodismo no sirve más que para sacar á la luz pública las rencillas personales?

Hemos llegado á una época en que algunos creen ó aparentan creer que el mejor periodista es el que cuenta más desafíos, el mejor periódico el que más injuria á todo el mundo.

Pues, señores, si la prensa no ha de servir en México para otra cosa, rompamos nuestras plumas y quememos nuestros papeles: el público ganará mucho con eso. . . . .

Conque, ya lo véis, queridos lectores, en ninguna parte hay paz, con ser tan necesaria

Por todo lo expuesto, me veo en el caso de concluir repitiendo aquello del poeta, que viene muy á cuento en día de muertos:

¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!

PERICO EL DE LOS PALOTES.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

El Sr. Lic. D. Alberto Lombardo está escribiendo una serie de "Episodios de la Guerra de Independencia": *Hidalgo* y *Morelos* son los dos volúmenes que lleva publicados. Someter estos breves libros á riguroso juicio crítico, fuera necedad impertinente, porque el autor no los presenta, finchado y presuntuoso, como perfectos modelos en el arte de novelar, y adivínase que su propósito fué el de hacer bien y buena obra á los lectores, mejor que el de legar á la literatura una obra irreprochable. Noblemente se propuso el Lic. Lombardo vulgarizar por medio de la narración amena y sabrosa, datos fehacientes, noticias exactas, que aclaren y de realce dejen los hechos principales en acaecidos en período histórico tan fecundo, tan grandioso, como lo fué el de la insurgencia; por lo mismo, antepone á todo la verdad, no sacrificando ésta, ni en un ápice, al interés romancesco, á la descripción tentadora, ni permitiéndose por mal entendido patriotismo, acriminar injustamente á los españoles, quienes con los crímenes y desmanes de que están convictos, tienen ya sobrado para que por crueles se les tenga. Pinta el autor, asimismo, con rasgos rápidos pero inequívocos, los caracteres que sobresalieron en aquella lucha empeñadísima; la fisonomía de la época, el estado de los ánimos, la bajeza de los mexicanos servilones, la corrupción del alto clero y la condición misérrima del clero bajo. Todo ello está hecho á breves toques de pincel, toques brillantes que, aclarando nuestra

memoria, en ella reproducen, por hechizo de la imaginación avivada, el cuadro todo.

Estas novelas sanas, claras, limpias, son de lectura grata á la vez que instructiva, siempre que, como en las novelas del Sr. Lombardo, no se desfiguren los hechos, no se enaltezca ó se inculpe más de lo debido, á los personajes históricos, y no, para mayor encanto de la fábula, se involucren patrañas y realidades, convirtiendo el conjunto en centón de mentiras, del que á penas y trabajos, puede el crítico extraer, hurgando mucho, unas cuantas verdades.

A raíz de la restauración republicana, se publicaron por entregas, en México, muchas novelas pseudo-históricas. Eran éstas imitaciones desgraciadas de los sacrilegios históricos que á la sazón cometía en España, con mucho talento en ocasiones, con suma audacia las más veces y siempre para provecho del editor, Don Manuel Fernández y González. Privaba entonces la novela por entregas; había hambre de leer, y como pan caliente se vendían los monstruosos engendros de Ponson du Terrail, el profanador de sepulturas más cínico y desalmado que ha nacido de madre; las deformes creaciones del ya dicho Fernández y González; todas las novelas salpicadas de sangre y pobladas de horcas, que fascinaban á los cándidos. Observando esa tendencia del gusto público, algunos escritores mexicanos se decidieron á explotarla; mas sin que niegue yo la opulenta fantasía de aquellos novelistas, debo advertir que sus obras resultaron pésimas por el cúmulo de falsedades, anacronismos y juicios erróneos que contenían. Tampoco era propicia la ocasión para escribir sosegada y verídicamente, porque la pasión política enardecía los ánimos; la literatura tribunicia y declamatoria preponderaba aún; era forzoso

escarnecer á los vencidos, flagelar á los tiranos de todas las edades, remover, por cuantos medios posibles se encontraran, el odio á la usurpación, y tales circunstancias produjeron la novela revolucionaria, irrespetuosa, candente, dirigida al pueblo para despertar su bélica iracundia: novela de momento, sin raíces en el arte ni tronco en la verdad.

Mucha más historia descubrimos en la urdimbre imaginativa del *Periquillo Sarniento*, que en esos relatos, tejidos por imaginación antojadiza, donde aparece Hidalgo diciendo misa en el Monte de las Cruces ó el brioso guerrillero habiéndoselas, sin miedo, airosamente, con todo un cuerpo de ejército francés.

La aparición, en Madrid, de los famosos "Episodios nacionales" de D. Benito Pérez Galdós, despertó aquende el mar el deseo de escribir algo parecido; y á fe que era naturalísimo ese anhelo, no sólo por el primor con que están escritos aquellos "Episodios," sino también porque la historia de nuestra independencia abunda en hechos heróicos, registra campeones inmortales y toda ella está virgen, prometiéndose al artista que, enamorado, logre conquistarla. A Pérez Galdós le sugirió acaso la idea de escribir su doble serie de "Episodios" la lectura de otros semejantes publicados en Francia por Eckman y Chatriau. Buenos son éstos y mejores los del literato español.

No hubo de ser, sin embargo, muy eficaz y persistente el estímulo que de Madrid nos vino, puesto que son contados los ensayos hechos por novelistas mexicanos en tal género. Aquí no medra la novela en ninguna forma, pero caso de medrar en algún género, éste es el sentimental ó el de los llamados *costumbristas*. Facundo, que es excelente *costumbrista*, no atinó en el *Pecado del*

Siglo, novela que quiso ser histórica. Altamirano era el que podía acometer la difícil empresa, de presentarnos redivivos, tal cual fueron, á nuestros héroes, dentro de un cuadro novelesco; aquel mago habría pintado con su color propio los lugares santos de nuestra epopeya nacional; á su conjuro habrían aparecido las montañas inaccesibles para todos, menos para Morelos y los suyos; habríamos admirado en toda su exuberancia la flora de la tierra caliente; oído crecer la yerba y balbucear en las conciencias la idea de patria; escuchado el rumor solemne de los bosques, confundiéndose con el de las huestes insurgentes guarecidas en las selvas; visto á la humosa luz de las fogatas, esas sombras titánicas que se proyectan, cada día mayores, en la Historia; pero Altamirano murió, para desdicha nuestra, legándonos sólo fragmentos y dispersos plintos, bajo relieves, frisos, columnatas, del templo secular que no logró erigir á nuestros grandes dioses.

El erudito, correcto y pulcro literato Don Enrique de Olavarría y Ferrari, sí publicó una muy recomendable serie de "Episodios Mexicanos," que produjo ganancias pingües á los editores; el Dr. D. Demetrio Mejía dió á la estampa no mucho ha, una voluminosa novela titulada *Amor y Patria*, cuyo protagonista histórico es Morelos y de la que personas competentes hacen grandes elogios; ignoro si dejo en el tintero á algún otro autor de libros como los citados; pero, de todas suertes, resulta ciertísimo lo que arriba apunté: no tiene muchos antecesores el Sr. Lombardo en la obra de honrada vulgarización histórica que ha emprendido; el campo está apenas barbechado y quien lo cultive con acierto merecerá premio y gratitud.

Popularizar las hazañas de nuestros grandes hom-

bres; proponer á éstos como ejemplos de abnegación, de arrojo y de virtud, es tarea patriótica y trascendental. El pueblo francés es irreductible y exclusivamente francés, porque vive en comunión íntima con sus héroes, repasa día por día sus glorias, las admira en la estatua, en el lienzo, en el monumento, en la novela, en el teatro y crecido su orgullo novilísimo con tal y tan continua contemplación, siente que también se le crecen el corazón y los bríos para defender el suelo patrio. Es necesario para las masas ese culto externo de la libertad, y nosotros no lo tenemos: por eso alicaído el entusiasmo no alardea jubiloso en las fiestas cívicas. Los restos de nuestros caudillos épicos, en olvido yacen; ningún monumento egregio perpetúa la gloria de esos ínclitos varones; y la literatura, con punible desvío, no ayuda á difundir el amor á esos hombres en la masa que ya lee, en la escuela, en el libro al par entretenido y fiel á la verdad histórica.

Lo último se debe, en mucha parte, á que no tenemos historia escrita, propiamente dicha. La pasión política ha cegado á la mayor parte de nuestros historiadores, así á los del período virreinal como á los de la época corrida de la independencia á acá. Y el novelista sin datos fidedignos de obvio hallazgo, prefiere fantasear á remover manuscritos, pergaminos, cronicones, compulsar autoridades críticas y circuir luego las verdades adquiridas con festones de flores que atraigan con su fragancia y con sus colores cautiven la atención del lector.

Porque Alberto Lombardo tuvo ese valor, le felicito. Los dos libros que lleva publicados, no sólo se ajustan estrictamente á la verdad de los sucesos: traen á la vez rectificaciones importantes á relatos y juicios que co-

rren como buenos, siendo falsos, en obras de historiadores muy sesudos, así reaccionarios como liberales. La forma adoptada por el autor para su anunciada serie de "Episodios," me parece excelente: es la novela de no muy grandes dimensiones y cuya lectura es fácil, agradable para el adolescente, para la mujer, para el voluble é inquieto joven; la novela de acción rápida, natural, sencilla y no intrincada, para que la fábula no obscurezca ni oculte con su fronda espesa los hechos reales; la novela que á todos divierte y á muchísimos enseña.

Con buen acierto dedicó el autor sus "Episodios de la Guerra de Independencia" al Maestro Altamirano, y en la Carta Dedicatoria condensa así el plan de su obra:

"Nuestros historiadores han sido injustos con los héroes de nuestra independencia, y yo trato de restablecer esas figuras. Alamán trazó desgraciadamente una senda errónea y apasionada. Omitiendo documentos, no ligando los sucesos, aduciendo como dignos de fe, datos enteramente sospechosos en su origen, logró presentar á nuestros grandes hombres bajo aspecto sombrío. Hidalgo en especial, fué blanco de las iras del historiador, olvidando éste, no sólo los grandes servicios que hizo Hidalgo á la Patria, sino el personal favor que de él recibió en Guanajuato.

Antes de Alamán, Mora había establecido un sistema análogo, sin tener, como el primero, la atenuante de la pasión política. Y aun hoy que la historia de la independencia ha sido retocada por una persona inteligente y patriota, como es el Sr. Julio Zárate, varias de las calumnias de Alamán han quedado en pie, y el genio de nuestros héroes no aparece bajo su verdadero punto de vista.

Rectificar los hechos, enlazarlos perfectamente, ha-

cer uso del arsenal de convincentes pruebas que ha logrado reunir en esta ciudad la laboriosidad del Sr. Hernández Dávalos, es obra digna de emprenderse; pero que yo dejo á plumas más ejercitadas que la mía. Usted, querido maestro, sería el más á propósito para un trabajo semejante. Yo, aunque me creyera capaz, no lo intentaría, porque quiero dirigirme sobre todo al pueblo; y no se popularizan fácilmente obras de polémica, cuyo interés principal es para los sabios. Me ha parecido mejor adoptar la forma de novela, y con el incentivo de la fábula, procurar extender entre nuestro pueblo el conocimiento de los hombres que nos dieron patria.

Reduzco, sin embargo, lo novelesco únicamente á los episodios, ciñéndome en lo substancial á la historia, tal cual yo la comprendo. Porque no creo que el registro de archivos sea lo único conducente para descubrir lo que se pensó y se hizo en un tiempo dado, ni que los papeles públicos den siempre á conocer las verdaderas intenciones del que los firmó, ni que se deba descubrir á los hombres por las máscaras con que aman cubrirse. Es preferible el método deductivo: fijar bien el carácter é inclinaciones del individuo y las circunstancias en que se encontró: la acción humana tiene que ser la resultante de las fuerzas que acabo de mencionar.

Tales han sido las ideas que me han guiado al escribir lo presente. Aceptables ó no, si consigo que usted lea con gusto estas pequeñas obras que se refieren á las glorias de México, habrá quedado satisfecho mi primer deseo, mientras alcanzo el favor público, segunda aspiración que he tenido al dar á luz estos ensayos.''

Ahora bien, si se me pregunta cuál de los dos libros ya publicados por el Sr. Lombardo, es el que prefiero,

contestaré sin vacilaciones que *Morelos.* Acaso influya en mí la veneración que Morelos me inspira. A Hidalgo le beso la mano de rodillas: á Morelos lo invoco como á un Dios.

De nuevo envío mis plácemes al Sr. Lombardo por el meritorio trabajo que ha emprendido con tan buena suerte y espero ansioso el tercer volumen: *Iturbide.*

El Duque Job.

CAMPOAMOR SIN CORONA.

Me parece injusticia que España haya festejado dignamente á Núñez de Arce antes de festejar á Campoamor; y me parece injusticia, porque Campoamor está más viejo, más necesitado del cariño de sus nietos, y así como los húngaros acaban de celebrar á Jokai, su escritor, su novelista por excelencia nacional, así como acaban de anticiparle las exequias y el apoteosis porque ya está próximo á morir y no hay que perder tiempo, así al amable Campoamor que tantos días de fiesta ha dado á España y á todos los países en donde se habla y canta el castellano, hay que celebrarle antes que sonriendo se despida de este mundo. Me explico la preferencia dada á Núñez de Arce, porque éste es español por los cuatro costados, en tanto que el autor de las "Doloras" es "un poco de todos los mundos," como dicen los franceses. En los "Gritos del Combate," todo es intensamente español: por ahí andan Donoso Cortés y D. Manuel Joseph Quintana. En los poemas el poeta se des-

liga, y franqueando las lindes clásicas de la poesía castiza, entre campante en las literaturas extranjeras. El fragmento que conocemos del "Luzbel" es byroniano; y por altivo y arrogante, se asemeja ese príncipe de las tinieblas al Satán de Milton. Campoamor no crea esas figuras de una pieza; ni su diablo es Satán, sino Mefistófeles, ni su Fausto es un descendiente del Mago Prodigioso, sino el "Licenciado Torralba." Pero ¡qué gran poeta es Campoamor!

El ingenioso y agudo Mariano de Cávia ha protestado como yo contra el olvido en que se deja á Campoamor. En cambio, un ameno y discreto cronista, Fernández Bremón, dice, en resumen: ¡calma y paciencia; para todos hay!

Sí—le replicó—pero Campoamor se nos va, Campoamor no es un mozalvete que digamos; ya su genio declina como un día muy hermoso..... Daos prisa!

Y la verdad que en esta preferencia concedida á Núñez de Arce, entra como factor esencialísimo el carácter español.

Insisto en lo que dije: Núñez de Arce es más español que Campoamor y más católico que Campoamor, á pesar de sus dudas, que en rigor son poéticas y de poco momento, no filosóficas ni hondas. Las dudas de Núñez de Arce son armas, gritos de combate. La política se las da. Y las de Campoamor, aunque las niegue ó disfrace, están hasta en los arrebatos místicos del poeta.

"--Usted y yo—decía en una carta Campoamor á D. Juan Valera ó D. Juan Valera á Campoamor—somos los dos católicos, más católicos de España."—Para esos católicos—digo yo ahora—debe Dios haber creado el infierno. Ambos, en mi sentir, son redomados bella-

cos en materias religiosas y que conservan la venera del catolicismo como se guarda en un salón de casa solariega la galería de retratos en que figuran, con armaduras ó hábitos de corte, los antepasados. Tienen principios y doctrinas muy católicas; pero las tienen dentro del baúl. Son católicos porque son españoles; pero apenas habrá dos hombres más hondamente descreídos; más inclinados á burlarse—en el refectorio, por supuesto, y á media voz—de las cosas santas; menos afectados á la mortificación y penitencia, cuya virtud preconiza todo teólogo; y menos devotos del *contempus mundi*, del menosprecio de la materia y del martirio. Serán dos frailes, si se quiere, pero dos frailes relajados.

El Sr. Valera es aficionadísimo á burlarse de todo; no aprende para saber sino para mofarse de los que no saben. Y la broma más ingeniosa de las suyas, consiste en haber hecho creer á sus paisanos que es cristiano rancio, sin olor de judaizante ó luterano ni la más insignificante levadura de heresiarca. Con los ojos bajos y en la actitud del canónigo que canta ó rezonga los versículos de su breviario, propinándose á cada rato, más con parcimonia y suavidad, algunos golpes de pecho, suelta, en tono de coro, las mayores y más estupendas heregías. Las doctrinas de Hacckel, las de Darwin, las de Spencer, todas las que llevan colgado al cuello un sambenito puesto por la Iglesia, campean airosas en los libros de Valera, si bien no francas y desembozadas, sino vestidas de hábito y cogulla. Este crítico es muy capaz de presentarnos al diablo diciendo misa. En la novela "Pasarse de listo" he encontrado, oculta en no recuerdo qué símil de un reloj y un relojero, la teoría darwiniana del origen de las especies. Trata Valera á los santos con el desenfado de los sacristanes que tienen

ya adquirida la costumbre de sacudirles el polvo diariamente.

Pero eso sí: á renglón seguido de cometer una de estas faltas de respeto, uno de estos desacatos ó uno de estos sacrilegios, le vereis haciendo genuflexiones ante el tabernáculo ó besando la mano de algún ministro de Dios. Por donde resulta que quienes tan contrito y respetuoso le miran, se hacen lenguas de su virtud y hasta en honor de santidad le tienen. Y él se marcha contento de haber embaucado á beatas y viejos rezanderos, sirviéndoles el tósigo del libre examen en las vinajeras del altar. A menos que, á fuerza de engañar, haya conseguido engañarse á sí mismo y se crea católico, no siéndolo, cosa difícil á mi juicio, porque tengo entendido que á Valera ni Valera le engaña.

No sé lo que serán "los dos católicos de España," pero aseguro que no son buenos católicos. Respecto al Sr. Valera, mis dudas son muchísimas; con el mismo donaire se ríe de unos y de otros. Su retozona carcajada no sabe estarse quieta, y aunque él sube mucho el embozo de la capa para encubrir el movimiento de los labios, los ojos le traicionan. El Sr. Campoamor, jurando y perjurando que la vida es valle de lágrimas, lúgubre selva enmarañada por la que caminamos rumbo al cielo, nos da en sus versos la mejor receta de vivir bien, el aliciente ó estimulante más enérgico para seguir viviendo, en espera de que la muerte venga lo más tarde posible.

Y este poeta, cuyos versos se ponen sin reparo en manos de la niña inocente ó de la mujer rezadora, dice con el mayor despejo las cosas más indecibles, plantea sin escrúpulo proposiciones heterodoxas, enciende los sentidos con sus filtros y brujerías poéticas, sin que por esto le llame blasfemo como á Enrique Heine, ni lú-

brico como Alfredo de Musset, ni se le cierren las columnas de los periódicos recalcitrantes, conservadores y meticulosos, que harían el signo de la cruz á cualesquiera otros versos, no garantizados por la católica firma de Campoamor. El y Valera son como esos hijos de casa que, para disculpar sus trapisondas y esconder su descreimiento, engañan á los padres rezando con ellos el rosario de rodillas, parte devotos y en apariencia compungidos, parte mirando al soslayo, con cierta mirada de requerimiento, á la criada más bonita de la casa. Mucho les vale y mucho les ayuda, para que el ardid les salga bien, hablar en español; porque he notado que cualquiera indecencia puede decirse impunemente en castellano, pero nunca en francés ni mucho menos en galicismo. Ahí están, para no permitir que se me desmienta, comedias y sainetes, plagados de frases que harían ruborizarse á un sargento, y que oyen sin mengua de su honestidad, las mismas señoritas que no van nunca á la ópera bufa francesa, por ser esta invención aborrecible, del demonio en persona. Parece que las indecencias, dichas á las claras, en español liso y llano, d manera que todos las entiendan, no son indecencias.

Otro punto de contacto entre Valera y Campoamor es el misticismo. ¡Cómo palpita esto en los capítulos de "Pepita Jiménez," en los cantos del "Drama Universal," en los admirables versos de los "Pequeños Poemas!" ¡Pero qué misticismo el de estos grandes artistas! Tómanlo ellos como un excitante; se ciñen el cilicio y se azotan para avivar y enardecer sus sentidos desmayados. No es el misticismo de San Juan de la Cruz, desligado de la carne, vestido de claridades; no es el de Fray Luis de León, cantando en estrofas, de alas intactas, la "Asunción de la Virgen," ó el encanto de la "Noche

Serena;" no, es el misticismo que ve á los querubines de carne; que da al beso de amor el atractivo de un largo plazo; que no vuela alrededor de las imágenes feas ó repugnantes, de los santos con llagas, de las doncellas sin senos, como Santa Agueda, de los mártires chorreando sangre, sino en torno de las vírgenes de mármol, animadas al calor de su fuego como la estatua de la pagana Galatea; es el misticismo de quien, tristemente cierto de la muerte, seguro de que por fuerza y sin remedio ha de salir alguna vez del mundo, pone otro mundo y otras mujeres en el cielo.

Campoamor se enamora de la angélica Teresa de Jesús, porque sabe que ella es un ángel que no acaba en los hombros como los ángeles de Murillo. Se irá al cielo este poeta, pero se irá como la pecadora de Magdalo "por haber amado mucho," ó—lo que es más probable—para cerciorarse de que allí están las once mil vírgenes. Se hará sacerdote, si quereis y si quiere, cuando ya esté muy viejo; pero ha de procurar que lo hagan confesor de monjas, para oír voces de mujer, sintiendo su cosquilleo gracioso en el oído; para sorprender secretos femeninos; para sentir el roce de una toca blanca ó el calor de unos labios de novicia en la húmeda palma de la mano.

Este misticismo sale, como de una piscina, goteando perlas tibias, no del río negro, entenebrido y rugiente del "Libro de Job," sino de esa inmensa onda de amor que se llama el "Cantar de los Cantares."

En las "Doloras" en alguno de los "Pequeños Poemas," Campoamor nos dice con el incurable pesimismo de Shopenhahuer en prosa y de Leopardi en verso;—la vida es el mal; la vida es el dolor; el amor es la treta de la naturaleza para obligarnos á ser sus cómplices

en el gran crimen de la vida; la muerte es el bien; la muerte es el descanso.—Pero, no lo creais: este es un Kempis para los otros pero no es un Kempis para sí. En Heine hay dolor que traspasa la carne y llega hasta el hueso, hasta la carie; en Campoamor hay coqueteos de desesperación. A él, en suma, le parece la naturaleza muy hermosa y adorables las mujeres. Quiere que desdeñemos las pompas del mundo, que nos vayamos de la vida, para quedarse solo y que le toque á más porción de placer.

Por eso al muy católico poeta le digo que me quedo...... entre otras cosas para asistir á su coronación en este mundo..... por si acaso.....

El Duque Job.

BENITO JUÁREZ.

En el humo que alzábase á las plantas de Cuautemoc íbase el alma de una raza vencida: en Juárez empieza una nación. Los aztecas combatieron por sus dioses lares, por sus dioses penates contra el extranjero, contra el hombre blanco, contra el que veneraba á otros númenes, contra el que no tenía la color ni las costumbres de ellos. Una raza era la que pugnaba con otra raza, una civilización la que se defendía contra otra civilización armipotente. Y por cuanto las divinidades—tal creían—lidiaban acaudillando á unos y á otros, las preponderantes, las vencedoras eran, si no adoradas, á lo menos temidas. De aquí la sumisión de algunos rei-

nos aterrorizados, puestos de hinojos ante el destino; y de aquí también la complicidad de ciertas castas que explotaron tal espanto para imponerse, aliadas con los conquistadores, á pueblos rivales. No formaban esas gentes dispersas una nación llamada Anáhuac! y qué mucho que no la formaran cuando ni el viejo mundo habían cuajado, por así decirlo, las nacionalidades! Ya había combatido éste por su Señor feudal y por su Rey y por su Religión; pero aun no había luchado por la patria, concepto amplio, elevado y comprensivo que no adquieren los pueblos sino al diferenciarse y constituirse.

En el crepúsculo del período virreinal tampoco ese concepto había formádose sino en espíritus precursores. Para Hidalgo mismo, la patria era una hija que, en la madurez de sus años, tenía derecho á emanciparse de la tutela paternal, de la metrópoli. No se atrevía á romper todos los vínculos que la unían á ésta. Morelos vió más claro y vió más hondo. Pero esos espíritus precursores brillaron, como relámpagos, alumbrando la densa oscuridad de la masa. El que vino á tiempo, y en la hora propicia, para sentir la idea de patria, ya difusa en la totalidad, y para encarnarla, fué Benito Juárez.

Porque tuvimos antes otro recio choque con nación extranjera, con la República del Norte, y en aquel entonces no sintieron todos la unidad, la solidaridad nacional. Por eso hubo funestas rivalidades en el ejército, disputas y codicias que amenguaron en mucho nuestra fuerza. Cuando la intervención francesa, tampoco todas las clases tuvieron conciencia del deber y energía para cumplirlo; pero sí hubo esa intelección y esa virtud en el Estado, y en el pueblo apto para ejercitar sus derechos. La nación propiamente dicha nació entonces; tuvo su éxodo en la caminata á Paso del Nor-

te; su epifanía, en el Cerro de las Campanas. Desde aquel punto, desde aquel instante, desde la muerte del Archiduque, México fué México. Ahí se impone nuestra nacionalidad y se enlaza de por vida á esta forma de gobierno: la República.

¿Qué personalidad como esta de Juárez pueden oponernos los conservadores? ¿Quién de entre ellos se opuso á la invasión? La lógica es inflexible: los reaccionarios, por bien intencionados que les supongamos, no tuvieron fe en su país, ni en sí mismos, ni en su religión siquiera. Para encumbrarse momentáneamente, recurrieron á ejército extranjero, á gobernante extraño, á forma de gobierno exótica, á un déspota y á un excomulgado. Los liberales defendieron su patria, acataron su ley. ¿A quién le honra? La victoria fué nuestra. La victoria cumplió con su deber.

Juárez, en esa época, noblemente personifica la idea de patria. El no imaginaba, como los aztecas, que los númenes combatían con él y por él; él no creía, como los aborígenes, que era superior la civilización de su pueblo á la del que venía en son de conquista: él sólo supo cuál era su deber y cuáles eran los derechos de la República. ¿Fiaba en el triunfo? No podemos creerlo. Tan formidable era la conjura de intereses y fuerzas coligados en su contra, que temerario es suponerle tal confianza. Mas si la tuvo, no menoscaba su mérito: prueba nada más que fué superior á los hombres de su época, y que vió claro en las tinieblas del futuro. Demuestra, asimismo, que la justicia estaba de su parte. Sólo el que la tiene cree, cuando todo le desampara, que habrá necesariamente de vencer.

No es equitativo, sin embargo, dar á Juárez un simple papel pasivo, por augusto que sea, en aquella

lucha. Le admitimos como símbolo de la heróica resistencia, pero también, y mucho, como propugnante y capitán. Resalta, sobre todo, en ese hombre, una condición que también singularizó á Morelos: la de organizador. Descubría Juárez con sagaz percepción al hombre adecuado para realizar tales ó cuales fines. A no haber sido así, su resistencia merecería mejor el nombre de inercia, y en ningún caso habría alcanzado el buen éxito que alcanzó. Juárez supo escoger sus auxiliares; supo utilizar las aptitudes de cada uno; en éste, la vehemencia; en ese, la rectitud; en aquel, la cordura; improvisó generales, gobernantes, se deshizo hábilmente de aquellos que, levantados por el entusiasmo popular, ciego y voluble, habrían sido perjudiciales más adelante para el bien común; favoreció á los que traían al acerbo de la causa republicana nuevo y eficaz contingente; en una palabra, procurando desvanecer su personalidad para que no agoviara á todos con su pesadumbre, y permitiendo que se atribuyeran á otros el mérito y la responsabilidad de señalados actos, ejerció siempre, por sí mismo, influencia decisiva en la nación, fué el alma activa de la resistencia, el resorte impulsor en la contienda y el pensamiento, de continuo vigilante, en el Estado.

En cualquiera época, ese hombre hubiera sido un hombre de gobierno. Ya el conflicto le halló maduro y en lugar prominente. No le formaron, pues, las circunstancias, ni le elevó la fortuna. Esta puede hacer mucho por un soldado vencedor, por un caudillo que, en instante dado, arrastra á las multitudes y se convierte en ídolo del pueblo; mas para que un estadista logre realizar sus propósitos, afianzarse en el poder, y merezca la gratitud de los gobernados, el favor de la

inconstante diosa no es bastante. Necesítase que ese estadista tenga condiciones intrínsecas de subido mérito, que se sobreponga por virtudes propias y no por glorias y prestigios pasajeros.

Las condiciones externas tampoco le favorecieron. Juárez no era de esas personalidades que seducen á la muchedumbre deslumbrándola, imponiéndose á ella y atrayéndola por la gallardía de la prestancia y por el esplendor del atavío. El indio idólatra sufre el hechizo de la pompa sacerdotal, del aparato bélico, de todo lo que fué siempre extraño á Juárez. El criollo, por lo que tiene de latino, se complace en lo artístico, en la forma bella, en lo brillante y suntuoso. Nada de eso había en Juárez. No tuvo él ninguno de esos medios poderosos de seducción y de fascinación. Lo que tiene de intensamente patrio y de esencialmente democrático es lo que le enaltece, le capta el amor de todo un pueblo y le asegura perenne gloria.

En Juárez se unen por manera indivisible y se compenetran la idea de patria y la idea de República. Es el único en nuestra historia que enlaza así esas dos ideas y las encarna y simboliza.

El culto á la memoria de Juárez, esta piadosa peregrinación anual á la tumba del gran ciudadano, dignos son de estímulo y respeto.

"En la perpetuidad del culto á los Héroes—dice Carlyle—paréceme ver el eterno diamante sobre el cual no pueden caer las ruinas aventadas por la revolución. En él se detendrá ese alud de escombros que todo arrasa, mezcla y desmigaja en torno nuestro, durante los días revolucionarios: no puede ir más allá. Es él la piedra angular que marca el punto en donde empieza á reedificarse lo destruido."

INDICE.